

 HARLEQUIN[®]*Jazmin*[™]

SUSAN
MEIER

SECRETOS EN PALACIO

Jazmin

SUSAN MEIER
SECRETOS EN PALACIO



Argumento

Casado con la princesa tímida...

Cuando el príncipe Alexandros Sancho se enteró de que había heredado a la prometida de su hermano mayor se sintió horrorizado. Por muy hermosa que fuera la princesa Eva, él había dejado de creer en el matrimonio tras la muerte de su primer amor. Pero no tenía escapatoria... a no ser que consiguiera convencer a Eva de que fuera ella quien rompiera el compromiso.

Sin embargo, su plan fracasó. En lugar de conseguir que Eva lo rechazara, fue él quien terminó enamorándose de la amable y tímida princesa. ¿Podría convencerla de que se convirtiera en su esposa... real?

Capítulo 1

El príncipe Alexandros Sancho cabalgaba por el bosque que había detrás del palacio. Thor avanzaba a la velocidad y con la agilidad de un campeón, creando un túnel de viento que se arremolinaba a su alrededor.

Normalmente, Alex estaría en la playa a aquella hora, disfrutando de la vista de las bronceadas bellezas en biquini que fingían no ser conscientes de la expectación que despertaban.

Rodeado de sus guardaespaldas disfrazados de turistas y con un grupo de amigos, se habría bañado, habría ido a almorzar, luego a apostar y finalmente a echarse una siesta antes de ducharse y volver a empezar de nuevo.

Primero, iría al casino para ver si encontraba una mujer con la que le apeteciera pasar la velada; luego cenarían, quizá seguirían jugando y dejaría que la noche siguiera su curso.

Espoleó a Thor para que acelerara. Aquel día no podía hacer nada de lo que le apetecía; y menos aún encontrar compañía femenina. No. Aquel día iba a conocer a la mujer que se convertiría oficialmente en su esposa.

«La princesa».

Pronunció las palabras con desdén en su mente. El viento lo acariciaba, pero no conseguía apaciguarlo.

Había visto su fotografía. A lo largo de los años incluso habían coincidido en el internado. Pero ella era varios años más joven, y entonces su futuro marido era su hermano mayor, Dominic. Una vez terminado el colegio, no habían vuelto a coincidir. Ella había ido a la universidad en Estados Unidos y se había implicado en distintas causas sociales: desde los niños hambrientos hasta los refugios de gatos.

Alex apretó los dientes de pura frustración. Dominic había dejado embarazada a una mujer en su primera cita y se había tenido que casar con Ginny porque su hijo era el heredero al trono de Xaviera, lo que dejaba a Alex como el único príncipe disponible para cumplir el tratado matrimonial con Grennady. La princesa Eva había cumplido veinticinco años. Había alcanzado la edad oficial

para casarse y con ello se había acabado para Alex la libertad de hacer lo que quisiera cuando quisiera.

Aún peor era que Eva sería algún día la reina de Grennady. Casarse con una reina dedicada a las causas sociales era un castigo apropiado para un príncipe que se había pasado la vida evitando las responsabilidades.

Espoleando de nuevo a Thor, llegó al galope al establo. Saltó de la montura y le pasó la fusta a una muchacha del servicio que no reconoció. Sus vaqueros gastados y una camiseta holgada dejaban intuir una figura excepcional, pero fue su cabello oscuro y sus ojos azul pálido lo que activaron sus hormonas.

En cualquier otra ocasión, habría flirteado con ella, pero aquel día debía ir al encuentro de su futura esposa.

—Thor recibe tratamiento de honor —dijo, quitándose el casco negro que hacía juego con las botas y los guantes—. No basta con un mero cepillado. Después de cenar vendré para asegurarme de que lo has atendido bien.

La mujer lo miró desconcertada.

—Pero si soy...

—Nueva. Lo sé —la cortó Alex. No quería quedarse charlando con una hermosa mujer que le recordaba todo lo que estaba a punto de perder por culpa de un absurdo sentido del deber familiar—. Ponte a trabajar. Yo tengo que irme.

La princesa Eva Latavia miró la fusta y luego la espalda del príncipe Alex Sancho mientras se alejaba. El sudor le pegaba el pelo a la piel, desvelando unos músculos llamativamente tonificados. Se pasó los dedos por su denso y rizado cabello negro.

Al menos sus hijos tendrían buenos genes.

Eva sacudió la cabeza y tomó las riendas de Thor.

—Qué gran nombre tienes, hijo de los dioses.

El caballo relinchó, haciendo reír a Eva.

—Eres un inadaptado —le acarició el hocico al caballo—. Como yo.

Thor sacudió la cabeza.

—¿Cómo es que acabaste en el palacio?

Uno de los trabajadores del establo salió corriendo del interior y tomó las riendas de manos de Eva.

—Lo siento, princesa —dijo, haciendo una reverencia.

Consciente de su posición, ella se irguió, pero sin dejar de sonreír.

—Esto me pasa por salir a pasear en lugar de prepararme para la fiesta.

El hombre se rio quedamente y condujo a Thor al establo.

Eva había oído que la familia Sancho había cambiado en los últimos tiempos. Suponía que en parte se debía a la llegada de un recién nacido. Pero también había oído que la mujer con la que se había casado Dominic, el príncipe con el que Eva había soñado desde los cuatro años, había contribuido a crear un ambiente más relajado en la familia.

Y aquella noche, ella tendría que verse cara a cara con Dominic y con su esposa, la mujer que se lo había quitado. En parte, que se hubiera casado con otra persona era bueno. Ella era la primera en la línea sucesoria del trono de su país; al igual que él del suyo. Su vida en común habría sido complicada y difícil. Aun así, había soñado con Dom desde que había visto *Cenicienta* y se había enamorado de la idea de casarse con un guapo príncipe y de reinar juntos sobre sus territorios. Ese había sido su futuro hasta que...

Entre perder a Dom y lo que había hecho su padre, su mundo había colapsado. O prácticamente.

Alzó la barbilla y volvió al palacio. Subió en ascensor al apartamento del cuarto piso que le habían asignado para su estancia y abrió la puerta al elegante vestíbulo de altos techos hacia el salón, donde su madre elegía un bombón de la caja que el rey les había dado como regalo de bienvenida. Parecía haber sustituido el llanto por la comida.

—Si sigues comiendo así, no vas a caber en el vestido de la boda.

Su madre, una mujer baja y delgada con el cabello tan negro como el de Eva, le ofreció uno.

—Están divinos. Deberías probarlos.

—¿Para que yo tampoco quepa en el vestido?

La madre de Eva dejó el bombón en la caja.

–Tienes razón. Debo estar lo más guapa posible. Quiero que tu padre se arrepienta de haberme dejado. Y demostrar que al menos algunos de nosotros nos tomamos en serio nuestros deberes como monarcas.

Eva se sentó en el sofá, junto a ella.

–Me alegro de que te encuentres mejor, mamá.

–Escaparse con una ayudante... –su madre sacudió la cabeza con incredulidad–. ¿Puede haber un cliché mayor?

–No creo que sea un cliché renunciar al trono.

Aunque su padre no había renunciado oficialmente, un divorcio en la familia real tenía consecuencias. Su padre no sería rey por mucho tiempo. Eso la convertiría en reina. Con veinticinco años, tendría que asumir esa responsabilidad. Eva no se podía creer que su padre le hubiera hecho algo así... y por una amante.

Estaba agradecida a la familia Sancho por haber insistido en cumplir los términos del acuerdo matrimonial con uno de los hijos del rey Ronaldo. Al menos así podría ganarse a sus súbditos antes de ser coronada. Aunque no fuera a casarse con el príncipe heredero, demostraría que iba a cumplir con sus deberes con el país incluso cuando todo colapsaba a su alrededor, respetando los términos del tratado que aseguraba el petróleo y el tránsito seguro de los petroleros de Grennady.

–Me pregunto si vendrá a la boda.

–¿Tu padre? –su madre hizo una mueca–. Gracias por recordarme que cabe esa posibilidad. Ahora sí que me has convencido de que deje los bombones –puso la caja a un lado –. ¿Has oído algo de cuándo tendrá lugar la boda mientras estabas por el palacio?

–Los sirvientes de Xaviera deben de tener muy buenas condiciones de trabajo. Son extremadamente leales y mantienen la boca cerrada.

Su madre se puso en pie.

–Supongo que esta noche lo sabremos.

–Supongo que sí.

Mientras su madre iba a su dormitorio, Eva fue en dirección

opuesta al suyo.

Después de vivir siete años en Estados Unidos, no pedía al servicio que le preparara el baño. Disfrutaba del sencillo placer de llenarlo ella misma y de disfrutarlo sola.

Pero al recordar que Alexandros la había confundido con una sirvienta, hizo llamar a la peluquera de palacio.

Un rato más tarde, cuando su madre la vio aparecer en el salón, exclamó:

—¡Eva! ¿Crees que el rojo es una buena idea? ¿Y sin tirantes? Van a pensar que eres una fresca.

Con una rápida mirada de aprobación al vestido azul de su madre, que mostraba su delgada figura y que acentuaba su hermoso cabello negro, Eva contestó:

—Alexandros ya me ha confundido con una sirvienta.

—¿Cómo dices?

—Me he encontrado con Alex al dar un paseo hasta los establos. Me ha dado la fusta y me ha dicho que cuidara de su caballo.

Su madre la miró horrorizada.

—Quiero ver la cara que pone cuando se dé cuenta de quién soy —añadió Eva.

—¿No será que quieres despertar los celos del príncipe Dominic?

Eva se quedó paralizada al tiempo que se le aceleraba el corazón. Había amado al príncipe Dominic desde que había visto su fotografía en un periódico y su madre le había dicho que era el chico con el que iba a casarse. Mientras las demás niñas forraban sus carpetas con cantantes, ella enseñaba a su guapo príncipe. Aunque los demás la ignoraran o no la invitaran a fiestas, ella tenía a su príncipe.

Y él se había casado con otra.

Tragó saliva para sobreponerse a su sentimiento de humillación. Cuando se volvió hacia su madre, sonrió. No quería que padeciera por ella. Ya tenía bastante con su propia desgracia.

—¿Crees que soy tan tonta como para sufrir por un hombre al que ni siquiera conozco?

Su madre escrutó su rostro.

–¿Seguro que estás bien?

–Seguro.

Pareció convencerla, pero Eva tuvo que respirar profundamente. En el fondo no estaba segura de qué iba a sentir al ver a Dominic con la mujer que se lo había quitado.

Un miembro de la guardia real llegó y las escoltó a las dependencias privadas del rey. Él mismo y su nueva esposa, la reina Rose, los recibieron.

El rey Ronaldo besó la mano de Eva.

–Es un placer volver a verte, princesa.

Eva sonrió e hizo una reverencia.

–Para mí es un honor, Majestad.

–Esta es mi esposa, Rose, la madre de la princesa Ginny. Dominic y ella todavía no han llegado, ya sabes lo impredecibles que son los bebés; no saben de horarios –dijo él, riéndose–. Reina Rose, te presento a la princesa Eva Latavia, de Grennady.

Eva hizo una reverencia.

–Es un placer conocerte.

La reina Rose, una mujer alta y rubia con acento texano, hizo un ademán con la mano.

–No, no, nada de formalidades –súbitamente abrazó a Eva–. Así es como damos la bienvenida en Texas a la familia –la separó de sí y la miró a los ojos–. Supongo que estarás acostumbrada. Has estudiado en Estados Unidos, ¿no?

–Sí, señora –dijo Eva, imitando el acento del sur a la perfección.

Rose se rio.

–¡Así me gusta!

El rey Ronaldo se volvió hacia la madre de Eva.

–Y esta es tu madre, la reina Karen, ¿verdad?

Eva le agradeció de corazón que no mencionara la posible abdicación de su padre y que le mostrara su respeto dándole el título de «reina».

Su madre hizo una reverencia.

–Majestad.

Él se inclinó.

—Es un placer —indicó a Rose—. Y esta es la reina Rose.

Karen hizo de nuevo una genuflexión.

—Es un placer conocerte.

Rose se rio.

—Veo que os encantan las formalidades, pero yo soy más de abrazos —dijo. Y la estrechó con fuerza.

El rey las condujo hacia una sala con un bar.

Eva miró a su alrededor con curiosidad. Algunas familias reales eran más ricas que otras y sabía que la situación geográfica de Xaviera le proporcionaba enormes beneficios por el petróleo. Pero aquel palacio era espectacular. Los cuadros que colgaban de las paredes debían de tener más valor que todo el producto interior bruto de Grennady.

Su madre se inclinó y le susurró al oído.

—Así que la madre de la princesa ha terminado casándose con el rey. A eso se le llama suerte.

Eva no pudo contener una risita.

—Mamá, compórtate.

—Rose no lo hace.

—Ella es la reina y tiene derecho a ser excéntrica.

—Vale.

El rey indicó el bar con la mano.

—¿Puedo ofreceros algo?

—Un vino con soda, por favor —dijo Karen.

—¿Princesa Eva?

—Yo tomaré...

Pero antes de que terminara, Alexandros apareció desde detrás de la barra. Vestido con el uniforme de gala del país, con pantalones negros y una chaqueta roja cubierta de medallas, no se parecía en nada al hombre con pantalones de montar y camisa de rayas que había visto hacía unas horas.

Sus ojos oscuros se clavaron en los de ella y Alex dejó caer

sobre la barra la botella que sostenía en la mano.

Eva sonrió.

El rey Ronaldo dijo:

—Tengo entendido que coincidiste con Alex en el colegio.

Sin apartar la mirada de Alex, Eva contestó:

—Y esta tarde nos hemos encontrado accidentalmente. En los establos.

—¡Qué bien, montas a caballo! —exclamó Rose—. Me encantaría salir contigo una de estas mañanas.

Educada y amable, Eva miró a Rose y dijo:

—A mí también.

El rey Ronaldo comentó:

—Es curioso. Alex no ha mencionado que os hubierais visto.

Sintiendo que recuperaba su aplomo habitual, Eva lanzó una mirada a Alex antes de volverse al rey.

—Creo que no me ha reconocido.

Alex sintió que se ruborizaba como un adolescente.

—Me ha dado su fusta —continuó Eva—, y me ha dicho que me asegurara de tratar a su caballo como se merece.

—¡Alex! —exclamó el rey, atónito.

—Es que... no iba así —dijo Alex, señalando el vestido rojo y su cabello, que llevaba recogido parcialmente y dejaba su rostro despejado mientras el resto de sus densos rizos acariciaba su espalda desnuda. Imaginar ese cabello sobre una almohada blanca hizo que estuviera a punto de dejar caer la botella de nuevo.

—Quizá estaba preocupado —dijo Eva, para quitarle importancia.

—Puede ser —contestó el rey.

Pero Alex no apartaba los ojos de su vestido rojo. La parte superior se abrazaba a sus senos y a su cintura antes de transformarse en lo que parecían metros y metros de una gasa que en lugar de abrirse en forma de campana, caía hacia el suelo,

flotando alrededor de sus caderas y sus piernas con cada uno de sus gráciles movimientos.

No habría podido decir cómo esperaba que fuera la mujer a la que había conocido cuando era una niña, pero desde luego que no se trataba de aquella belleza de desbordante sensualidad.

Ella esbozó una sonrisa. Era consciente de que Alex estaba perplejo y, evidentemente, se alegraba.

De hecho, estaba encantada. Y Alex pensó que no podía culparla. Su familia le había privado del príncipe ejemplar y la había obligado a elegir entre él o nada. Tan solo una semana después de que el padre de ella hubiera provocado un escándalo en su país, la familia Sancho había decidido cumplir los términos del tratado, forzándola a casarse con un príncipe de segunda. Y encima él la confundía con una sirvienta. Era evidente que necesitaba recuperar su dignidad.

Se abrió la puerta de la sala y Alex vio entrar a su hermano y a su esposa; y por segunda vez en aquella tarde, se quedó mudo. La princesa Ginny entró del brazo de Dominic, vestida con un vestido idéntico al de Eva, en un discreto tono gris.

—Siento llegar tarde —dijo Dominic.

El rey Ronaldo y la reina Rose se volvieron al instante hacia ellos.

—¿Le pasa algo a Jimmy? ¿Está bien? —preguntó Rose.

Ginny se rio.

—Tranquila, mamá. Tu nieto está perfectamente.

La princesa Eva seguía delante del bar, paralizada, observando a la feliz pareja en silencio.

Alex se inclinó hacia delante, por encima de la barra.

—Vaya... Ginny y tú lleváis el mismo vestido, excepto que el tuyo es rojo, llamativo, y el suyo es gris, candoroso y discreto. Es como estar delante de uno de esos cuadros que representan al ángel y al demonio.

Vio que Eva se erguía y supo que había logrado provocarla. Se lo tenía merecido. Ella no se había molestado en revelar su verdadera identidad, y luego lo había avergonzado delante de su padre.

—Cállate.

Alex vio los músculos de su espalda tensarse y supo que todavía tenía la oportunidad de tomarse la revancha.

—Personalmente, estoy encantado de ser el hermano que se casa con la princesa provocativa; pero no estoy seguro de que esa fuera la imagen que querías proyectar ante el hombre que te dejó por otra.

—Él no me ha dejado.

—Digamos que no se ha casado contigo.

—Ya está casado.

—Con alguien totalmente opuesto a ti, ¿no te parece curioso?

Vio vulnerabilidad en el brillo de los ojos azules de Eva al aproximarse Dominic y Ginny a ella. Aunque no la conociera, él sabía bien lo que se sentía siendo el segundón, el desechado, quien permanecía dos pasos más atrás que su hermano y su padre, el rey y el hombre que se convertiría en rey.

Se le encogió el corazón. Eva podía estar bien educada y ser una mujer solidaria que representaba a aquellos que no tenían voz, pero nada podía haberla preparado para encontrarse en una situación tan violenta como aquella.

Era demasiado hermosa para sentirse humillada. Alex no era ningún caballero andante, pero tenía mucha práctica en hacer creer a los demás que estaba bien, que era feliz. Y eso era lo que Eva necesitaba en aquel momento: ser rescatada de una situación embarazosa que, evidentemente, la sobrepasaba.

Alex rodeó la barra y tomándola por la cintura le susurró al oído:

—Esto es lo que vamos a contar: en cuanto nos hemos visto esta tarde en el establo, nos hemos sentido atraídos el uno por el otro.

Ella lo miró.

—¿Tú crees?

—¿Qué prefieres, ser la mujer que de pronto ha descubierto que está loca por mí, o la mujer abandonada por mi hermano mayor?

Eva lo miró, desconcertada.

—Muéstrate indiferente, que parezca que eres tú quien ha preferido no casarse con él —añadió Alex. Al ver que seguía sin

reaccionar, dijo—: No tienes demasiada experiencia con los hombres, ¿verdad?

—He estado prometida desde los cuatro años.

—Y ahora vas a decirme que eres virgen.

Eva miró a Alex en silencio.

—¡Increíble! —exclamó Alex.

—¡Tú sí que eres increíble! —bromeó Dominic, acercándose. Tomó la mano que Eva le tendió y se la besó—. Princesa Eva, me alegro de verte. Lamento que nos encontremos en circunstancias algo peculiares.

Ella entrelazó su brazo con el de Alex y se aproximó a él.

—No hay motivo para que te sientas incómodo. Apenas hemos tenido contacto. Además, he tenido la fortuna de encontrarme con Alex esta tarde en los establos.

Alex le guiñó un ojo.

—Y ha sido amor a primera vista.

—¿De verdad? —dijo Dominic.

Alex se rio.

—Al menos, atracción a primera vista.

Eva volvió su atención hacia Ginny.

—Y tú debes de ser la mujer que le ha robado el corazón a Dom —dijo, sonriendo—. Tienes un gusto exquisito con la ropa.

Alex contuvo la risa a duras penas. Era evidente que sabía defenderse a sí misma, solo había necesitado un poco de ayuda para superar la incomodidad de su primer encuentro con Dom.

Ginny se rio y deslizó la mirada por el vestido de Eva.

—Tú también tienes buen gusto. Yo diría que mejor que el mío. Ese rojo es precioso.

—Alex dice que parezco una diablesa.

—Y que tú pareces un ángel —dijo Alex a Ginny. Luego besó a Eva en la mejilla—. Pero ya sabes que yo siempre prefiero al diablo.

—Así que al final todo ha sido para bien —dijo Dom, mirándolos especulativamente.

Alex estrechó a Eva contra sí.

–En nuestra opinión, sí

Un sirviente se acercó al rey Ronaldo y le dijo algo al oído. Este asintió y dijo:

–La cena está servida. Pasemos al comedor.

Dom y Ginny siguieron al rey, pero Eva tiró del brazo de Alex para retenerlo. Cuando se quedaron a solas, dijo:

–Te debo una.

Alex no pudo evitar sonreír.

–Así es. Acabo de salvarte de varios meses embarazosos... quizá de años, si es que la prensa hubiera decidido convertirte en una pobre víctima abandonada... Pero sé muy bien cómo puedes pagarme.

Capítulo 2

El corazón de Eva latía aceleradamente. Aunque no tenía ni idea de qué iba a pedirle Alex a cambio de haberla salvado, no había discutido cuando él le había dicho que fuera a su encuentro a los establos a medianoche. Después de acompañar a su madre a sus aposentos, se puso unos vaqueros y un jersey y salió.

La luna brillaba en lo alto y una suave brisa la acompañaba mientras recorría el paseo de adoquines. Xaviera era una isla en el Mediterráneo y como tal, tenía un invierno más cálido que su país, que estaba entre Finlandia y Rusia. De haber estado en casa en aquel momento, llevaría abrigo y botas.

Entró por una puerta lateral en el edificio de madera y piedra. Aunque era el establo más limpio que había visto en su vida, le llegó el olor a caballo, heno y cuero. Miró por el pasillo central y vio a Alex al fondo, acariciando el hocico de su campeón, Thor.

—Así que has venido a negociar —dijo él, al verla acercarse.

—No. He venido a que me digas cómo quieres que te devuelva el favor que me has hecho esta noche.

Alex se rio.

—Normalmente, soy yo quien debe favores.

—Ya conozco la mala reputación de mi futuro esposo.

—De eso precisamente quería hablarte. La mejor manera de compensarme es no casándote conmigo.

Eva dejó escapar una exclamación ahogada y a continuación dijo:

—¡Casarme contigo es una obligación de estado!

—En realidad, no.

—Está sellado en un tratado entre nuestras naciones.

—Que se firmó hace décadas —Alex miró a Eva fijamente—. ¿Eras lo bastante madura a los cuatro años como para adquirir un compromiso como este?

Puesto que sabía la respuesta, Eva no se molestó en contestar.

—Por supuesto que no —continuó Alex—. Y encima cambian las condiciones y en lugar del príncipe original, te obligan a casarte con otro. Ni siquiera te toca el príncipe bueno, el que un día será rey, sino el segundón.

Eva lo observó. Con una camiseta metida por la cintura de unos vaqueros ajustados a las caderas, el cabello oscuro alborotado y unos inquietantes ojos marrones, no tenía el aspecto de un segundón. Dominic tenía una belleza perfecta, clásica. ¿Y Alex? Alex era de una espectacular belleza algo tosca, el pícaro sexy.

Eva tragó saliva. Al margen de todo lo demás, su matrimonio era una cuestión de deber.

—No me queda otra opción.

Alex avanzó hacia ella.

—He leído el tratado y puede que tú no puedas hacer nada. Tampoco yo. Pero juntos, sí. Si los dos decidimos que no queremos casarnos, podemos anular el acuerdo.

Eva lo miró atónita.

—¿Quieres anular el acuerdo solo porque no quieres casarte conmigo?

—No quiero casarme con nadie. Y no anularíamos todo el tratado, solo esa cláusula —Alex suspiró—. Escucha, esta noche te he salvado porque no me parece justo que una mujer tan hermosa como tú pase a la historia como la mujer que el príncipe dejó por otra.

A Eva se le aceleró el pulso. ¿Alex la consideraba hermosa? ¿El soltero más codiciado del mundo la consideraba hermosa?

—Pero no tengo nada de caballero andante —dijo Alex.

Aunque él no hubiera mencionado ni la reciente traición de su padre, ni el hecho de que ella se convertiría pronto en reina, Eva no podía olvidar ni una cosa ni la otra. Quizá Alex no quisiera rescatarla, pero para ella representaba la única opción de demostrar a sus súbditos que su familia no había olvidado cuál era su deber.

Alzó la barbilla.

—Lo quieras o no, debes casarte conmigo o estaríamos vulnerando los términos del acuerdo.

—Te he dicho que podemos...

—¡No! Mi padre ya nos ha humillado bastante. Debo demostrar que sé asumir mis responsabilidades.

Alex la miró entornando los ojos.

—Así que rechazas mi plan...

—Sí.

Alex dio un paso hacia Eva. Su instinto la impulsó a retroceder, pero el sentido común le indicó que eso sería una muestra de debilidad. Así que permaneció inmóvil, mirándolo a los ojos mientras él la rodeaba, inspeccionándola como si fuera su próxima presa. A Eva se le puso la carne de gallina.

—¿Por qué querría una mujer tan bonita casarse con un hombre al que no conoce?

—Porque tengo que demostrar...

—Que vas a cumplir con tu deber —la interrumpió Alex—. Ya. Y te creo —se detuvo a su lado, le tomó un mechón de cabello y deslizó sus dedos por él—. Lo lógico sería que prefirieras a alguien de tu edad. Quizá alguien que comparta tu preocupación por las minas antipersona y esas cosas.

—En primer lugar, no colaboro en ninguna campaña de minas antipersona. Y en segundo, cinco años de diferencia no es nada.

Alex le retiró el mechón por encima del hombro y el cosquilleo que la recorrió al sentir el roce de sus dedos le provocó un estremecimiento.

—Así que te gusto —dijo él.

—Yo no he dicho eso.

Alex sonrió con gesto de superioridad y se aproximó aún más.

—Bueno, te sientes atraída por mí.

—¿Por ti? —Eva había pretendido sonar desdeñosa, pero le salió un gallo.

—Bueno, como eres virgen, a lo mejor no tienes claro lo que es la atracción.

Si el torbellino de sensaciones que la dominaban era atracción, Alex estaba en lo cierto. La mezcla de terror a que la tocara y el deseo de que lo hiciera la tenían absolutamente confundida. Sentía una opresión en el pecho, le temblaba el cuerpo y un hormigueo le

recorría los labios.

–He tenido novios.

–Entonces no te importará que te bese.

–¿Para convencerme de que no me case contigo? ¿Tan mal besas?

Apenas había terminado la frase cuando Alex la tomó por los hombros y la besó. A Eva le temblaron las piernas. Alex la sujetó con un brazo por la cintura y la apretó contra sí. Pero tan súbitamente como la había tomado, la soltó.

Eva lo miró fijamente con los nervios a flor de piel. El aire no le entraba en los pulmones.

Alex sonrió.

Sin saber cómo reaccionar o qué decir, Eva adoptó una actitud digna.

–Sigo teniendo la intención de casarme contigo –dijo. Y dando media vuelta, salió del establo con la cabeza bien alta.

Cuando llegó a sus aposentos, suspiró aliviada.

Su madre la esperaba sentada en el sofá.

–¿Qué tal ha ido?

¿Que qué tal había ido? En veinte minutos, Alex había conseguido que su cuerpo se derritiera y que el corazón le latiera con tanta fuerza que le dolía el pecho.

–No quiere casarse conmigo. Dice que, si los dos estamos de acuerdo, esa parte del tratado puede anularse.

Su madre la miró espantada.

–¡Oh, no! Nuestra familia ya ha causado suficiente escándalo. Tú tienes que demostrar que eres merecedora de la corona.

Eva se sentó junto a su madre.

–Lo sé. Eso es lo que le he dicho.

Pero convencerlo de eso no era el mayor problema. Lo peor era que un beso de unos segundos había vuelto el mundo del revés; le había hecho sentir frío y calor; le había alterado la respiración. Al pensar en casarse con Dominic siempre había tenido sensaciones cálidas y tiernas. Cuando pensaba en Alex, las imágenes que invocaba su mente eran salvajes y tórridas. Y ella no era ese tipo de

mujer.

—Nuestra familia ha sido respetada en Grennady durante siglos, pero tu padre nos ha dejado en una situación precaria. No puedes permitirte parecer frágil o indecisa. No puedes renunciar a un tratado unas semanas antes de convertirte en reina. La prensa te crucificaría. Tu reinado sería puesto en cuestión.

El cerebro de Eva intentaba prestar atención a su madre, pero solo pensaba en la poca experiencia que ella tenía comparada con la de Alex, y en cómo podía una virgen satisfacer a un playboy.

Su madre le tomó las manos.

—Tienes que casarte con Alex.

Eva se sentía confusa. Por un lado, era consciente de su deber. Por otro, temía tener un matrimonio desgraciado.

—No creo que Alex se dé por vencido.

—Pues tienes que conseguir gustarle.

Como siempre, su madre hacía que incluso lo más complicado sonara sencillo.

Eva tomó aire.

—¿Y cómo quieres que lo consiga?

—Flirtea; halágalo. Las mujeres llevan haciéndolo desde hace siglos.

Eva no. En el colegio solo había salido con chicos que eran sus amigos. De adulta, sus acompañantes sabían que estaba prometida a un príncipe y nunca habían esperado de ella que flirteara. Para empeorar las cosas, Alex probablemente había sido seducido por las mujeres más sofisticadas. Si ella se equivocaba o lo hacía mal, quedaría en ridículo.

Pero no le quedaba otra opción. Y solo faltaban algunos meses hasta la boda, así que podría aprender. Para empezar, tendría que controlar su afilada lengua y tratarlo con respeto... Y buscar en Internet cómo coquetear.

A la mañana siguiente, Alex recibió una llamada a las seis. Reconociendo el tono de su padre, se incorporó y contestó.

—Sí, padre.

—Soy yo, cariño —dijo su madrastra, Rose, en tono animado—. Tu padre acaba de darse cuenta de que anoche no concretamos la fecha de la boda, y ha pensado que podíamos desayunar juntos y hablar de ello.

—Genial.

—¿Con «genial» quieres decir que vendrás? —sin darle tiempo a responder, Rose continuó—: Gracias. Eres un encanto.

Colgó y Alex dejó escapar un gruñido. Lo último que quería era fijar la fecha de su boda cuando no quería casarse. Pero peor aún era que la mujer en cuestión fuera a ser reina y que al convertirse en rey consorte le impidiera seguir jugando en el casino y tener aventuras con otras mujeres. Eso era demasiado.

Casarse con alguien por un tratado entre familias era un anacronismo, y no pensaba hacerlo por muy guapa que Eva fuera.

Se levantó tratando de no pensar en cómo se sonrojaban sus mejillas cuando le tomaba el pelo, o lo sensual que había sido el breve beso que le había dado.

Pero lo cierto era que había sido sensual. Extremadamente. Besar a alguien que no lo esperaba le había resultado excitante. El beso más excitante de su vida.

¿Cuándo había tenido que cortejar a una mujer por última vez?

¡Qué estupidez! Debía dejar de pensar en ella. No era lo que tenía en mente. Su plan era convencerla de que renunciara a la boda.

Fue a la ducha decidido a olvidarse de ella, pero el recuerdo que la sustituyó prácticamente le paró el corazón. El vago recuerdo de la muerte de su madre; su padre destrozado; todo el palacio de luto llorando en silencio mientras seguía cumpliendo con sus tareas.

Respiró profundamente para borrar esas imágenes, pero en su lugar le llegaron otras aún más dolorosas. El anuncio de que su novia, la primera mujer a la que había amado realmente, había muerto en un accidente de yate. El vívido recuerdo de sufrimiento que lo había consumido a lo largo de dos años.

Como siempre que pensaba en Nina, el dolor que se asentó en su pecho lo dejó sin respiración a pesar de que habían pasado cinco años y había superado su pérdida.

Que tanto su madre como su primer amor le volvieran a la mente solo podía significar que temía sentir algo por Eva. Pero estaba convencido de ser más fuerte que su subconsciente. Un tratado no iba a obligarlo a exponerse de nuevo al dolor.

Eso no significaba que pudiera negarse a acudir a ver a su padre o a obedecerlo. Sin embargo, Eva sí podía negarse a cumplir el acuerdo. Entonces él podría decirle a su padre que era virgen y que no podía obligar a una mujer joven e inocente a casarse a la fuerza. Así él aparentaría actuar con nobleza y su padre le daría la razón.

Ese era el plan al que debía aferrarse. El único que daría resultados.

Se puso unos pantalones ligeros, una camisa azul celeste y una chaqueta azul marino y fue a las dependencias de su padre. Cruzó las puertas bañadas en oro que daban al vestíbulo y fue hasta el comedor que su padre usaba para los encuentros informales.

Rose fue hacia él en cuanto lo vio entrar y lo abrazó. Después de tantos años sin una madre, su presencia resultaba a un tiempo agradable y perturbadora. Hasta el embarazo de Ginny, aquel había sido un palacio masculino en el que no se hablaba ni de bebés ni de moda...

—Estás muy guapo.

Ni nadie hacía comentarios sobre su aspecto, aparte de lo apropiado o no de su indumentaria.

Afortunadamente, Rose le caía bien.

—Gracias.

—Tú y Eva os sentaréis ahí —dijo su padre, señalando dos sillas—. La madre de tu prometida se sentará a mi lado y Rose frente a mí.

—¿No vienen Dom y Ginny?

—No. El que se casa eres tú —dijo el rey en tono solemne.

Alex sintió que la soga se apretaba un poco más en torno a su cuello.

Eva y su madre entraron precedidas por el mayordomo y Alex se quedó boquiabierto. Si la había encontrado espectacular con el vestido rojo, el vestido blanco de aquella mañana, sencillo y discreto, con una rebeca rosa, resaltaba toda su belleza y sensualidad natural: su increíble y lustroso cabello negro, el pálido

azul de sus ojos...

Alex sacudió la cabeza. ¿Qué demonios le estaba pasando?

El mayordomo anunció a Karen y a Eva y se retiró.

Alex separó la silla que había a su lado para Eva y su padre dirigió a Karen a la suya.

Mientras se sentaba, Eva susurró:

—Vaya, veo que hoy te has vestido de buen chico.

—¿Preferirías que hubiera venido en bata y zapatillas?

Eva se rio.

Alex frunció el ceño.

—¿No vas a hacer algún comentario sarcástico?

—No —dijo ella, bajando la vista.

—Vamos, los dos tenemos motivos para rechazar esta boda. No te hagas la princesita buena ahora.

—Es que soy la princesa buena.

Alex no quería mencionar a su padre. Para un miembro de la familia real, que un padre abdicara no era solo un motivo de escándalo, sino una humillación. Aun así, podía decir algo al respecto sin mencionarlo directamente.

—Estás a punto de convertirte en reina. ¿No crees que ya es bastante responsabilidad como para añadir la de un matrimonio?

—Una reina no incumple un acuerdo.

—Vale. Pero yo no quiero casarme.

Eva no replicó.

—Y voy a hacer lo posible para que estés de acuerdo conmigo —concluyó Alex.

Entonces, Eva lo miró fijamente, como si aceptara el reto.

—Vas a tener que esforzarte mucho, porque yo estoy decidida a convencerte de que te cases conmigo.

Alex volvió a quedarse mudo. La indignación hacía brillar los ojos de Eva hasta volverlos casi plateados, y le hicieron estremecerse. Contempló su cabello, el rubor de sus mejillas, sus voluptuosos labios, y se dio cuenta de que casarse con aquella

mujer no era ni mucho menos el peor de los castigos.

Excepto que era virgen y pronto sería reina, y que él no quería casarse. Había visto padecer lo indecible a su padre cuando murió su madre. Él había perdido a su primer amor y... Sintió una presión en el pecho. Una oleada de tristeza lo envolvió.

Por eso había tenido aquellos recuerdos por la mañana, para que no olvidara que no debía sentir afecto por nadie. El dolor de la pérdida era un riesgo que no estaba dispuesto a correr.

El rey alzó su vaso de zumo y dijo:

—Ayer estábamos tan ocupados hablando de niños que olvidamos brindar —todos se rieron—. ¡Por la boda que uniré a nuestros dos países!

Los demás alzaron sus vasos y repitieron el brindis.

Aunque pronunciara las palabras, Eva percibió el nulo entusiasmo de Alex y se enfureció. Pero su determinación superaba a su orgullo. Conseguiría gustarle.

Alex le acercó una bandeja con fruta.

—¿Melón?

—Sí.

Sus miradas se encontraron y el recuerdo del beso de la noche anterior asaltó a Eva. La solidez del cuerpo de Alex contra el suyo; la presión de sus labios. Aunque se le alteró la respiración, le sostuvo la mirada. Intuitivamente, pensó que aquel era un momento para flirtear, pero se quedó en blanco.

—Gracias —fue todo lo que consiguió decir a la vez que se servía un trozo.

Al devolverle la cuchara a Alex, sus dedos se rozaron y el recuerdo de aquellos dedos tocando su hombro al retirarle el cabello de la cara hizo que la recorriera un estremecimiento.

Alex sonrió.

—Parece que hoy estás más nerviosa que ayer.

—No sé qué te hace pensar eso.

—Que te tiemblan las manos.

Eva apretó los labios. Alex retiró la mirada y se sirvió fruta. Durante unos minutos la única conversación fue la de Rose y Karen

hablando de jardinería.

–¿Qué hacen tus gatos cuando tú no estás? –preguntó entonces Alex.

Eva se relajó. Ese era un tema del que podía hablar libremente.

–No me necesitan. Para eso creé los refugios de animales; y cuento con un personal excepcional...

Eva se arriesgó a mirar a Alex, y al ver sus ojos oscuros clavados en ella olvidó lo que iba a decir. No era de extrañar que tuviera tal reputación entre las mujeres. Era guapísimo. Su mirada tenía una profundidad que llegaba al alma. Pensar que pudiera ser suyo, que aunque tonteara con otras mujeres, ella ocuparía su cama; pensar en la noche de bodas con él la dejó sin aliento una vez más. Respiró profundamente para ahuyentar aquellas ideas.

–Pienso abrir refugios en todas las ciudades que pueda – consiguió decir.

–¿En Estados Unidos?

Alex parecía sentir una sincera curiosidad, y mientras que él se mostraba tranquilo y seguro de sí mismo, ella se sentía invadida por un torbellino de emociones que no llegaba a comprender.

En momentos como aquel habría dado cualquier cosa por saber coquetear. Quizá si sonreía y pestañeaba... Consiguió esbozar una sonrisa.

–Sí. En mi país la situación no es tan grave.

Alex ladeó la cabeza y la estudió.

–Interesante.

Eva confió en que siguiera refiriéndose a los refugios.

–Como es un país agrícola, en Grennady hay muchos establos y cobertizos donde los gatos y los perros encuentran refugio durante el invierno.

–Entiendo... –Alex la miraba fijamente, con una intensidad que la turbó.

Cada vez estaba más nerviosa. Sentía frío y calor.

Desvió la mirada y se concentró en la conversación de la mesa. El rey Ronaldo hablaba de la última novela policiaca que había leído y que también había entusiasmado a Rose y a su madre.

—¿Quién subvenciona los refugios? —preguntó entonces Alex.

—Yo y...

Eva dejó la frase a medias. Su padre había huido hacía poco más de una semana. Su madre había dejado de llorar apenas el día anterior. Hasta que su padre volviera o diera la orden, no recibiría su siguiente asignación mensual porque solo él estaba autorizado a firmar cheques.

Suspiró. Tenía dinero suficiente para vivir, pero no para sacar adelante sus proyectos.

—Debería hablar en pasado —tragó saliva—. Mientras mi padre esté ausente, no recibiré mi asignación —miró a Alex—. Al menos cuatro refugios tendrán que cerrar.

—Se ve que la asignación no era demasiado elevada.

¡Cómo podía ser tan insensible! ¿Su vida colapsaba y a él solo se le ocurría bromear?

—Gracias por reírte de mí.

—Bromeo para que no te sientas incómoda. Lamento lo de tu padre.

Eva se irguió, cuadrando los hombros.

—Todavía no hay nada oficial. Pueden pasar meses antes de que se divorcie de mi madre... —y entre tanto, ella no dispondría de dinero.

La puerta del comedor se abrió de nuevo y entró una mujer de cabello oscuro, vestida con un traje de chaqueta y mocasines, que llevaba en la mano un cuaderno.

El rey anunció:

—Princesa Eva, reina Karen, esta es Sally Peterson, nuestra ministra de protocolo. Está aquí para decidir la fecha de la boda.

Alex susurró al oído de Eva:

—Así sabré de cuánto tiempo dispongo para conseguir convencerte.

Eva se enfureció. ¿No podía Alex fingir ni por un instante que cumpliría con su deber? ¿Debía insistir continuamente en que la rechazaba?

Sally se inclinó.

—Princesa, su país nos ha dado tres fechas. La segunda semana de abril.

Alex se atragantó y Eva palideció. Solo faltaban tres meses.

—La primera semana de marzo.

Alex tomó su vaso de agua. Eva miró a Sally Peterson atónita. ¿Por qué tenía que ser tan pronto?

—O la segunda semana de febrero, coincidiendo con el Día de San Valentín.

¿En cuatro semanas? Eva carraspeó para contener una exclamación de incredulidad.

—La fecha de febrero es la mejor —dijo el rey Ronaldo. Se puso en pie—. Sally, tú y las señoras podéis hablar de vestidos y de posibles diseñadores.

Rose se frotó las manos.

—¡Qué bien! Vayamos al salón con un café para ver muestras de telas y de diseños.

—¡Qué divertido! —exclamó Karen—. ¿Eva?

Eva sentía un nudo en la garganta. Tenía cuatro semanas para conseguir gustarle a Alex y averiguar qué debía hacer en la noche de bodas.

Antes de que contestara, Sally comentó:

—Lo siento, Majestad, pero como soy responsable del presupuesto, necesito saber quién va a pagar qué.

Todos los ojos se volvieron a Karen, que a su vez miró a Eva. Ella sintió que se le paraba el corazón.

—Yo... quiero decir, mi madre y yo...

Al ver palidecer a Eva, Alex estuvo a punto de maldecir en alto. Acababa de decirle que no tenía dinero. Su país tendría que hacer una contribución a los millones que costaría una boda real, pero no podían consultar a su padre. Si Xaviera obligaba a pagar a Grennady, la noticia se publicaría en la prensa de todo el mundo y Eva sufriría una espantosa humillación.

Sin pensar en lo que hacía, se puso en pie.

—Puesto que nosotros decidimos que había llegado el momento de cumplir el tratado, creo que deberíamos pagar nosotros la boda

—se humedeció los labios, que de pronto se le habían quedado secos—. Me parece lo más justo.

Eva lo miró desconcertada. El tiempo pareció ralentizarse.

El reyladeó la cabeza y tras unos segundos, sonrió.

—Tienes toda la razón. Nosotros hemos decidido que se celebre la boda y nosotros debemos pagar por ella.

Sally exclamó:

—¡Pero, Majestad...!

—No hay «peros» que valgan, Sally. Alex tiene razón.

Sally apuntó algo en su cuaderno.

—Muy bien —se volvió a Rose—. Pediré que nos lleven café al salón para que empecemos con los preparativos.

—Magnífico —contestó Rose.

Mientras esta y su madre empezaban a charlar sobre vestidos, Eva miró a Alex, que había vuelto a sentarse.

—Gracias.

Alex sintió que le subía el color a las mejillas. La confusión y la rabia se fundieron en un único sentimiento que le produjo ganas de darse de bofetadas.

—No significa nada. Nuestro país puede asumir las pérdidas que origine la cancelación de la boda.

Eva posó la mano en su brazo.

—Puede ser, pero nos has salvado de una situación embarazosa.

—¿Me devolverás el favor cancelando la boda?

Eva se rio, en parte aliviada y en parte como lo habría hecho con un amigo.

—No.

A Alex le irritó que fuera tan encantadora. No pudo evitar sonreír.

—No hagas que me gustes.

Ella lo miró a través de sus densas pestañas.

—¿Preferirías odiarme?

El calor que recorrió a Alex estuvo a punto de pararle el corazón. Los magnéticos ojos de Eva lo atrapaban. Una voz interior lo animaba a inclinarse a besarla.

«Bésala, bésala».

Pero ese era el problema. Eva era lo bastante hermosa y tentadora como para que se planteara casarse con ella. ¿Y entonces, qué? ¿Correr el riesgo de enamorarse de ella? La mera idea le atenazó la garganta. Había amado a dos mujeres en su vida y las había perdido. Solo un loco se arriesgaría a volver a pasar por el mismo suplicio.

—Conseguiré convencerte de que tú tampoco quieres seguir adelante.

Capítulo 3

Alex salió del comedor por una puerta trasera. Estaba deseando quitarse aquella indumentaria formal y ponerse los pantalones de montar. Pero, cuando llegaba al ascensor que subía a sus aposentos, uno de los secretarios de su padre le dio alcance.

—Majestad, su padre me ha enviado a buscarlo. Quiere verlo en su despacho —dijo, inclinándose.

—¿Ahora?

El hombre maduro enarcó las cejas, señal inequívoca de que era mejor no discutir y, habitualmente, de que había hecho algo mal.

Alex hizo una mueca. En el mejor de los casos, su padre quería reprenderlo por haberse ofrecido a pagar la boda; en el peor, sabía que pretendía cancelar la boda.

Con un gesto de la mano, indicó al secretario que lo precediera. Este llamó a la puerta del despacho y lo dejó pasar.

—No puedes librarte de la boda —dijo su padre sin levantar la mirada de la carta que estaba firmando.

Así que se encontraba en la peor situación posible.

Alex se sentó en una de las butacas que había al otro lado del escritorio.

—Es incomprensible que me obligues a casarme con una mujer a la que apenas conozco por un tratado que se firmó cuando yo acababa de nacer. Es un anacronismo, y lo sabes.

Su padre estudió su rostro unos segundos antes de suspirar.

—Está bien, tienes razón. Pero la situación es demasiado grave como para arriesgarnos. Has sido lo bastante intuitivo como para mencionar el problema del dinero, así que debes ser informado de lo que verdaderamente está pasando.

Alex se irguió.

—¿A qué te refieres?

—El padre de Eva no ha abandonado a su madre. El rey Mason se enteró de que su hermano planeaba dar un golpe de estado.

—¿Por eso ha huido?

—Su vida corría peligro. Su hermano pensaba asesinarlo para representar el papel de hermano destrozado por el dolor, que aun así asumía la responsabilidad de sustituirlo.

—¡Dios mío! —Alex reflexionó unos segundos y añadió—: Pero, si Mason muere, Eva es la heredera de la corona.

Su padre lo miró fijamente.

—Exactamente.

A Alex se le aceleró el corazón.

—¿Pensaba matar también a Eva?

—A Gerard no le servía acabar solo con Mason. La idea era fingir un ataque al palacio en el que ambos morían para quedar así como sucesor al trono. Por eso los hemos separado. Si ambos murieran, sería evidente que se trataba de un asesinato.

—¡Dios mío! —exclamó Alex de nuevo.

—La boda no tiene nada que ver con el tratado. Eva y su madre están aquí para mantenerlas a salvo.

—¿Y no crees que exponer a Eva al ojo público es peligroso?

—Al contrario. Mientras aparezca en la prensa, será difícil fingir un accidente. Gerard no puede arriesgarse a secuestrarla para conseguir que Mason salga de su escondite. En este momento, Gerard tiene las manos atadas.

Alex pensó en Eva, en su sonrisa, en su fuerte personalidad. Y la idea de que alguien quisiera hacerle daño lo enfureció.

—¿Y piensas que una boda la mantendrá a salvo?

—Siempre que se celebre con prontitud, Eva y su madre estarán protegidas.

Aunque a Alex le enfadó que su padre no le hubiera contado la verdad desde el principio, comprendió la necesidad de tanto secretismo.

—Tienes razón.

—Durante las próximas cuatro semanas, debes colaborar. El plan solo funcionará si conseguimos que toda la atención se centre en la feliz boda. Así que debes hacer que parezca real.

Alex no titubeó.

–Te doy mi palabra.

El rey Ronaldo se inclinó hacia delante.

–En cuanto anunciemos la fecha de la boda, empieza la acción. Por eso la fijamos para tan pronto. Es el tiempo que Mason calcula que necesita para resolver la situación.

–¿Qué va a hacer?

–Contactar con los miembros del servicio secreto en los que puede confiar para demostrar que su hermano pensaba asesinarlo. Cuando lo consiga, podrá arrestarlo.

–¿Piensa que parte de su personal ha participado en la conspiración?

–Solo algunos. Pero los dos sabemos que basta con confiar en la persona equivocada para poner todo en riesgo. Y en este caso, lo que está en riesgo es su vida y la de su hija.

Alex lo comprendía perfectamente. Aunque su padre no tenía hermanos, durante su reinado también habían tenido que superar distintas amenazas, algunas sutiles, otras más evidentes. Todas, peligrosas.

–Mañana convocaremos la conferencia de prensa para anunciar vuestra boda –continuó su padre–. Eso significa que Eva y tú debéis ser vistos en público esta tarde como una pareja feliz.

–¿Quieres que finjamos estar enamorados?

–No. Todo el mundo sabe que apenas os conocéis, así que debéis parecer una pareja que se gusta. Después de la conferencia de prensa, puedes llevar a Eva a la casa de campo en la que viviréis una vez casados. A la prensa le encantará y asegurará vuestra presencia en los periódicos. Ni siquiera les llamará la atención que haya más guardaespaldas de lo habitual, dadas las circunstancias.

Alex se puso en pie.

–Muy bien.

Su padre lo imitó.

–Otra cosa, Alex: si Mason no resuelve esto en cuatro semanas, tendrás que casarte con Eva.

Casarse por un tratado le parecía una estupidez. Hacerlo para salvar a Eva despertaba en él un sentimiento peculiar. Se sentía

alerta, con los sentidos aguzados. Apenas la conocía, pero nadie le haría daño mientras estuviera bajo su custodia.

—Por supuesto.

Cuando llegaron al salón, Sally pidió que les llevaran café mientras Eva y la dinámica pareja de madres empezaban a estudiar distintos modelos de vestidos.

Aun antes de que llegara el café, apareció un sirviente. Susurró algo a Sally y se fue.

—Princesa —dijo Sally a Eva—, Alex ha organizado una salida con usted esta tarde.

—¿De verdad? —contestó Eva, intentando disimular su sorpresa.

—Van a ir a comer a un restaurante de la costa. Será la primera vez que aparezcan en público como pareja. No habrá preguntas, pero podrán fotografiarlos.

—Muy bien —dijo Eva. Estaba acostumbrada a que la siguiera la prensa; de hecho, su padre le había animado a hacer declaraciones y a tener voz propia desde muy joven.

Eva cerró los ojos. Era el primer recuerdo afectuoso que tenía de su padre desde hacía una semana. Siempre había sido su mayor apoyo, un padre cariñoso y divertido. Y de pronto lo echó de menos con una intensidad que le obligó a contener las lágrimas. No pensaba sufrir por un hombre que había dejado a su madre y a ella en una situación tan precaria.

Se puso en pie.

—Gracias, Sally —se volvió a su madre y a Rose—. Voy a prepararme.

Rose se puso en pie de un salto y la abrazó.

—Pásalo bien.

Karen la besó.

—Pásalo bien. Recuerda que las novias están contentas.

Rose se rio y movió las manos, quitándole importancia.

—Con Ginny pasamos por algo parecido. Se quedó embarazada en su primera cita con Dom y de pronto se encontró a punto de

casarse con un hombre al que no conocía porque su hijo algún día sería rey –Rose abrazó de nuevo a Eva–. A ellos les ha ido bien; y estoy segura de que a vosotros también, cariño.

–Claro que sí –apuntó Karen.

Eva sonrió. Era evidente que no habían oído ninguno de los comentarios de Alex.

Cuando ya se iba, Sally la detuvo y le dio una tableta electrónica.

–Ahí están todas las páginas Web con los diseñadores seleccionados. Necesitaré un nombre pronto para que puedan tomarle medidas. No tenemos demasiado tiempo.

Eva sintió nervios en la boca del estómago. Todo se había acelerado. La excursión con Alex le proporcionaba la primera oportunidad para conseguir gustarle.

Tres horas más tarde, se miraba en el espejo de su vestidor. Después de estudiar varios vídeos que enseñaban a coquetear, había recibido una llamada del personal de Alex anunciándole el lugar y la hora del encuentro.

Se duchó y se puso unos pantalones negros y un top blanco, y se recogió el cabello en un moño.

Suspiró. Parecía una bibliotecaria. Estaba segura de que Alex aparecería con un estilo totalmente distinto y que la diferencia entre ellos sería evidente.

De hecho, de pronto pensó que esa era precisamente la intención de Alex al convocar aquel encuentro ante la prensa.

Enfurecida, se soltó el cabello y sacudió la cabeza. Volvió a mirarse. Seguía sin tener la imagen de la mujer que iba a casarse con el donjuán de Xaviera. Rebuscó en los cajones y encontró unos pantalones pirata vaqueros y su blusa favorita: un top sin mangas de una tela vaporosa que parecía flotar en torno a ella. Con ese conjunto se sentía atractiva, y según los vídeos ese era el primer paso para flirtear. Si Alex tenía la misión de convencerla para que lo dejara, ella tenía la contraria.

De hecho, estaba decidida a conseguir que se enamorara de ella.

Cuando vio a Alex en la entrada lateral donde habían quedado, notó que lo había desconcertado. Con unas botas gastadas, camisa

blanca y unos viejos vaqueros, parecía un ciudadano corriente... y desaliñado.

Tampoco ella se había vestido como una princesa, y por la mirada que él le dirigió y por cómo sacudió la cabeza, supo que había acertado.

—¿Querías que se notara lo distintos que somos? —preguntó, sonriendo—. Lo he adivinado y ya ves: hacemos una gran pareja.

—No era eso lo que pretendía —dijo él con una adorable sonrisa—. Tú estás guapa te pongas lo que te pongas.

Eva lo miró con suspicacia.

—¿Qué?

—Que estás muy guapa. Pero lo importante es que hoy nos vean en público porque mañana anunciaremos la fecha de la boda.

—¿No querías convencerme de que la cancelara?

Alex se rio.

—Por el momento, veamos cómo va el día de hoy.

Eva escrutó su rostro con desconfianza.

—Está bien, ¿qué te traes entre manos?

Alex señaló un Mercedes negro.

—Nada.

Eva reflexionó y se dijo que Alex se mostraba atento en público para que su padre no le acusara de no cumplir con su papel, y decidió aprovechar las siguientes horas para conseguir gustarle.

Le sorprendió que condujera él mismo, pero vio que los seguían sus guardaespaldas. Miró por la ventanilla y contempló el paisaje. La belleza del contraste entre el frondoso follaje y la costa rocosa la dejó sin aliento.

Suspiró.

—¿Qué pasa? —preguntó Alex.

—Tu país es precioso.

—Es verdad.

La amabilidad de Alex empezaba a resultar sospechosa. Eva lo miró de soslayo mientras repasaba la situación una vez más. Alex era tan atractivo que la idea de casarse con él no le disgustaba.

Aunque estuviera siendo amable con ella para la prensa, debía aprovechar el momento y tratar de mantener una conversación normal, que lo fuera preparando para su posterior flirteo.

—¿Cómo fue tu infancia en un clima tan cálido?

—¿En contraste con necesitar un abrigo el noventa por ciento del tiempo? —preguntó él a su vez.

Eva se rio.

—Exactamente.

—Agradable —Alex pensó un instante—. Me encantaba la playa, aunque odiaba el área privada en la parte de detrás del palacio. Yo quería estar en la playa de verdad, con niños de mi edad. No fue fácil, y mis guardaespaldas solían protestar, pero conseguí vivir hasta cierto punto como un niño normal.

—Por eso yo me enamoré de Estados Unidos. En Europa casi todo el mundo conocía mi identidad, o sabían que era famosa y las relaciones se complicaban. Pero en Estados Unidos les daba lo mismo saber que era una princesa; allí solo era una más.

—Qué interesante.

—Me extraña que tú no lo hayas experimentado.

La mirada de Alex se suavizó y esbozó una sonrisa como si recordara algo.

Eva sintió un hormigueo en el estómago pensando lo fácil que sería enamorarse de esa sonrisa. Pero no era sincera. Y por mucho que Alex estuviera interpretando un papel de cara a la prensa, había algo extraño en su comportamiento. Algo muy extraño.

—Para el coche.

—¿Qué?

Eva resopló.

—Para el coche. Quiero volver al palacio.

—No podemos, debemos ser vistos en público.

—No voy a poder comportarme con ninguna naturalidad si sigues interpretando un papel. Me estás poniendo nerviosa y voy a terminar haciendo el idiota.

—Estás haciéndolo magníficamente.

—No es verdad. Y tú tampoco. ¿Qué demonios te ha pasado

desde esta mañana?

—Nada —Alex se rio—. Relájate.

Eva frunció el ceño.

—¿Que me relaje?

—Mi padre quiere que nos presentemos como dos personas a punto de casarse. Por eso vamos a salir. No hay nada extraño en eso.

—Así que has hablado con tu padre.

Alex suspiró como si se esforzara por mantener la calma o como si reprimiera darle una respuesta deslenguada, más parecida a las que le había dedicado hasta el momento. Y la suspicacia de Eva se cuadruplicó.

—Dime lo que te ha contado tu padre o da la vuelta al coche. No pienso ir contigo a ninguna parte hasta que te expliques.

Alex se dio cuenta de que había cometido un error. Eva era demasiado lista como para no intuir que su cambio de actitud obedecía a razones de fuerza mayor.

—Solo estoy esforzándome para que la prensa crea lo que ve.

—Estamos en un coche. Nadie nos oye. No tiene sentido que finjas.

—Los periodistas tienen cámaras con teleobjetivos que pueden captar la expresión de tu rostro incluso con el coche en marcha.

Eva entornó los ojos y le dedicó una de sus fieras miradas plateadas.

—Esa es la misma razón por la que el Alex de esta mañana estaría intentando que vieran por sí mismos lo poco que tenemos en común.

Alex se revolvió en el asiento. ¡Desde luego que era lista!

Eva sacudió la cabeza y añadió:

—Muy bien, si no quieres hablar, da media vuelta y llévame a palacio.

Alex la miró de soslayo. Era evidente que no iba a conseguir engañarla. Pero ya no se trataba de un juego, sino de una cuestión de vida o muerte. Y Eva se merecía saber la verdad.

—No puedes volver al palacio.

–¡Claro que puedo!

Alex tomó aire.

–Estoy hablando en serio. Esta pequeña pataleta tuya puede hacer que el plan de tu padre fracase.

Eva arrugó la frente.

–¿Qué plan? ¿Qué tiene que ver mi padre con que de pronto seas amable conmigo?

–Tu padre no ha dejado a tu madre.

–¿Ah, no?

–Estáis en Xaviera bajo la protección de mi padre. Tu padre descubrió un complot para asesinaros a ambos. La boda sirve para mantenerte en el ojo público y evitar que tu tío intente asesinarte o utilizarte para que tu padre salga de su escondite.

Eva lo miró boquiabierta, como si solo hubiera asimilado una parte de lo que le había contado.

–¿Qué?

–Tu tío quiere la corona y para ello tiene que acabar contigo y con tu padre. Tu padre descubrió que iba a conseguirlo fingiendo un ataque terrorista a vuestro palacio, por eso huyó de Grennady con la excusa de una amante. En realidad está trabajando con el servicio secreto para obtener pruebas y poder arrestar a tu tío.

Eva continuó mirando a Alex atónita mientras él detenía el coche entre dos edificios de estuco.

Apagando el motor, dijo:

–Desde este momento tú y yo somos co-conspiradores.

Eva sacudió la cabeza.

–Tiene que haber un error.

–No. Mi padre no actúa a no ser que esté convencido de la verdad –Alex la miró con curiosidad–. ¿Nunca ha habido conflictos o divergencias entre los distintos cuerpos del estado?

–No –Eva cerró los ojos con fuerza.

–En Xaviera han pasado cosas raras al menos en ocho ocasiones. El año pasado un pirata invadió la isla. Dom se encargó de librarnos de él.

—A nosotros nunca nos han invadido, pero siempre ha habido tensión entre mi padre y su hermano. Son gemelos, pero mi padre nació el primero. El tío Gerard siempre ha considerado injusto que veinte minutos cambiaran su destino.

—Ahí lo tienes.

Finalmente, Eva asimiló la información. Su padre no las había abandonado. Pero la realidad era aún peor: estaba en peligro.

—Llévame a palacio. Tengo que contárselo a mi madre.

—Eso es imposible. Mi padre me lo ha contado porque confía en mí. Te lo he contado porque es tu vida lo que está en juego, y eres demasiado inteligente como para mentirte y tarde o temprano ibas a saber que había algo extraño en todo esto. Pero tu madre no puede saberlo.

—¡Está destrozada!

—Precisamente. Necesitamos que esté triste por tu padre, pero contenta por ti, y que quiera que esta boda se celebre por tu bien. Además, Rose cuida de ella.

—¿Rose sabe lo que está pasando?

Alex sacudió la cabeza.

—Solo mi padre, tú, yo y algunos miembros de la guardia real que están protegiendo a tu padre y ayudando en la investigación.

Eva miró a Alex con expresión ausente. Él le tomó la mano y se la besó.

—Mi padre me ha asegurado que el tuyo está a salvo y que todo va a salir bien.

La calidez del beso se expandió por la piel de Eva. Pero fue algo más importante lo que la hizo sonreír.

—Confías en mí —dijo.

—Se ve que sí. Sobre todo porque es la primera vez que mi padre me pide algo oficial. Si no me ayudas, me vas a hacer quedar fatal.

Eva miró sus manos, que permanecían unidas. Jamás se había sentido así. No solo estaba haciéndose amiga de un hombre arrebatador, sino que acababan de convertirse en aliados.

—No quiero que quedes mal.

—Entonces, ¿puedo contar contigo?

Eva mantuvo la mirada fija en sus manos. La de Alex, fuerte y grande; la suya, pequeña y delicada. Hacían una buena pareja. Pero no debía equivocarse, aquello no era más que una farsa.

A pesar de su estado de miedo y confusión, no pudo evitar sentirse decepcionada. La boda con la que había soñado toda su vida con un príncipe de Xaviera nunca tendría lugar.

—¿O no puedo contar contigo?

Eva alzó la cabeza bruscamente y ocultó su desilusión. Alex no tenía la culpa de nada; estaba protegiéndola. Su padre no iba a abdicar y ella no se convertiría en reina. No tenía que redimir a la familia real ante su país, tal y como creía hasta ese momento. Estaba protegiendo a su padre y a sí misma al tiempo que Alex conseguía mejorar la opinión que su padre tenía de él...

Y ella podía ayudarle. No se casaría con él; no tendría sus hijos. Pero aquella boda de pacotilla era probablemente mucho más importante de lo que nunca lo sería una de verdad.

—Por supuesto que puedes contar conmigo.

Alex le soltó la mano y se giró para abrir la puerta del coche.

—Muy bien. Vayamos a comer algo y a aparentar que somos la pareja más feliz del mundo.

Capítulo 4

—¿Qué piensa la princesa sobre la huida de su padre con una amante? Puesto que su padre va a abdicar, ella será pronto reina. ¿Se mudará la pareja a Grennady?

Después de una serie de preguntas intrascendentes, a Alex no le sorprendió que finalmente llegara una impertinente. Tampoco le sorprendió que su padre le pidiera el micrófono.

—Saben que esta rueda de prensa prohíbe preguntas relacionadas con el rey Mason. La princesa Eva tiene derecho a disfrutar de su compromiso y de la boda sin que se le recuerde que su padre ha humillado a su familia y a su país al irse de vacaciones con una amante que...

—Tenemos entendido que es más que una amante, y que el rey Mason dejó una nota a su esposa dando su matrimonio por concluido. Si abdica, tal y como se verá forzado a hacer, Eva se convertirá en la reina de Grennady —gritó un reportero desde detrás de la masa de periodistas que se reunían frente al estrado.

Alex miró de reojo a Karen, que se irguió con gesto digno.

El rey Ronaldo enarcó las cejas.

—He dicho que no admito preguntas de este tipo. Esta boda representa un momento feliz para todos y nada debe enturbiarla.

—Pero...

Eso fue lo último que Alex oyó antes de ser llevado en volandas fuera de la sala de prensa junto a Eva.

En la antecámara, su padre comentó con solemnidad:

—Dadas las circunstancias, yo diría que ha ido muy bien.

—Así es —dijo Eva—. Gracias.

Su respuesta hizo que el rey la mirara con curiosidad. Alex prácticamente podía verlo pensar y darse cuenta de que Eva sabía lo suficiente de la situación como para darle las gracias. Y que solo podía saberlo de una fuente.

El rey le lanzó una mirada.

Alex inclinó la cabeza hacia Eva, indicándole en silencio que se

lo había contado. Aunque su padre no se lo hubiera prohibido, estaba claro que contaba con su discreción. Pero él no solo pensaba que Eva tenía derecho a saberlo, sino que se había sentido en la obligación de decírselo.

Comprendiendo el mensaje, su padre suspiró.

–Está bien. Espero que sepáis lo que estáis haciendo.

–Lo sabemos –dijeron los dos al unísono.

Alex miró a Eva y una vez más se dio cuenta de que era una mujer fuerte. Una mujer, tal y como habían recordado los periodistas, que un día sería reina. Y después de varios días con ella, tenía la seguridad de que estaba plenamente capacitada para dirigir los asuntos de su país y presidir sobre su parlamento.

Evidentemente contrariado con la situación pero al mismo tiempo resignado, el rey Ronaldo suspiró y se fue. Tras él salieron las reinas Rose y Karen hablando de la inminente llegada del diseñador del vestido de boda de Eva.

Tras besar a Ginny, Dom fue a su despacho y ella, después de excusarse, se dirigió a sus dependencias para atender a su bebé.

Alex condujo a Eva hacia el ascensor que la llevaría a sus aposentos.

–Tu padre es muy listo –comentó ella en voz baja.

Alex se rio.

–¡No sabes hasta qué punto! Por eso Dom trabaja tanto. Le han puesto el listón muy alto.

Esperaron el ascensor en silencio. Una vez dentro, donde nadie podía oírlos, Alex miró a Eva y dijo:

–Sé que tu padre no va a abdicar y que, puesto que es joven, no vas a subir al trono en un futuro inmediato, pero, aun así, algún día serás reina –al verla erguirse automáticamente, tal y como solía hacer su padre, Alex se rio–. Veo que lo tienes claro.

–Mi padre y yo hemos hablado de ello a menudo. Cuando Dom se casó con Ginny, él me dijo que era una suerte porque yo debía concentrarme en ser la reina de Grennady. Y lo seré por un tiempo, aunque, para serte sincera, no me veo en el papel.

–Pues te aseguro que yo sí.

–Confío en tener al menos sesenta años para cuando mi padre

muera Si para entonces mi hijo mayor está cerca de los cuarenta y preparado para reinar, pretendo actuar de reina regente durante un breve espacio de tiempo y abdicar entonces en él.

Alex la estudió por un instante.

—Se ve que lo has pensado detenidamente.

—Por supuesto. Sabes que las dinastías no pensamos en términos de décadas, sino de generaciones.

Alex se encogió de hombros.

—No me lo había planteado.

—Por eso no me opuse a este matrimonio. Conozco tu linaje y sé que habría dado lugar a un magnífico rey.

Alex sacudió la cabeza, pensativo.

—Mi hijo habría sido rey.

Eva dio un paso hacia él, le estiró el cuello de la camisa y la corbata.

—¿Te da pena no casarte conmigo?

Alex miró sus preciosos ojos azules y su sonriente rostro; luego deslizó la mirada por su suave cabello negro. Al llegar a sus labios, recordó al instante el beso que se habían dado, aquel fantástico beso. Por un segundo, estuvo a punto de lamentar no casarse con ella, pero no por el motivo que ella acababa de insinuar.

La puerta del ascensor se abrió, pero Alex no hizo caso.

—Si tu padre no resuelve las cosas antes de la fecha de la boda, puede que tengamos que casarnos.

—Confiamos en que no sea necesario. Pero, si fuera así, siempre podemos pedir la nulidad. Al contrario que un divorcio, no me impediría alcanzar el trono.

Eva fue a salir del ascensor, pero Alex la retuvo y la puerta se cerró de nuevo. La miró fijamente. Mientras que Eva hablaba de la boda como de un mero trámite, él podía prever un sinfín de complicaciones.

—No quiero que te hagas una idea equivocada a lo largo de las cuatro semanas que pasemos juntos.

Eva se rio.

—Me caes mejor cuando me besas para intentar ahuyentarme —

dijo con expresión pícaro—. Puede que me pongas sobre aviso porque eres tú quien necesita estar alerta.

La puerta del ascensor volvió a abrirse. En esa ocasión Alex no retuvo a Eva, pero le dijo:

—Estate preparada a las cuatro. Voy a llevarte a la casa de campo donde vamos a vivir.

Eva se volvió, sonrió y se despidió con un ademán de la mano.

Alex respiró profundamente. En lugar de enfurecerlo, el comportamiento de Eva representaba un reto. ¿Qué se sentiría al ser el hombre que domaba a una futura reina? Ella podía ser la mujer que gobernaría un país, pero él sería el hombre que la gobernara en la cama.

Sacudió la cabeza para ahuyentar esa idea. Él no iba a casarse nunca, y menos con alguien que pudiera dominarlo.

Eva consiguió mantener la calma hasta que llegó a su apartamento. Entonces cerró la puerta, se apoyó en ella y cerró los ojos con fuerza.

¿Por qué demonios acababa de coquetear con Alex? Sacudió la cabeza. ¿Qué sentido tenía engañarse? Lo había hecho porque quería. El Alex con el que se había encontrado en los establos estaba enfadado; el de su cena de bienvenida y el desayuno para fijar la fecha de su boda había intentado convencerla para que se negara a celebrarla. El Alex que se había liberado del compromiso estaba relajado, pero también mostraba una fiera determinación por protegerla. Estaba claro que le gustaba tener un papel importante y participar activamente, y que estaba preparado para hacerlo.

Además, estaba guapísimo vestido de traje. Todo ello lo hacía aún más sexy y tentador... y hacía que fuera más fácil provocarlo.

Eva se obligó a dejar de pensar de esa manera. No porque temiera por su vida. Confiaba en el rey Ronaldo y en la guardia real para protegerla. Y estaba segura de que su padre encontraría las pruebas necesarias para arrestar a su hermano e imponer el orden.

El problema era que, una vez sucediera eso, su madre y ella volverían a casa. Sin Alex.

Alimentar cualquier tipo de sentimiento hacia él era una pérdida de tiempo. Excepto que... tal y como Alex le había recordado, algún día sería reina y su hijo sería heredero al trono.

Y, aunque finalmente no se casara con el príncipe Alex Sancho, nada le impedía aprovechar aquellas semanas con él para adquirir la experiencia que le faltaba.

Alex acababa de entrar en su apartamento cuando recibió un mensaje de texto de Dom: *Ven a tu despacho.*

Alex estuvo a punto de reírse. Hacía meses que no acudía a su despacho. Las reuniones oficiales se celebraban en el de Dom o en el de su padre; él nunca era convocado y apenas tenía que hacer uso de su propio despacho. Sin embargo... Quizá se debía a que su padre le había confiado a Eva, pero de pronto no le importaba asumir responsabilidades.

Escribió: *Voy para allá.* Y volvió a tomar el ascensor.

Dom lo esperaba en la antesala.

—Hola, pequeño.

—Hola, hermano mayor.

Alex precedió a Dom y se sentó tras el escritorio. Su hermano ocupó una silla al otro lado.

—Papá me ha contado lo del rey Mason.

—¿Ah, sí?

—Sí. Después de hablar contigo se dio cuenta de que no estaba bien llevar a cabo una operación con el servicio secreto que presido sin notificármelo.

—Vaya, parece que empieza a delegar.

Dominic se rio.

—No es tan rígido como crees. Durante los últimos meses ha ido transfiriéndome algunas de sus responsabilidades —hizo una pausa y miró fijamente a Alex—. Y considera que tú tienes un papel fundamental en la situación de Eva y su madre.

—Pero si solo voy a tener que salir durante un mes con una mujer hermosa —dijo Alex, disimulando el orgullo que de pronto sentía al saber que su padre lo consideraba importante.

Dom se rio.

—No seas modesto. Vas a proteger a la hija de su principal aliado

político.

Alex puso los ojos en blanco.

—Solo estaba bromeando.

—Vale, ya sé que te encanta hacer bromas. Pero sé que podemos contar contigo —Dom se acomodó en el asiento—. He repasado la conferencia de prensa, y Eva y tú actuasteis a la perfección.

Alex se rio.

—Los dos hemos sido educados para mantener las apariencias.

—Y lo hicisteis muy bien. Pero en cuanto dejasteis la sala de prensa, vuestra actitud cambió y os mostrasteis distantes.

—¿Y qué? Los periodistas no podían vernos.

—Lo sé, pero no es solo la prensa a quien debéis convencer, sino a nuestro personal. Bastaron un par de llamadas para que mi secretaria se enterara de que se rumorea que ninguno de los dos ha estado en las dependencias del otro.

Alex hizo una mueca de incredulidad.

—¿Cómo?

—No es que esperen que durmáis juntos, pero se rumorea que solo os veis en público.

—¿De verdad?

—Han hecho una porra. El personal de los establos apuesta porque no llegaréis a casaros. Las sirvientas están divididas. Eso significa que la pantomima no está funcionando.

Alex se irguió.

—Supongo que tienes razón.

Dom se puso en pie.

—Convencer al personal de palacio debe ser tu prioridad.

Alex se apoyó en el respaldo, sacó el teléfono del bolsillo y canceló todas las citas que tenía programadas para la semana siguiente. Luego miró a Dom y dijo:

—Si no te importa, me gustaría conocer los planes de seguridad que se han organizado para la protección de Eva, así como los nombres de los guardas que conocen los detalles.

—Se lo diré al lugarteniente —dijo Dom. Y salió del despacho.

Alex reflexionó unos instantes y se fue. ¿Que el personal no le había visto en las dependencias de Eva? No tenía por qué ser así. Tomó el ascensor al piso de los invitados, recorrió el pasillo y fue a llamar a la puerta... pero pensó que un prometido no llamaría.

Abrió y fue hacia el salón.

—¡Alex! —su madrastra se sobresaltó y echó sobre Eva, que estaba de pie sobre una banqueta de sastre, un batín blanco. Eva se envolvió en él, pero no antes de que Alex la hubiera visto en bragas y sujetador y hubiera apreciado la curva de sus caderas y la aterciopelada línea de sus senos.

Se quedó paralizado. Rose estaba a punto de sufrir un infarto.

—¿Qué haces aquí y por qué no has llamado?

—Un prometido no llama —dijo Alex, desviando la mirada de Eva, que le dio la espalda.

Ella se ajustó el cinturón y se volvió hacia el hombre de unos sesenta años que le estaba tomando medidas, y que miraba a Alex con ojos desorbitados.

—¿Le importa darnos unos minutos?

—Por supuesto. Pero no olvide que tenemos el tiempo justo.

Rose, que ya se había recuperado de la sorpresa, dijo:

—No se preocupe —lanzó a Alex una mirada severa—: No volverán a interrumpirnos.

—Al menos sin una llamada previa —dijo la madre de Eva—. Puede que estéis prometidos, pero un caballero debe ser siempre un caballero, por muy prometido que esté.

Cuando se quedaron a solas, Alex se rio.

—¿Te han venido a visitar muchos caballeros?

—No —dijo Eva, riéndose a su vez—, pero, si mi madre te prohíbe venir a verme, no puedo hacer nada al respecto.

—No va a ser posible. Dom me ha recordado que el grupo más importante al que tenemos que convencer son los sirvientes.

Eva frunció el ceño. Alex continuó:

—Por lo visto, el personal no cree que vayamos a casarnos.

Eva enarcó las cejas.

—¿Y de quién es la culpa, donjuán? Como has salido con todas las mujeres del mundo...

—Tú eres una mujer y contigo no he salido nunca.

Eva alzó un dedo, comprendiendo súbitamente.

—Precisamente, y ese es el problema. Todo el mundo piensa que nos limitamos a cumplir con nuestro deber real —pensó unos segundos antes de añadir—: Deberíamos hacer algo más... íntimo.

—Delante del personal —apuntó Alex—. Debemos cancelar la visita a la casa de campo, que es propio de un ejercicio de relaciones públicas.

—¿Y qué podemos hacer aquí, en el palacio?

Alex pensó al instante en algo que podían hacer en su cama, pero no tendría lugar ante los ojos del personal... Aun así, podrían ser testigos de los pasos previos.

—Cenemos en mi apartamento.

Eva se rio.

—¿Cuántas veces has usado esa frase?

La forma en que lo dijo molestó a Alex. Su éxito con las mujeres era legendario, pero en un sentido positivo. Sin embargo, Eva lo hacía sonar como algo sucio.

—No tantas.

Eva bajó del taburete y se ajustó el cinturón.

—¡Venga, Alex!

—Quizá nos estemos equivocando. ¿Y si la culpa de que el personal no crea en la boda fueras tú?

—¿Yo? —exclamó Eva.

—Quizá deberías tratarme mejor.

—Está bien, seré más amable —dijo ella tras unos segundos de reflexión—. Pero debes ser más específico. ¿Qué has planeado para esta noche?

—Si fuera una cita normal, pediría que prepararan una cena romántica para las ocho, y sería absolutamente encantador contigo mientras nos servían. Luego, despediría al personal y mañana por

la mañana seguiríamos juntos cuando trajeran el desayuno.

Eva tragó saliva. Podía imaginárselo sin dificultad. Iría con un vestido largo, él con esmoquin. Ella se sentiría cohibida, él... sería él mismo: sexy, juguetón, seductor.

Tragó de nuevo.

—Está bien —carraspeó, sintiendo que le faltaba el aire.

La reina Rose asomó la cabeza por la puerta.

—Como el diseñador no pueda tomarte las medidas hoy, le va a dar un infarto. ¿Podéis daros prisa?

—Por supuesto. Solo un minuto más —dijo Eva. Y volviéndose hacia Alex, añadió—: Iré a las ocho.

Alex sonrió.

—Échate una siesta. No quiero que los sirvientes te vean bostezar. No deben sorprenderse cuando encuentren tu vestido en el suelo.

Aunque entendió que la única manera de hacer creíble la escena era dejando pruebas físicas, Eva se ruborizó, pero dijo con decisión:

—Está bien.

—Puede que dejemos un rastro de prendas: el vestido, el sujetador, las bragas... —Alex la miró fijamente—. Mi camisa.

La imagen hizo que Eva se estremeciera.

Alex se inclinó y le besó la mejilla.

—Va a ser muy divertido.

Capítulo 5

Cuando sonó el timbre de la puerta, Alex se estiró la pajarita del esmoquin y fue a abrir.

—Buenas... —se quedó sin habla al ver a Eva con un vestido amarillo del mismo tono que la ropa interior con la que la había visto al entrar en su apartamento— noches.

Con el cabello retirado de la cara y sujeto en lo alto de la cabeza, parecía una diosa griega. El vestido se pegaba a su cuerpo hasta las caderas, donde se abría en una campana de innumerables capas de tela.

—Estás preciosa.

Eva sonrió.

—Gracias.

La modestia con la que aceptó el cumplido le aceleró el pulso a Alex; había algo en su inocencia que despertaba su ternura. Hacía mucho que no pasaba tiempo con una mujer tan dulce. Y tan fuerte al mismo tiempo. Además de divertida y descarada cuando tenía que defenderse. Habría que estar ciego, sordo y mudo para no sentirse atraído hacia ella.

Por eso mismo, no creía que fuera a tener ningún problema para convencer a su personal de cuánto le gustaba su prometida. Solo necesitaba comportarse con ella como lo haría con cualquier otra mujer hermosa.

Le tomó la mano y le besó la palma.

—Espero que te guste la comida italiana.

Eva se rio.

—¿Con mucha mantequilla y queso?

—No te preocupes. Luego podemos hacer ejercicio y quemar las calorías.

Alex hizo ese comentario para que lo oyera la sirvienta que en ese momento encendía las velas de la mesa, pero Eva se rio con nerviosismo.

Alex sonrió y, sin soltarle la mano, la llevó al salón, donde había

dos copas de vino esperándolos sobre la mesa de café.

—Me he tomado la libertad de elegir el vino —dijo él.

Eva aceptó la copa con una sonrisa menos tensa, dulce y sensual.

Alex sintió su atracción hacia ella multiplicarse y por un instante se vio recorriendo su torso con las manos y la barrera entre la realidad y la farsa se difuminó. De haberla conocido en el casino, no habría dudado en seducirla. Su inocencia resultaba irresistible, y tener que conquistarla habría representado un reto al que le habría costado resistirse.

Pero lo que estaban haciendo era una pantomima de cara a la opinión pública. Debía actuar, interpretar un papel, no dejarse llevar por sus impulsos.

Se sentaron en el sofá y la tela del vestido de Eva la envolvió como si se tratara de una nube amarilla. Alex observó que solo necesitaría bajar la cremallera que recorría la espalda para tener acceso a su piel de terciopelo... ¿Qué demonios le estaba pasando? Debía actuar, no fantasear.

Se estiró el cuello de la camisa.

—¿No hace calor aquí?

Eva se abanicó.

—Un poco.

—¿Quieres que pasemos a cenar?

Eva se puso en pie.

—Tengo hambre.

Alex la condujo hasta la mesa, que estaba instalada junto a un ventanal que daba al mar, y la ayudó a sentarse.

—¡Qué vista más increíble! —dijo Eva al sentarse—. El palacio es precioso.

Alex la miró. Cuando estaba relajada sus ojos eran de un suave y delicado azul. Le gustaban casi tanto como cuando, al enfadarse, se volvían plateados.

Dándose cuenta de que estaba de nuevo confundiendo fantasía y realidad, ocupó su asiento, frente a ella.

—Gracias. Según la leyenda, se construyó en tres años.

Eva se puso la servilleta en el regazo a la vez que los sirvientes llegaban con unas ensaladas.

—Cuéntame la historia.

Alex se encogió de hombros, envarado. La escena que debería haberle resultado sencilla se estaba complicando. Una vez más pasaban por su cabeza deseos y posibilidades que sabía que no debía siquiera plantearse. Porque aquello solo era una farsa. Nunca se había sentido tan confundido.

—No hay mucho que contar. Se supone que en la Edad Media, mis antepasados construyeron el palacio en tres años, eso es todo.

—¡Pero si es muy moderno!

—Porque lo hemos ido ampliando.

—Habéis hecho un gran trabajo.

Los sirvientes se apartaron de la mesa, pero no se fueron. Eva y Alex comieron en silencio, como si no tuvieran nada que decirse. Alex no daba crédito a su comportamiento. Había tenido cientos de citas en su apartamento. Sabía cuál era el objetivo de aquella velada: no se trataba de seducir a Eva, sino de que sus sirvientes creyeran que eso era lo que había pasado cuando vieran su vestido en el suelo a la mañana siguiente. Pero no iba a conseguir engañarlos si ni siquiera era capaz de hablar.

Carraspeó.

—¿Cómo es vuestro palacio?

—Más acogedor.

—Querrás decir, más pequeño.

—No, acogedor. Hay una chimenea en cada habitación con el fuego encendido casi todo el año. Usamos pijamas calientes y pasamos mucho tiempo acurrucados ante las llamas.

Alex se rio, pero súbitamente tuvo la imagen de Eva con una pijama de franela, envuelta en una manta ante el fuego. Era voluptuosa y suave; estaba hecha para abrazar y ser abrazada, para chimeneas y coñac. ¿Por qué no conseguía parar aquellos pensamientos?

—Háblame de tu educación —la frase escapó de los labios de Alex irreflexivamente. Quería que los sirvientes hablaran de miradas tiernas y de besos apasionados, no de dos personas contándose

sus vidas. Tenía que reaccionar.

—¿Estás bien? —preguntó Eva al ver que hacía una mueca.

Alex se rio y se pasó los dedos por el cabello.

—Sí, perfectamente.

Pero la cena transcurrió prácticamente en silencio porque no consiguió pensar en nada de lo que hablar. Cada vez que se le ocurría algo íntimo, no tenía nada que ver con una farsa, sino que era tan real que le producía un cosquilleo en los dedos.

Al terminar, llevó a Eva hasta el sofá y fue al mueblebar.

—¿Qué quieres tomar?

—¿Por qué no seguimos con vino?

—Muy bien.

Eva sonrió con dulzura y Alex tuvo que combatir una avalancha de deseos: el de provocarla, el de decirle lo guapa que estaba, el de quitarle el vestido y recorrer su cintura...

Pero cada vez que pensaba que podía actuar, se le encogía el estómago. Los besos que debía darle para engañar al servicio no podían ser reales. También Eva los tomaría como fingidos. Pero él los quería de verdad. Y eso era un error por tantos motivos que ni siquiera podía empezar a enumerarlos.

Sirvió vino y volvió junto a Eva.

—No creo que haya nada inapropiado en hablar de nuestros pasados —dijo ella.

Alex miró a su alrededor y al ver que nadie los escuchaba, contestó:

—Excepto que vamos a casarnos y se supone que debemos saber lo bastante el uno del otro.

—No tenemos por qué. Es un matrimonio concertado. Además, en una ocasión oí que la mejor manera de que la gente se crea una mentira es permanecer lo más cerca posible de la verdad.

Alex se rio ante la deliciosa inocencia con la que Eva se expresó.

—¿Quién te ha dicho eso?

—La veterinaria de uno de los refugios —Eva se rio—. No sé por qué me he acordado de ella en este momento.

—Porque es un buen consejo.

—Puede. Pero creo que el verdadero problema es que tú sabes mucho de mí mientras que yo de ti solo sé lo que se cuenta: que eres un ligón, que te gusta apostar y pasarlo bien.

—Porque eso es todo lo que hay que contar.

—¿Todo? ¿Nunca has estado enamorado?

La pregunta dejó a Alex sin aire. Eva se inclinó hacia él y continuó:

—La farsa sería mucho más creíble si el servicio te oyera contarme la verdad.

Alex la miró fijamente y dijo:

—Sí, he estado enamorado. Una vez.

—¿Qué pasó?

—Me dejó —esa era la manera más sencilla de decirlo sin tener que dar explicaciones. Pero en cuanto pronunció las palabras sintió una opresión en el pecho.

—¿Por qué?

Alex tragó saliva. Sin apartar la mirada de él, Eva añadió:

—Debió de romperte el corazón.

La opresión se hizo casi insoportable. Su cerebro se rebeló contra la mentira que había usado siempre, pero que no le parecía válida con Eva. Nunca había reconocido ante nadie la realidad de lo que había pasado con Nina. Pero, si no era sincero, Eva continuaría el interrogatorio y no quería que llegara a la conclusión equivocada.

—Murió.

Eva se llevó la mano al pecho.

—¡Lo siento mucho! No hace falta que hables de ello si no quieres.

Alex bebió. Tenía la boca seca. Como siempre que pensaba en ella, tenía ante sí la imagen de Nina, siempre en biquini, siempre en un yate o haciendo esquí acuático.

—Sí, será mejor que hablemos de otra cosa.

—Muy bien.

Se hizo un silencio solo interrumpido por el ruido de los

sirvientes recogiendo la mesa.

—¿Era guapa?

Alex resopló.

—Creía que íbamos a cambiar de tema.

—Ya.

Eva sonrió y, por segunda vez en unos minutos, Alex se quedó sin aliento. Resistirse a aquella sonrisa iba a ser más difícil que dar un poco de información.

—Era muy guapa, alta y rubia. Solo tenía veintidós años —se encogió de hombros—. Yo tampoco era mucho mayor.

—Así que fue hace tiempo.

—Cinco años.

—Supongo que ya lo has superado —dijo Eva. La mayor parte del tiempo, Alex pensaba que sí. Antes de que contestara, Eva preguntó—: ¿Le gustaba a tu padre?

Alex se rio.

—Como pasábamos casi todo el tiempo en el agua y me mantenía alejado de los casinos, pensaba que me sentaba bien.

Eva se acomodó en el sofá.

—¿Y te sentaba bien?

Alex se encogió de hombros.

—Éramos temerarios —pensamientos que no había tenido en cinco años se filtraron en su mente—. No hubo una investigación oficial tras su accidente, o, si la hubo, mi padre me la ocultó. Pero dicen que conducía demasiado deprisa.

—Lo siento.

Alex suspiró y dijo:

—Nadie tiene la culpa; o si acaso ella —pronunciar aquellas palabras le rompió el corazón. Por primera vez fue consciente de lo enfadado que estaba con Nina—. Y ahora toca hablar de otra cosa.

—¿Quieres que te hable del hombre por el que casi pedí a mis padres que cancelaran la boda con Dominic?

Alex se rio aliviado.

—Desde luego.

—Fue en el primer año de universidad. Era un genio. Me fascinaba.

—Yo no tengo nada de genio.

Eva giró la cabeza y esperó a que él hiciera lo mismo para que sus miradas se encontraran.

—Ni a mí se me dan bien los deportes acuáticos. Ni siquiera me gustan los yates. Y «temeraria» es la última palabra que alguien usaría para describirme.

Aun así, Alex habría querido besarla en aquel instante. Su cuerpo se cargaba de energía cuando la tenía cerca; le hacía reír, protegerla despertaba en él un sentido de la responsabilidad que quería asumir. Y acababa de hablarle de Nina.

¡No! ¡Eva empezaba a gustarle de verdad!

Se puso en pie de un salto, vio que el último sirviente dejaba la sala y tomó la mano de Eva para ayudarla a levantarse.

—Ha sido una conversación muy interesante, pero ya se han ido todos los sirvientes.

Eva lo miró, confusa.

—Puedes quitarte el vestido... —en el cuarto de baño, donde él no la viera— y marcharte.

—¿Eso es todo? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—¿Qué pensabas? Estamos fingiendo —sintiéndose más fuerte al haberse dado cuenta de por qué se estaba comportando de una manera tan inhabitual en él, miró a Eva—. No vamos a dormir juntos de verdad.

Pero el corazón se le aceleró al decir aquellas palabras.

—Lo sé —dijo Eva—, pero pensaba que iba a quedarme más rato.

Alex retrocedió. No podía arriesgarse a cometer un error. Aquella pantomima tenía el objeto de protegerla. Ni podía ni debía permitirse albergar ningún sentimiento profundo por ella.

Dio otro paso hacia atrás.

—No es necesario.

Especialmente porque los sentimientos que despertaba Eva en él eran cálidos y felices. Justo el tipo de emoción de la que llevaba

huyendo toda la vida.

Capítulo 6

Alex llevó a Eva a un tocador donde ella se quitó el vestido y se puso otro, sencillo y veraniego, que llevaba en el bolso. Al salir, le dio a Alex el amarillo y vio cómo lo dejaba en el suelo, cerca de su dormitorio. Luego él la acompañó hasta una puerta trasera que daba a un estrecho pasillo.

—Es un corredor privado. Los sirvientes no pueden usarlo —explicó.

Llegaron a un ascensor. Alex apretó el botón y se abrieron las puertas.

Eva vaciló un instante aún sin saber qué quería, hasta que se dio cuenta de que esperaba que Alex le diera un beso de buenas noches. Pero de inmediato se recriminó por ser tan estúpida. No tenía sentido mantener la farsa cuando no tenían testigos.

Alex retrocedió, sosteniendo la puerta abierta.

—Buenas noches —se despidió.

—Buenas noches —respondió Eva sin poder disimular su desilusión. Y entró.

¿Qué le había hecho pensar que Alex iba a besarla? Quizá la forma en que la miraba a veces y que le indicaba que empezaba a caerle bien. Aun así, tendría que haber estado ciega para no darse cuenta de cómo había cambiado de actitud al hablar de la mujer a la que había amado.

Se le encogió el corazón al pensar en lo que Alex debía de haber sufrido. Ella nunca había perdido a nadie ni le habían roto el corazón. Alex en cambio no solo había perdido a su amor; también a su madre. No era de extrañar que prefiriera ser superficial y ocultar sus sentimientos. Se protegía a sí mismo.

No podía culparlo por mucho que estuviera desilusionada por que no hubiera cumplido la promesa de dejar un rastro de prendas por su apartamento. Eva contuvo la risa al recordar la picardía con la que había hecho esa insinuación. Alex no habría parpadeado al verla desnudarse, pero estaba segura de que si él se hubiera quitado la camisa...

El ascensor llegó a su planta y Eva suspiró. ¿Por qué pensaba aquellas cosas?

Porque Alex era guapo. Y listo. Porque había confiado lo bastante en ella como para contarle la verdad sobre su padre. Y porque acababa de hablarle de su amada.

Las circunstancias los habían obligado a ser brutalmente sinceros el uno con el otro y Eva no podía negar que le gustaba... ¿Que Alex hubiera sido sincero o el propio Alex?

Cerró los ojos con fuerza. No lo sabía. Pero la velada había sido distinta de lo que había esperado. En lugar de tener que mantener la compostura ante los sirvientes mientras él coqueteaba con ella, se habían limitado a hablar. Y le había encantado.

Sacudió la cabeza para ahuyentar la idea de que quizá convertirse en co-conspiradores y pretender que se gustaban los conduciría finalmente al amor. Más que una posibilidad debía de tratarse de un deseo. Especialmente cuando apenas un día antes no hacían más que discutir.

Aun así, cuando se metió en la cama, Eva recordó haberle dicho que su palacio era acogedor y sonrió al pensar que no le importaría acurrucarse frente al fuego con Alex a su lado.

Al día siguiente, Eva estudió con su madre y la reina Rose la distribución de las mesas para la fiesta de compromiso que tendría lugar dos semanas más tarde. Cuando Alex llamó para decirle que saldrían a cenar, las dos madres hicieron muecas y lanzaron besos al aire.

Eva recordó que las dos creían que la boda era de verdad y se ruborizó. No tenían ni idea de que lo que la avergonzaba era mentir a su madre. Pero era por una buena causa y pronto sabría la verdad. Y, si su padre tenía suerte, quizá sería mucho antes de que se cumplieran las cuatro semanas de plazo hasta la boda.

Cuando Alex entró en su apartamento para recogerla, miró a su alrededor para ver si estaban solos.

—Mi madre está cenando con Rose y con el rey.

—Me alegro —dijo él, relajándose—. Quería disculparme por haber sido tan brusco anoche.

—No te preocupes —tras una pausa, Eva continuó—: Yo quería darte las gracias por ser tan sincero conmigo.

Decidió no insistir ni darle más importancia por temor a que Alex se diera cuenta de que empezaba a sentir algo por él. Debía recordar que él era un conquistador y ella algún día sería reina. No podía arriesgarse a que le rompiera el corazón públicamente.

—Nina murió hace cinco años. Ya lo he superado.

—Lo sé. Aun así, te agradezco que me lo contaras.

Alex masculló algo, fue a la puerta y la abrió para Eva.

—Hagamos un trato. Voy a bajar la capota del Mercedes —sostuvo las llaves en el aire—. Si olvidas lo que te dije, te dejo conducirlo.

Al pasar a su lado, Eva se las quitó de la mano. Eso era lo que se les daba mejor: bromear, provocarse, discutir.

—Vaya, acabas de quedarte sin armas para chantajearme —dijo.

Alex se rio y no hizo ademán de intentar recuperar las llaves. Una vez Eva se sentó tras el volante y arrancó, él dio al botón que bajaba la capota. Eva aspiró el cálido aire de Xaviera y dijo:

—¡Voy a echar esto de menos!

Alex se rio.

—Creía que te gustaba acurrucarte delante de la chimenea.

Eva saludó a los guardaespaldas y condujo fuera de los terrenos del palacio. Que Alex recordara aquel detalle le produjo una cálida emoción, pero no dijo nada.

—¿No piensas hacer algún comentario porque recuerdo que tu palacio es acogedor?

—No —Eva lo miró de soslayo—. Si estuviéramos en público quizá diría algo, y puede que bromea y te obligara a admitir cuánto te gustaría acurrucarte conmigo bajo una manta frente al fuego y que quizá, por casualidad, nos tocáramos. Pero como estamos solos, no tiene sentido.

Al ver que Alex la miraba boquiabierto, añadió:

—¿Qué? —Eva sacudió la cabeza—. No tengo ni idea de cómo se coquetea, pero suponía que sería algo así. ¿Estoy equivocada?

—No, no, lo has hecho muy bien.

—¿La parte de que nos tocáramos es llevarlo demasiado lejos?

—Qué va. Yo la calificaría como coqueteo de primera.

Eva sonrió de oreja a oreja.

—¿Quieres decir que estoy aprendiendo?

—¿Nunca coqueteaste con tu genio? —Alex sacudió la cabeza antes de que Eva contestara—. No, claro que no. Probablemente te comportabas con él como una gacela asustada.

La risa de Eva electrificó a Alex, pero él no le dio importancia porque la noche anterior había llegado a una conclusión: puesto que no podía llegar a sentir algo por Eva, mantendría una distancia prudencial. Para ello, debían estar los dos ocupados, así que la llevó al casino después de cenar y le enseñó a jugar al blackjack. Eva llevaba un vestido rosa y el cabello recogido en una coleta, que le daba un aire puro e inocente. Y Alex se alegró de que, aunque resultara enormemente tentadora, aquella imagen de inocencia fuera un constante recordatorio de hasta qué punto podía herirla si se dejaba llevar por sus instintos, y de por qué debía concentrarse en el juego.

El crupier le dio un As a Eva y luego repartió una carta a cada uno de los cuatro jugadores que rodeaban la mesa. Cuando le tocó el turno a Eva, Alex dijo:

—Pide una carta.

Ella estaba sentada y él de pie, de manera que para ver qué carta le tocaba, tuvo que inclinarse hasta casi rozar su cabello. Pero no le preocupó: se sentía en control y no pasaba nada por oler su perfume, o notar la suavidad de su piel.

El crupier le dio una carta y dijo:

—Diez. Veintiuno.

Eva alzó la mirada hacia Alex, que le dijo:

—Has ganado.

Eva se puso en pie de un salto gritando:

—¡He ganado! ¡He ganado! —y se abrazó a él.

Cuando se fue a separar se miraron fijamente y de pronto el tiempo se detuvo. Eva se asía a sus brazos y él no quería que lo soltara. Permanecieron así unos segundos, atrapados el uno en la mirada del otro.

Alex habría querido maldecir. La inocencia que le resultaba tan tentadora era la misma razón por la que debía proteger a Eva. Y sin embargo, anhelaba estar con ella, bajar la guardia y dejar que la noche siguiera su curso.

Pero no era posible. Por más que la deseara aquella noche, tenían por delante varias semanas y no podía confundir a Eva y hacerle creer que había algo entre ellos. No podía causarle ese dolor.

Le retiró las manos y la ayudó a volver a sentarse.

—Muy bien, Cenicienta. A ver si sigues ganando.

Eva se rio, pero claramente lo que acababa de suceder la había turbado. Y el sentimiento protector que despertaba en Alex se vio multiplicado hasta el punto de hacerle mirar a su alrededor. Había tres guardaespaldas jugando en las mesas próximas. Sabía que había otros seis situados en puntos estratégicos del casino, pero aun así sentía una creciente ansiedad.

Se separó levemente de Eva e hizo una señal al jefe de su escolta para que se aproximara.

—¿Tenemos alguna mujer en nuestro equipo?

—No, Majestad.

—Deberíamos contar con una a partir de mañana —al ver que el guardaespaldas fruncía el ceño, Alex añadió—: Para que la acompañe al servicio y a cualquier sitio donde no podamos ir nosotros.

Miró a su alrededor de nuevo y se dio cuenta de que había algunos otros fallos en la seguridad, pero no porque su escolta fuera poco profesional, sino por su culpa: había decidido ir al casino improvisadamente y no les había dado tiempo a prepararse.

—Mañana por la mañana tendremos una reunión.

El guardaespaldas inclinó la cabeza.

—Sí, Majestad.

Unos días más tarde, el rumor de que se había encontrado el vestido de Eva cerca del dormitorio de Alex se había propagado como el fuego. Eva y Alex no podían ir a ninguna parte sin que los

acosara la prensa, y desde ese momento cada salida era preparada meticulosamente.

Tras cada una de ellas, Alex mantenía una reunión con el servicio de seguridad. Su padre y Dom acudieron a las primeras, pero desde el cuarto día, Alex se ocupó solo de la seguridad de Eva.

Puesto que iba con ella a todas partes, se consideraba su principal guardaespaldas, su primera línea de defensa. Nadie se preguntaba por qué permanecía tan cerca de ella o por qué no le soltaba la mano. Era su prometida. Pero en realidad estaba vigilando, alerta, preparado para servirle de escudo o quitarla de en medio si sucedía algo.

Dos días antes de la fiesta de compromiso, estaban a punto de subirse a la limusina después de salir del casino cuando un joven se acercó a ellos con una cámara al cuello.

—Nunca les he visto besarse —dijo, elevando la voz.

Los guardaespaldas se tensaron, pero Alex sonrió. Conocía al fotógrafo y sabía que no representaba ningún peligro.

—¿Y no te has planteado por qué?

El joven se rio.

—Sí, porque nunca la ha besado.

—Claro que me ha besado —dijo Eva. Y tanto ella como Alex se ruborizaron al recordar el beso que se habían dado.

Alex casi lo había olvidado desde que se concentraba en la seguridad de Eva, pero pensar en él de nuevo le hizo revivir la pasión que había experimentado entonces como si hubiera tenido lugar hacía unos segundos.

—Vamos —dijo el joven—. Un beso.

Eva miró a Alex expectante, y él sintió que sus hormonas se aceleraban.

—¡Por favor! Ganaría un cuarto de millón de dólares.

Alex lo miró perplejo.

—¿Un cuarto de millón? —repitió.

—Sí. Me permitiría devolver el préstamo que pedí para estudiar.

Eva sonrió a Alex, animándolo, y él sintió que se le aceleraba la

sangre. Anhelaba besarla. Esa era precisamente la razón por la que ni podía ni debía hacerlo.

Se volvió hacia el fotógrafo.

—Lo siento, chico. Vas a tener que seguir esforzándote.

El chófer abrió la puerta de la limusina.

Desatendiendo las protestas del fotógrafo, Alex ayudó a Eva a entrar.

Sin embargo, cuando ya la acompañaba a sus dependencias, pensó que quizá habría hecho mejor acabando de una vez con la recompensa y con las especulaciones. De hecho, no comprendía por qué no había aprovechado para darle un beso que, al tener lugar en público, habría sido completamente casto.

—Hoy lo he pasado muy bien —dijo Eva, ya en la puerta.

—El blackjack se te da muy bien.

Tendría otras oportunidades para besarla: en la fiesta de compromiso, después del primer baile. Así que no tenía sentido que le hubiera dado tanta importancia delante del fotógrafo. Quizá lo mejor sería besarla en ese mismo momento, un beso breve, un roce de labios, para que en la fiesta no resultara algo artificial ni se notara que estaban envarados. Los fotógrafos tendrían la oportunidad de tomar las imágenes oficiales correspondientes y ya no tendría sentido ofrecer una recompensa por la exclusiva.

—Mi familia tiene una gran aptitud para las matemáticas.

Alex pensó que aquel era el momento. Le daría un rápido beso para practicar y se retiraría. No tenía por qué ser un problema.

Pero ella lo miró con sus bonitos ojos azules y se quedó paralizado.

—¿Quieres entrar un rato? —preguntó, pasándole los dedos por la corbata.

Y Alex recordó por qué no debía besarla. Eva era dulce e inocente y debía seguir siéndolo cuando encontrara al hombre adecuado.

La observó un instante: sus labios voluptuosos, su bonita nariz, sus increíbles ojos. Quería fijar en su memoria que había personas buenas en el mundo que se merecían estar a salvo. Especialmente de alguien como él.

Dando media vuelta, dijo:

–Buenas noches.

Pero la verdad era insoslayable: Eva era el tipo de mujer de la que un hombre se enamoraba. Pero él no lo haría porque el amor producía un sufrimiento al que no estaba dispuesto a volver a exponerse.

Eva lo vio partir desilusionada. Que Alex no quisiera besarla no debía importarle. Al menos aquellos días le estaban permitiendo practicar el arte del coqueteo. Pero el anhelo que sentía en su interior cuando Alex estaba cerca no se curaba pensando en un futuro marido. Sencillamente, quería que Alex la besara.

Que el hombre que había besado a tantas mujeres no quisiera besarla a ella era humillante.

Por eso, a la mañana siguiente revisó su vestuario y decidió encargar en una tienda local siete blusas sexys, incluida una especialmente bonita que se pondría aquella noche.

Pero Alex canceló la cita por teléfono, como si quisiera recordarle que su relación solo era una farsa.

–He estado pensando que quizá estamos saliendo demasiado y por eso los fotógrafos se han vuelto tan osados.

–Estamos prometidos –dijo Eva–. Es lógico que queramos estar juntos.

–Pero todo el mundo sabe que es un matrimonio concertado. Pienso que es mejor que la prensa me vea salir solo –ante el tono de desconcierto de Eva, Alex añadió–: Antes salía todo el tiempo. Creo que estaría bien que me vieran en el casino con mis amigos, jugando, pero sin coquetear con otras mujeres. Así la prensa dirá que solo tengo ojos para ti y dejarán de especular sobre por qué no te he besado en público.

–Me parece una gran idea –dijo Eva. Pero dejó escapar un prolongado suspiro al cortar la llamada.

Alex Sancho era el primer hombre que le hacía reír y que deseaba que la besara. Pero él no tenía el menor interés en ella.

No hacía falta que lo expresara en palabras. No era verdad que quisiera estar solo para engañar a la prensa; el problema era que no quería tener que besarla o que aburrirse con una mujer que no estaba a la altura de sus acompañantes habituales.

Dejó el teléfono, se sentó en el borde de la cama con los codos en las rodillas y apoyó la cabeza en las manos. Tenía que reponerse de la desilusión que sentía y recordar que todo aquello era tan solo una pantomima, o acabaría con el corazón destrozado.

Capítulo 7

La noche de la fiesta de compromiso, Alex fue a recoger a Eva y a su madre mucho más tranquilo de lo que había estado desde que todo aquello comenzara. Una vez se había recordado que él nunca se enamoraría y que Eva se merecía alguien mucho mejor, se convenció de que había exagerado la impresión que le había causado el beso que se habían dado en el establo.

Por muy sensual que hubiera sido, no tenía nada de excepcional. No tendría dificultad en besarla después del baile. Después de todo, estarían rodeados de invitados. Él le daría un beso breve y casto, como todo el mundo esperaba, y se acabaría el problema. De paso, la recompensa que se ofrecía por la fotografía perdería todo valor.

Llamó a la puerta y entró. Eva llevaba un vestido amarillo que al instante le recordó el conjunto de ropa interior con el que la había visto, pero Alex se dijo que no era más que una mujer hermosa, como tantas de las que había conocido. Nada especial.

—Estás preciosa.

—Gracias —Eva se giró sobre sí misma y sonrió—. ¿Te gusta el vestido?

—Es muy... —sexy, sensual— elegante.

Se vio soltando los lazos de la espalda del vestido, besando a Eva hasta dejarla sin aliento.

No podía pensar así. Él no estaba dispuesto a amar; se había refugiado tras una muralla en la que las emociones no tenían cabida. Eva se había reservado para un príncipe, un hombre que la amara con locura, tal y como se merecía ser amada.

Y él pensaba comportarse de una manera honorable.

Escoltó a Eva y a su madre hasta la antesala del salón de baile. Rose recolocó las flores que Eva llevaba en el pelo diciendo:

—Querida mía, dotas de un nuevo significado a la palabra «belleza».

—Vas a ser la novia perfecta —dijo Karen.

Alex vio la mirada que su padre dirigía a Eva y supo que la

encontraba majestuosa y dulce a un tiempo.

El rey le tomó las manos.

—Me alegro de que vayas a formar parte de nuestra familia.

Alex sintió que el corazón le golpeaba el pecho. Su padre sabía que todo era una farsa, que se limitaba a protegerla y que la boda no tendría lugar, y sutilmente le estaba diciendo que, cuando llegara su día, la familia que la acogiera sería muy afortunada.

Pero no sería la familia Sancho, ni él, Alex. ¿Por qué, si era plenamente consciente de ello, aquellas palabras le sentaron como un puñetazo en el estómago?

Entraron en el salón y formaron la fila de recepción de invitados.

Cuando llegó el tío de Eva, un hombre bajo con ojos marrones y barba recortada, el rey lo recibió con afabilidad.

—Príncipe Gerard.

Él inclinó la cabeza.

—Rey Ronaldo —saltando a Rose fue hacia Eva y su madre—. ¿Y a quién tenemos aquí? —tomó las manos de Eva y se las besó—. Vas a ser una novia preciosa.

Eva se tensó, pero inclinó la cabeza.

—Príncipe Gerard.

Él miró a su alrededor y dijo:

—¡Qué magnífico lugar para una boda!

—Todo el reino es espectacular —dijo ella.

—¿Más que Grennady? —preguntó él, riéndose.

—No hay nada más hermoso que Grennady —declaró ella, manteniendo una sonrisa forzada—. Pero deberías quedarte aquí unos días y disfrutar del sol.

—Ahora que tu padre se ha ido, debo permanecer en el país.

—Solo está de vacaciones.

—Con una amante.

—Con la que no se ha casado porque sigue casado con mi madre. Mientras no se divorcie, sigue siendo el rey. Tengo entendido que recibe los informes de estado a diario, y que sigue gobernando como hasta ahora.

Alex contuvo la risa ante el desparpajo de Eva.

—Pero después de tal escándalo, todos asumimos que acabará por divorciarse...

—Ya sabes que uno no debe creer todo lo que asume —intervino Alex, ansiando librar a Eva de aquel desagradable hombre.

Dom apareció entonces a su lado como si temiera que Alex pudiera perder los estribos.

—Afortunadamente, el tuyo es un reino pacífico, y un rey puede irse un par de semanas de vacaciones —dijo, llevándose consigo a Gerard—. Permíteme que te presente a mi esposa, la princesa Ginny.

Alex suspiró aliviado. Eva miró hacia abajo y se estiró la falda del vestido, pero él podía percibir la tensión que emanaba en oleadas. Alex nunca se implicaba en política, pero por proteger a Eva se habría enfrentado al diablo.

La llegada de invitados se prolongó por una hora. Desde la mesa presidencial, el padre de Alex dedicó unas palabras al compromiso nupcial y a la boda, y la cena fue servida.

La velada transcurrió sin problemas hasta que llegó el momento en el que los novios debían abrir el baile.

Alex, que seguía admirado por la audacia de Eva, la tomó en sus brazos y la miró a los ojos. Aunque en el fondo se veía un poso de tristeza, mantenía la calma, cumplía con su deber; actuaba como si no supiera que su tío había puesto precio a su cabeza. Era una mujer fuerte y maravillosa, distinta a todas las que había conocido. Y ese era el problema. No era como las demás. Era Eva, una princesa, algún día reina. Pero por encima de todo, una mujer.

Comenzaron el vals y Eva miró alrededor con gesto nervioso.

—Cambia de gesto, parece que te has tragado un limón —musitó—. Muéstrate feliz aunque no lo estés.

Alex esbozó una sonrisa con dificultad.

—Deberías querer abofetear a tu tío.

Eva se rio.

—¿Crees que no me gustaría? —sonrió a los invitados aprovechando un giro—. Hay veces que hay que dejarse llevar por los sentimientos y otras que hay que actuar con frialdad. Esta es

una de ellas.

–Tienes razón.

Eva estaba en lo cierto. Pero también él: para protegerla, debía mantener la cabeza sobre los hombros. Por eso solo le daría un breve beso al terminar el baile.

Sonó la última nota. Los novios saludaron y luego Alex dio un paso hacia Eva, le tomó la barbilla para alzarle el rostro y la besó.

Cuando sus labios se tocaron, ella vaciló por un instante, pero luego se los ofreció para que la besara. Esa breve pausa recordó a Alex su inocencia y todo lo puro y bueno que había en ella.

También la razón por la que no podía ser suya.

Justo cuando empezaba a incorporar la cabeza, fue ella la que buscó sus labios, pero antes de alcanzarlos, se echó levemente hacia atrás.

Se miraron fijamente, y Alex sintió una mezcla de deseo y confusión ante la mera posibilidad de que Eva intentara seducirlo.

Entonces ella sonrió y le tendió la mano. Él la tomó y ella hizo una reverencia.

Abandonaron la pista de baile, los invitados la invadieron y Karen abrazó a su hija con fuerza. Luego la siguieron Rose, Ginny, Dom y el propio rey, que, dándole un beso, dijo:

–Ha sido el primer baile más bonito que haya visto.

Alex se sintió ignorado.

–Yo también he participado.

Rose lo abrazó.

–Cariño, tú también has estado divino.

Pero no era verdad. Eva sí había estado divina. Era delicada, hermosa y culta, una futura reina.

Y lo excitaba más que ninguna otra mujer, despertando en él un sentimiento totalmente desconocido, un deseo fuerte y poderoso que exigió de él una mayor fuerza de voluntad que la que había necesitado en toda su vida.

Era una locura. Solo se habían dado dos besos. Uno instigado por él; otro, que había empezado y que ella había intentado prolongar, pero que había frenado antes de tiempo.

Quizá la solución sería darle un beso normal y comprobar que no tenía nada de especial.

Alex se abrió hueco entre los miembros de su familia que rodeaban a Eva y le tocó el hombro. Ella se volvió con una sonrisa radiante.

—Tenemos que hablar —dijo él.

—Claro.

Alex la tomó de la mano y la condujo fuera del salón, tomó un corredor a la izquierda, abrió la puerta que había al fondo y salió a un jardín privado.

Sin previo aviso, tomó a Eva por los hombros y la besó sin titubeo alguno. Eso era lo que necesitaban, un beso de verdad para comprobar que no tenía nada de especial.

Alex profundizó el beso, abriendo los labios de Eva con la lengua. Ella le dio acceso a su boca y él la estrechó contra sí. Eva se abrazó a su cuello, acomodando sus senos contra su pecho. Sus lenguas se entrelazaron...

El deseo estalló en Alex, se le aceleró el corazón. Recorrió con las manos la espalda de Eva, deleitándose en la sedosidad de su piel antes de darse cuenta de que estaba hundiéndose en un pozo. Los besos de Eva no eran inocentes, eran anhelantes. Y le hacían desear todo aquello que ella quisiera ofrecerle.

Besarla no había mejorado, sino empeorado las cosas.

Alzó la cabeza y apoyó la frente en la de Eva.

—Lo siento.

—Alex, a ninguna mujer le gusta que un hombre le diga que siente haberla besado.

—Pero es que lo siento.

—Porque no te gusto.

Alex la miró fijamente.

—Porque me gustas. Porque me gusta todo de ti y puedo ser yo mismo cuando estoy contigo.

—¿Y eso no es bueno? —preguntó ella, escrutando su rostro.

—No, porque debes encontrar al hombre que te mereces.

—A mí también me gustas tú —dijo ella sacudiendo la cabeza—.

Mucho. Y también puedo ser yo misma contigo.

—No digas eso.

—¿Por qué no? —preguntó Eva, exasperada.

—Porque yo no soy el tipo de hombre que se enamora. Y tú lo sabes.

Para su sorpresa, Eva se rio.

—¿Quién dice que no te puedes enamorar?

—Si me lo preguntas es que no me conoces o no sabes lo que significa enamorarse.

—Alex, solo sé que cada día me gustas más, y que no puedo hacer nada contra ese sentimiento.

Alex sacudió la cabeza.

—¿No ves lo distintos que somos? Tú eres inocente. Yo en cambio sé cómo controlar los sentimientos. El amor ya me ha hecho sufrir demasiado.

—¿Y no quieres superar tu dolor?

—No es cuestión de querer. Me ha llevado más de veinte años, tras la muerte de mi madre, llegar a ser pragmático y frío. He aprendido a aparentar que me lo pasó en grande incluso cuando no es verdad.

—Pero te enamoraste de Nina.

—Y volví a sufrir. Enamorarme de ella me demostró que no debía volver a bajar la guardia. Yo no comparto secretos ni cuento mis sueños a nadie. Aquí dentro —Alex se llevó la mano al pecho— suena una alarma cada vez que me acerco de verdad a alguien. Esa alarma me ha frenado muchas veces contigo. Tú misma lo has notado en más de una ocasión. Y esa alarma no va a dejar de sonar. Soy aún más frío y duro que mi padre.

—Hablas como si lo supieras todo, pero no es así.

—Y tú hablas como una mujer soñadora que va a sufrir. Y no quiero ser yo quien te haga daño.

—Entiendo.

—Escucha, tenemos un par de semanas antes de que tú vuelvas a Grennady y yo a mi vida normal. Nos olvidaremos el uno del otro, a no ser que hagamos algo estúpido.

Eva lo miró con perplejidad.

—¿Como qué?

—Como dejarnos llevar. No podemos hacer el amor porque para ti significaría mucho más que para mí. Así que permanezcamos en un nivel superficial, ligero, que nos permita mantener la cordura.

—¿Alex? ¿Eva?

Oyeron a Sally Peterson llamar antes de que apareciera. Alex se separó de Eva al instante.

—¡Por fin los encuentro! Su padre ha notado que faltaban y me he ofrecido a encontrarlos.

Eva miró a Alex de soslayo. Él se dio cuenta de que por un instante había olvidado que Eva corría peligro, y que era lógico que su padre quisiera saber dónde estaban.

Tomando a Eva de la mano, dijo:

—Estamos bien —y la condujo al interior del palacio, satisfecho consigo mismo por haber sido sincero con Eva.

Si se dejaban llevar por un impulso que él estaba seguro que era más físico que emocional, lo lamentarían.

Y algo en su interior se rebelaba ante la posibilidad de que Eva llegara a lamentar haberlo conocido. Puesto que no podía amarla, al menos quería que en el futuro lo recordara con una sonrisa en los labios.

Capítulo 8

Eva consiguió superar la fiesta de compromiso con la cabeza alta y una sonrisa, pero, cuando al día siguiente Alex fue a verla, se le encogió el estómago.

Alex no la deseaba. No porque no le gustara, sino por todo lo contrario. Había erigido una muralla en torno a su corazón que no estaba dispuesto a derribar.

Al entrar, se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla. Eva asumió que lo hacía porque su madre estaba con ella, pero, aun así, se quedó sin aliento.

—Sally dice que han llegado los primeros regalos.

Karen dio unas palmaditas de entusiasmo.

—¡Qué bien! Es lo más divertido de casarse.

—¿De verdad? —preguntó Alex, riéndose.

—No es una cuestión materialista —dijo Karen poniéndose seria—. Te aseguro que conocerás a tus amigos por lo que te regalan.

Eva sacudió la cabeza. Su madre adoraba los regalos.

—Lo siento —dijo a Alex con una mueca de resignación.

—Puede que tenga razón y sea divertido —dijo él, encogiéndose de hombros.

—¿Vais a ir ahora a abrirlos? —preguntó Karen.

—No sé —Alex miró a Eva—. También podríamos ir a comer. Tengo hambre.

—Yo también —dijo ella, consciente de que Alex quería hablar con ella en privado.

—Hay un restaurante que sirve las mejores ensaladas del mundo.

Eva se señaló la camiseta y los vaqueros que llevaba y preguntó:

—¿Puedo ir así?

—Desde luego —contestó Alex.

Se despidieron de Karen y caminaron en silencio hasta el

ascensor. Una vez se cerró la puerta, Eva preguntó:

—¿Qué pasa?

Alex la miró, desconcertado.

—Nada.

—¿No me has invitado a comer para hablar?

—No. Te he invitado porque tengo hambre.

—En la fiesta me dijiste que... —Eva dejó la frase en suspenso—. No importa.

Hacía un par de días le había comentado que se estaban viendo demasiado y en la fiesta de compromiso le había recordado que él no quería enamorarse; pero, sin embargo, tras darle un beso de verdad y mantener una conversación sincera, la invitaba a comer solo porque tenía hambre. Y ella no pensaba cuestionar sus motivos.

Alex condujo hasta un restaurante sencillo, alejado de la zona turística, y señaló unas mesas en el exterior. A Eva le extrañó que no le importaran los problemas de seguridad que implicaban estar al aire libre.

—¿Podemos comer aquí fuera? —preguntó.

—Estamos entre amigos —dijo él, conduciéndola a una mesa de un rincón desde la que se veía el mar.

—¡Príncipe Alex!

Un hombre alto con un delantal blanco salió apresuradamente a saludarlos

Alex se levantó para estrecharle la mano. Luego se volvió hacia Eva.

—Este es Angelo, el dueño del local. Esta es...

—Su preciosa novia —concluyó Angelo por él.

Eva sonrió.

—Gracias.

—Están invitados a la comida —dijo Angelo.

—No. Tú cocinas. Yo pago —Alex volvió a sentarse—. Sorpréndenos con una de tus ensaladas.

Angelo volvió al interior con una amplia sonrisa y Eva respiró

profundamente la brisa marina.

Alex se rio.

–Estás disfrutando demasiado de nuestro clima.

–Lo sé –dijo Eva–. Cuando vuelva a casa voy a echarlo de menos.

–Querrás decir «cuando volvamos a casa».

Eva asintió, recordando que debían mantener la farsa incluso cuando se creían a solas.

–Como sabes, viviremos en un ala del palacio de Grennady.

Un camarero llegó con un plato de aperitivos y Alex tomó un trozo de queso.

–Lo suponía. ¿Tienes que cumplir con las responsabilidades de una heredera?

Eva se encogió de hombros.

–La verdad es que no. Una vez al mes me informan de la situación del país. Cuatro o cinco veces al año tengo que posar para fotografías institucionales.

–Dom tiene un papel distinto. Interviene en política y lleva a cabo numerosas tareas de estado –comentó Alex.

–Nuestros países son muy distintos. Nosotros no contamos con ingresos del petróleo, ni sufrimos ataques de terceros países. Somos un pueblo rural.

–Eso me has dicho.

Eva se tensó.

–¿Qué tiene de malo?

–Nada.

Eva había percibido un tono condescendiente en la voz de Alex que le irritó.

–Así que el príncipe playboy ahora tiene nociones de gobierno.

–He oído hablar de política desde que estaba en pañales y algo he aprendido.

–¿Cómo qué?

–Como que el mundo ofrece muchas posibilidades. Con Internet,

todo el mundo puede recibir una educación. Tu padre no tiene en cuenta que hay una nueva generación que aspira a saber y a tener más que lo que tuvieron sus padres.

Eva se puso la servilleta en el regazo para evitar mirar a Alex y dijo:

–Nuestro país se enorgullece de ser pequeño y acogedor.

Alex se reclinó en el respaldo de la silla al tiempo que Angelo aparecía con dos grandes platos de ensalada. Alex alabó el aspecto de la comida y procedieron a comer.

Aunque la conversación concluyó, Eva estaba incómoda y quería que Alex terminara de aclarar lo que solo había dicho a medias. Finalmente, dijo:

–¿Qué harías tú?

Alex la miró, desconcertado.

–¿Respecto a qué?

–Respecto a mi país.

Alex reflexionó un instante y contestó:

–Probablemente negociaría para que una compañía de Internet se instalara en el país. Si no me equivoco, proporcionaría cientos, si no miles, de puestos de trabajo directos, además de los indirectos vinculados a los servicios necesarios para la población que se mudara allí donde se establezca la compañía

–Las grandes empresas prefieren climas más cálidos.

–Más que un buen clima lo que quieren es un lugar con posibilidades y tu país tiene muchas: actividades en la nieve en invierno, y el montañismo, la escalada y la equitación en verano. Para ese tipo de compañías la naturaleza inspira la creatividad.

–Impresionante –dijo Eva.

–¿Que aprenda algo de las conversaciones que mantenemos durante las cenas?

–Puede que bromees, Alexandros Sancho, pero no eres el hombre superficial que nos quieres hacer creer a todos.

Alex sonrió.

–En mi familia ya hay muchos gobernantes. No hace falta uno más.

Pero al día siguiente, tras una reunión con la guardia real, Dom pidió a Alex que acudiera con él al Parlamento y accedió. No porque quisiera gobernar, sino porque le agradaba sentirse productivo.

Pronto sus mañanas se vieron ocupadas con reuniones para organizar la protección de Eva porque diseñadores, floristas y todo tipo de personal relacionado con los preparativos de la boda acudían a su apartamento para ultimar detalles.

Todos los días la llevaba a almorzar, luego volvía con Dom al Parlamento. Y no dejaba de reflexionar sobre las innovaciones que podían introducirse en Grennady.

Un día, entró en el despacho de su padre cuando este y Dom mantenían una videoconferencia con el rey Mason, y no protestó cuando su padre le indicó que se quedara. Desde ese momento, asistió a todas las reuniones, y aunque se dijo que no le correspondía dar consejos al rey Mason, compartió con él la idea de atraer a una compañía de Internet. Dos días después, se trató el tema de la boda con Eva.

Cuando sonó el teléfono, Eva se sobresaltó. El teléfono solo sonaba para anunciar la llegada de alguien relacionado con la boda, y aquel día no había programada ninguna visita. Eva miró a su madre.

—Supongo que deberíamos contestar —dijo. Y descolgó—. ¿Hola?

—Buenas tardes, princesa. Soy Maria Gable, la ayudante personal del rey Ronaldo. El rey reclama su presencia en su despacho; un miembro de la guardia real acudirá en unos minutos para escoltarla.

Eva se preguntó si el rey tendría noticias de su padre. Hacía tres semanas que su madre y ella habían llegado a Xaviera. Tres semanas eran tiempo suficiente para encontrar las pruebas que necesitaba contra el príncipe Gerard. Quizá el día que tanto ansiaba y que tanto temía había llegado.

—Gracias —dijo.

Alex y ella habían planeado pasar la tarde de compras. Salían a diario, charlaban y paseaban de la mano. A Eva le encantaba la

visión que Alex tenía de las cosas, todo lo que sabía y que ella ignoraba. Y aunque Alex utilizaba todo tipo de estrategias para resistirse a la atracción que sentía por ella, Eva no era tan afortunada. Alex le gustaba cada vez más. Por eso aquella llamada del rey le producía un sentimiento de angustia: cabía la posibilidad de que aquel fuera el último día que pasaba con Alex.

Una llamada a la puerta anunció al escolta que la acompañaría al despacho del rey.

Eva cruzó el salón, luego una sala llena de secretarias y asistentes y finalmente llegó a una oficina en la que solo había una mujer de unos cuarenta años y cabello cobrizo, que se puso en pie.

–Princesa –dijo, aproximándose. Y el guardia se fue–. Soy Maria.

–Encantada de conocerla.

–Igualmente –Maria abrió una puerta–. Por aquí.

Cruzaron otra sala con una puerta dorada al fondo, que Maria abrió. Eva entró en un despacho grandioso, pero estaba demasiado abstraída en sus propias reflexiones como para prestar atención a la decoración. El rey, Dominic y Alex se levantaron de las sillas que ocupaban en torno a una enorme mesa de roble.

Alex se acercó, le tomó las manos y dijo:

–Tu padre está al teléfono.

El corazón de Eva saltó en su pecho.

–¿De verdad?

–Sí.

Que su padre hubiera vuelto a Grennady era una buena noticia; sin embargo, Alex tenía gesto de preocupación, como si temiera que ella fuera a quebrarse.

El rey rodeó la mesa.

–Toma mi asiento. Te dejaremos a solas. Basta con que presiones el botón que parpadea para conectar la línea.

Eva sintió un nudo en el estómago. Algo iba terriblemente mal. Aun así, mantuvo la cabeza alta.

–Gracias.

Mientras ella se sentaba, los Sancho salieron del despacho. Eva

suspiró y apretó el botón luminoso.

—¿Papá?

—Hola, cariño, ¿cómo están los gatos?

A Eva se le humedecieron los ojos.

—No los he visto desde hace semanas —en su cabeza se sucedían las preguntas y no sabía por cuál empezar—. ¿Cómo estás? ¿Dónde estás?

—Estoy bien, pero sigo escondido. Durante la investigación he descubierto que la traición de mi hermano es solo uno de los problemas que nos acosan. Pero no quiero reorganizar el gobierno o cambiar el Parlamento mientras no pueda demostrar a mis detractores que estoy dispuesto a colaborar con ellos. La disensión ha aumentado a lo largo de los años, y aunque era consciente de ello, no me había dado cuenta de que hubiera llegado a un punto crítico.

—¿Qué tipo de disensión?

—Nuestro país está espantosamente retrasado —dijo su padre como respuesta.

Exactamente lo que Alex había dicho.

—Y hay una nueva generación que espera mucho más —apuntó Eva.

Su padre se rio.

—¿Cuándo te has vuelto tan lista?

—Es algo que Alex comentó. También sugirió que atrajéramos a una compañía de Internet a Grennady.

Su padre se rio de nuevo.

—También me lo ha sugerido a mí y ya estoy en negociaciones con una. Pero no puedo volver al país hasta que no tenga un plan sólido con el que pueda demostrar que las cosas van a cambiar.

Eva se quedó paralizada y exclamó:

—¡Oh!

—Pero el peligro ha pasado, cariño.

—¿De verdad? —Eva apoyó la espalda en el respaldo de la silla. Aunque debería haberse sentido aliviada, una parte de ella estaba furiosa porque Alex hubiera sido partícipe de aquellas noticias antes

que ella. Después de todo, era ella quien reinaría en su país; sin embargo, todos conocían el plan excepto ella.

—Sí. Tu tío está en arresto domiciliario hasta que yo vuelva. Aun así, necesito tiempo para presentar una nueva propuesta a nuestro país.

Eva se irguió.

—¿Cómo puedo ayudar?

—Haciendo lo que estás haciendo. Necesito tiempo. Por eso he llamado. Es preciso que Alex y tú sigáis adelante con la boda.

Eva necesitó unos segundos para asimilar la noticia. Tres semanas atrás, habría sido capaz de hacer una interpretación digna de un Oscar. Pero durante ese tiempo, Alex la había protegido, la había besado, le había dicho que no la deseaba y había ayudado a su padre a sus espaldas cuando debía haber sido ella quien participara en las conversaciones.

Su padre suspiró.

—Cariño, no tenía ni idea de la gravedad de la situación. Creía que nuestro país podía seguir tal y como era, como ha sido siempre. Pero hay una división lo bastante profunda como para que mi hermano haya querido matarme —tomó aire—. Debería haberme dado cuenta, pero no lo he hecho. Y ahora tengo que solucionarlo.

—¿No sería mejor que volvieras ya a casa?

—No puedo hacerlo hasta que pueda presentar planes de renovación sólidos. Si no, los rebeldes se aprovecharían de mi debilidad.

Eva lo comprendió; y aunque pensaba que su padre había elegido el camino más largo, una princesa no cuestionaba las decisiones de su rey.

Su padre continuó:

—Ha llegado el momento de pensar en las necesidades de la gente y en cómo proporcionárselas. Ronaldo ha enviado a sus asesores financieros, el príncipe Dominic vuela hasta aquí mañana para ayudarme. Tenemos la información. Solo necesitamos estudiarla y tomar las decisiones correctas.

Así que también contaban con Dominic. Con Dominic y con Alex. Eva sintió que se le erizaba el cabello como las púas de un puerco espín, pero dijo:

–De acuerdo.

–Siento no poder asistir a la boda.

–No es una boda de verdad –dijo Eva. Y eso la deprimió aún más.

Se encontraría ante una masa de periodistas, sus amigos, su familia y la de Alex, intercambiando votos ficticios con un hombre que cada vez le gustaba más, pero que no confiaba en ella lo bastante como para decirle que llevaba tiempo ayudando a su padre.

–¿Y si no lo consigues? Han pasado tres semanas. ¿Cómo sabes que tus enemigos no han planeado ya cómo tomar el poder?

–Estoy seguro de que sí tienen un plan. Por eso es fundamental que la boda se celebre. Será una distracción que nos dará un poco de tiempo. Y te juro que solo serán un par de semanas.

Eva cerró los ojos con fuerza. De haber sido Alex feo y desagradable, no supondría un problema. Pero era guapo, inteligente y amable; un líder nato en el que, obviamente, su padre confiaba.

Quizá la razón de que ella no le gustara iba mucho más allá de lo que había creído hasta entonces. Quizá Alex la veía como su padre: como un jarrón decorativo, alguien que ocupaba su lugar y hacía lo que se le mandaba.

Tragó saliva, pero dijo lo que su padre necesitaba oír:

–Muy bien. Estoy a las órdenes de mi rey.

–Esa es mi chica. Cuando todo esto pase, iré a visitar a tus gatos.

Eva se sintió atravesada por el dolor. Aquello que había creado para tener una ocupación y dejar una marca, sonaba de pronto ridículo.

Tragó de nuevo y continuó interpretando su papel ante un padre que estaba demasiado ocupado como para darse cuenta de hasta qué punto le estaba haciendo daño.

–Eso dices siempre.

–Esta vez va en serio. Será parte de la gira que haga cuando visite oficialmente los Estados Unidos.

Eva tomó aire a la vez que la verdad de su vida formó un

cinturón de tristeza alrededor de su corazón. Ella no era nada.

–Vale.

–Muy bien. Hablaré con tu madre esta tarde.

–Va a querer matarte.

–No. Seguro que lo comprenderá.

Eva colgó un poco más tarde, sabiendo que su madre, efectivamente, lo comprendería. Y que, como ella, cumpliría con su deber.

Pero le temblaban las manos y le dolía el corazón. Su padre y los Sancho la habían dejado apartada como una muñeca de porcelana.

Unos segundos más tarde, entraron Alex y su padre.

–¿Estás bien? –preguntó Alex.

Eva asintió.

–Dice que va a hablar con mi madre esta tarde.

El rey sacó su teléfono y dijo:

–Lo arreglaré con mi secretaria. Vosotros, seguid con lo que tuvierais planeado para hoy.

Alex tomó a Eva del codo y la guio fuera del despacho. En el corredor, Alex comentó:

–¿Te sigue apeteciendo ir de compras?

Eva forzó una sonrisa.

–Claro.

Alex se detuvo.

–¿Estás segura?

Eva sacudió la cabeza imperceptiblemente, a la vez que asimilaba todas las implicaciones de lo que su padre había dicho. ¿Cómo podía haber sido tan ingenua? Su padre no tenía la menor intención de retirarse. Ella no era más que una hija, ni siquiera un hijo, única. Se entretenía con organizaciones benéficas, pero básicamente vivía en Estados Unidos. Ni ella misma se veía como una dirigente.

–Sí, sí, completamente.

Alex escrutó su rostro.

—Te pasa algo.

—¿Acaso tiene importancia? Estamos tratando con asuntos mucho más graves.

—Sí, pero no vas a hacer creer a los periodistas que eres una novia feliz si no sonríes.

—No te preocupes, ya me saldrá.

Alex miró hacia el otro extremo del corredor.

—¿Sabes lo que creo? Que estas semanas han sido demasiado para ti. Tú estás acostumbrada a una vida tranquila y yo llevo todos estos días o arrastrándote por la ciudad. Quizá sea bueno tomarnos un descanso. ¿Por qué no vas a tu apartamento?

Eva odiaba pensar que era débil. Porque no lo era. Solo se sentía aplastada por la verdad. Su padre no confiaba en ella. De haber confiado en ella la estaría preparando para ser reina, para gobernar. Pero no. Su padre le había dicho que ella gobernaría hasta que su hijo, un hijo que ni siquiera había nacido todavía, pudiera ocupar su lugar en el trono.

—No, necesito estar ocupada.

Alex sonrió.

—Creo que tengo una idea —dijo. Y tirándole de la mano, la llevó precipitadamente hacia un vestíbulo que conducía a otro más pequeño.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Eva.

—Escapar.

Eva vio retazos del Alex que le gustaba, y no del que mantenía reuniones secretas con su padre.

—¿Escapar? —preguntó.

—Sí. Hay veces que no soporto a mis guardaespaldas, que odio a los periodistas... que no quiero que ni siquiera mi padre sepa dónde estoy.

Eva enarcó las cejas. Efectivamente, aquel era el Alex que verdaderamente le gustaba.

—Entonces... —Alex abrió una discreta puerta que daba a un garaje—, vengo aquí.

Eva miró a su alrededor, asombrada del número de vehículos que había, desde limusinas hasta coches deportivos y motocicletas.

—¿Vienes al garaje?

—No —dijo Alex, tomando un casco de un estante.

Dándose cuenta de lo que iba a proponerle, Eva dio un salto atrás.

—¡No!

—¿No montas en moto? —Alex le puso el casco.

—No.

—Pues hoy es el día perfecto para que empieces —Alex se puso un casco, y su voz llegó a Eva a través de un altavoz en el suyo—: Te va a encantar.

Eva tenía la sensación de estar yendo de mal en peor, pero estaba dispuesta a hacer lo que fuera para olvidar que su padre ni necesitaba ni quería su ayuda.

Alex se montó en una moto mediana.

Eva lo miró, perpleja.

—¿Esta es la moto de la familia real?

—Esta es una moto que no llama la atención. En vaqueros y camiseta, y con el casco, no soy más que un tipo cualquiera dando una vuelta en moto.

Eva se subió detrás de él.

—Eso es verdad.

Alex tenía razón. Quizá lo que necesitaba era olvidar que era una princesa.

Capítulo 9

Alex aceleró y condujo la moto hacia una puerta que se abrió automáticamente. Un cálido sol los recibió, pero en cuanto avanzaron por la carretera, que discurría entre árboles, el aire los refrescó.

Inicialmente, Eva se asió a Alex con fuerza, pero fue relajando el abrazo y él, a pesar de que se alegraba de que se sintiera más segura, lamentó no sentir sus brazos enlazados a su cintura. Estaba seguro de que le pasaba algo. Había asumido que estaría encantada con la noticia de que su padre estaba a salvo y de que tenía un plan para el futuro. Sin embargo, parecía confusa y desorientada.

Condujeron varios kilómetros, subieron una montaña y atravesaron más bosques. Hasta que finalmente, una casa apareció a la vista. Tenía nueve habitaciones, dos pisos de piedra y contraventanas marrones, además de un porche que la rodeaba y que se curvaba en la fachada del este. Era una casa construida como lugar de reposo para los Sancho cuando eran solo eso: personas normales, ni familia real ni gobernantes.

Alex oyó por el micro que Eva dejaba escapar una exclamación.

—¡Qué preciosidad!

—Está vieja y necesita muchas reparaciones —dijo él.

Cuando llegaron a la verja, tecleó el número de seguridad en la alarma. La puerta se abrió y luego se cerró a su paso.

En el porche, tecleó otro código para desactivar la alarma del interior.

Cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta, Eva miró con nerviosismo a izquierda y derecha y comentó:

—¿No te preocupa que estemos sin guardaespaldas?

—No. Ni siquiera creo que se hayan dado cuenta de que nos hemos ido. Les he dicho que avisaría cuando quisiéramos salir, y como no he llamado, asumirán que nos hemos quedado en el palacio.

Abrió la puerta y entraron en un vestíbulo polvoriento. Los

muebles estaban cubiertos con sábanas y se veían telas de araña por las esquinas.

—Esta es la casa en la que viviríamos si nos casáramos —explicó Alex.

—¿De verdad?

—Sí. Es una suerte, porque en el palacio ya vive demasiada gente.

Eva rodeó una silla que se había quedado en medio, como si alguien la hubiera olvidado.

—¿Cuánto tiempo hace que está abandonada?

—Desde que murió mi madre.

Eva se volvió hacia Alex con una mirada compasiva.

—Lo siento.

—No te preocupes —Alex dejó escapar una risa forzada—. Recuerda que ya lo he superado. ¿No se supone que soy el hombre que se protege detrás de una muralla?

Precedió a Eva hasta una gran sala con una chimenea.

—¡Una chimenea! —exclamó Eva.

—Solo la usábamos para colgar los calcetines de Navidad.

Eva acarició la repisa superior, levantando polvo que flotó en el aire.

—¿Pasabais aquí las Navidades?

—Y casi todos los fines de semana. Mi madre creía que mi padre no podía relajarse en el palacio.

Pero los recuerdos que Alex tenía más marcados eran los de las Navidades: las bandejas con dulces, los regalos envueltos en papeles brillantes; su madre riéndose.

Pasaron por un salón, un comedor formal, y un despacho, y llegaron por un pasillo hasta un salón de baile.

—¿Teníais un salón de baile en una casa de campo? —preguntó Eva, sorprendida.

—Mi padre organizaba fiestas para celebrar la Navidad.

Eva fue hacia el centro y su voz resonó cuando dijo:

–¡Es enorme!

Y de pronto Alex se imaginó la habitación limpia, decorada para las vacaciones como cuando su madre vivía; podía ver a Eva con su vestido rojo, recibiendo a los invitados...

Sacudió la cabeza para ahuyentar esa imagen.

–Vayamos a la cocina.

En lugar de un amplio espacio diseñado para el personal, como correspondía a la familia real, se trataba de una habitación pequeña e íntima. Su madre la había querido así. Después de las fiestas, el personal se marchaba y ella misma se ocupaba del desayuno y de las cenas. Dom y él solían quedarse a verla cocinar.

–¡Me veo preparando aquí una pizza! –exclamó Eva.

Alex se rio y ella continuó:

–Me encanta cocinar. Supongo que a tu madre también le gustaba y que cocinar era otra de las tradiciones durante vuestras vacaciones.

Alex recorrió la habitación lentamente. Aunque solo tenía ocho años cuando su madre murió, tenía vívidos recuerdos de aquellos tiempos.

–Cuando estábamos aquí, éramos normales.

–¿No lo eres ahora?

Alex miró a Eva.

–Mi padre es rey, mi hermano lo será. Y yo soy la pieza de recambio por si mi hermano muere –sacudió la cabeza–. No me digas que no es todo un tanto extraño.

–Solo si piensas en ello.

–Precisamente por eso vivía como lo hacía hasta que pasó lo de tu padre. No quería pensar en ello.

–Pero sigues teniendo tu lugar. Fuiste tú mismo quien decidió excluirse.

–Mira quién fue a hablar; la mujer que fue a Estados Unidos para ser ella misma y pasarlo bien antes de convertirse en reina.

Eva se tensó.

–¿Eso es lo que piensas?

Alex se encogió de hombros.

–Yo diría que eso es lo que quieres que piensen los demás. Eres tú quien dice que solo quiere reinar hasta que su hijo sea mayor de edad.

Eva se tensó aún más sin que Alex comprendiera el motivo. Pero en lugar de explicarse, ella miró a su alrededor y dijo:

–Sé perfectamente cómo organizaría esta cocina.

El súbito cambio de tema hizo reír a Alex.

Eva continuó:

–Pondría muebles blancos, una encimera de mármol y una gran mesa de roble en ese rincón –señaló un ventanal que daba al jardín–; con cuatro sillas y un banco para que los niños pudieran molestarse y hacer travesuras.

Alex se rio.

–Se nota que no has tenido cerca a muchos niños. No tienen ninguna gracia cuando se portan mal.

–Para los adultos, pero debe de ser divertido tener hermanos.

Alex recordó sus peleas con Dom y no pudo mentir:

–Es verdad –y de pronto vio la habitación como Eva sugería y oyó el rumor de las risas mezclado con el olor a tostadas–. Quieres tener una familia, ¿verdad?

–Ser hija única es un aburrimiento –dijo Eva–. Toda mi vida he querido tener una casa llena de niños; ocuparme del desayuno, la comida y la cena; preparar fiestas de cumpleaños; organizar el horario de las clases extraescolares...

–Querías ser una madre normal.

Eva apretó los ojos como si estuviera furiosa.

–Pero soy una reina.

Alex frunció el ceño, desconcertado.

–Por poco tiempo. Solo entre tu padre y tu hijo.

Eva lo miró a los ojos.

–¿Sabías que mi padre está en negociaciones con una empresa de Internet?

Otro llamativo cambio de tema.

–Yo mismo le di la idea.

Eva palideció.

–Durante una de vuestras reuniones secretas.

–No han sido reuniones, sino videoconferencias. Una diaria desde hace días –al ver que Eva abría la boca, perpleja, Alex añadió a la defensiva–: Estoy al cargo de tu protección.

Eva se alejó de él, resoplando.

–¡Yo soy la próxima gobernante de mi país! ¡Debería haber estado en esas reuniones!

De pronto Alex lo comprendió. Eva no solo sentía que la habían excluido, sino que sus papeles se habían invertido. Cuando se conocieron, él era un príncipe superficial y sin ambiciones; ella, una princesa con un profundo sentido de la responsabilidad. En el presente, él tenía responsabilidades mientras que a ella su padre la había dejado al margen de las cuestiones de estado.

–Lo siento –dijo alzando las manos–. Si te sirve de consuelo, me has gustado lo bastante como para querer protegerte e implicarme en los planes de seguridad.

Eva se rio con amargura.

–Sí, gracias. Me haces sentir mucho mejor.

–Y mi padre y mi hermano están encantados de que por fin haya encontrado mi lugar. Yo también. Y te lo debemos a ti. Me has motivado a hacer cosas que jamás pensé que pudieran importarme.

Cuando vio que la idea permeaba la mente de Eva y que no parecía disgustarle, Alex continuó:

–Me has redimido. Probablemente has sido quien ha tenido el papel más importante en todo lo que ha pasado.

–¡Sí, ya!

–Vamos, Eva, sé que no tiene ninguna gracia que te dejen al margen; así es como me he sentido toda mi vida. Pero aunque hayas permanecido en un segundo plano, has jugado un papel fundamental. Todo lo que has hecho ha contribuido al resultado final, y vas a seguir contribuyendo. Recuerda que tu padre te ha pedido que te cases conmigo para ganar tiempo.

Eva se rio con desgana. Alex fue hasta ella, le levantó la barbilla para que lo mirara y dijo:

–¿Qué pasa? ¿Ya no quieres casarte conmigo?

Eva sintió que se le paraba el corazón. Aquella versión de Alex, divertido pero también responsable, era irresistible.

–Haré lo que mi rey me pida.

–Yo creo que ha llegado la hora de que él y tú habléis sobre tu trabajo.

Eva se rio.

–¿Dos semanas trabajando te han convencido de que todo el mundo necesita un trabajo?

–No, pero creo que tomaste la decisión de ir a Estados Unidos cuando eras una princesa joven que tenía que encontrar su espacio, y que con esta crisis has descubierto quién quieres ser.

Alex estaba en lo cierto, y Eva no tenía ni idea de qué hacer al respecto.

–Tienes razón –susurró.

–Por eso debes hablar con tu padre y hacerle saber que no eres una hija mimada que va a ocupar su puesto y reservarlo hasta que llegue otro hombre. Eres una mujer inteligente, capaz de gobernar – Alex sonrió con picardía–. ¿Quieres que hable yo con él?

Eva sabía que bromeaba, pero lo cierto era que aquel Alex podía ser un gran aliado. Podía verlo dirigiendo su guardia real; siendo un marido leal, un excelente consejero.

Ya no le quedaba nada a lo que aferrarse para protegerse de la atracción que sentía por él. Tres semanas antes, Alex podía haber sido la peor elección posible como marido de una reina. Pero en aquel momento, era perfecto.

Y además, era guapo, seductor, divertido. ¿Cómo iba a conseguir resistirse a la tentación que representaba?

–Vamos –dijo él–. ¿Qué cocinarías si fueras una madre?

Eva sacudió la cabeza para salir del taciturno estado de ánimo en el que se había sumido. En otras circunstancias, habrían dedicado aquel tiempo a pensar en un plan para su reino, a pensar en la conversación que debía tener con su padre. Pero Alex no quería ser su marido, y ella respetaba su decisión. Tenía que demostrarle que estaba bien.

Fue hasta la isleta central y dijo:

–Haría tortitas.

–¡Me encantan!

–¿Con sirope de manzana?

–Estaría dispuesto a probar una.

Eva se rio, pero se le encogió el corazón. Podía verse en aquella cocina con Alex. Antes de convertirse en reina, tendrían tiempo más que suficiente para comportarse como una familia normal y enseñar a sus hijos todo aquello que sus padres no les habían enseñado a ellos por falta de tiempo. Podía ver al niño de cabello y ojos oscuros que la sucedería en el trono; y a la niña de cabello oscuro y ojos azules que sería la favorita de su padre. Se imaginaba a Alex como padre y tuvo la seguridad de que a él le encantaría desempeñar ese papel.

Pero él no lo veía porque no quería.

Una cosa era que hubiera madurado lo bastante como para ocupar un lugar en la familia real de su país; otra muy distinta que estuviera dispuesto a derruir las murallas que rodeaban su corazón.

Capítulo 10

Alex había supuesto que estaría nervioso el día de su ficticia boda. Lo que no había previsto era que todo le resultara tan extraño, precisamente porque parecía completamente veraz. Puesto que debía darse la apariencia de realidad, la familia real no escatimó en gastos, y cumplió con todas las tradiciones propias de una boda real, incluido el intercambio de regalos.

Empezó su padre, que le dio las llaves de la casa de campo, diciendo:

—Esta casa nos proporcionó a tu madre y a mí una gran felicidad —los fotógrafos dispararon sus cámaras—, y confío en que también os la dé a Eva y a ti.

Flash, flash, flash.

Alex las tomó, abrazó a su padre y sintió algo que no había experimentado nunca: un inconmensurable respeto por el rey, seguido de una gran compasión por el hombre que había perdido a su mujer y que había tenido que criar solo a sus dos hijos varones. Cerró los ojos y estrechó a su padre con fuerza. Era la primera vez que daba a su padre un abrazo sincero desde la muerte de su madre.

Cuando se separaron, los ojos de su padre estaban humedecidos por las lágrimas. Rose le dio un pañuelo, susurrando:

—Aquí tienes, cariño.

El rey lo tomó e hizo un ademán a los fotógrafos:

—No saquen esto. Nadie quiere verme lloriqueando.

—Entonces será mejor que no le veas abrir esto —dijo Dom, tomando de Ginny una caja y dándosela a Alex.

Él la abrió y sacó una fotografía de su familia, tomada durante unas vacaciones de Navidad, en la que su madre sonreía, feliz, Dom posaba con gesto digno y Alex sacaba la lengua a la cámara.

Se produjo un silencio en la sala. Incluso los fotógrafos parecían contener el aliento.

—Es...

—Es típico de ti —dijo Ginny entre el llanto y la risa—, hacer el gamberro y estropear la foto.

Alex se sintió embargado por la emoción. Recordaba aquel día como el más feliz de su vida. Pero, cuando vio en la fotografía el salón de baile de la casa de campo, no se vio a sí mismo, sino a Eva recorriéndolo entre las telas de araña.

Abrazó a Dom y a Ginny.

El ayuda de cámara de su padre, Henry, que llevaba en palacio desde que Alex tenía uso de razón, se llevó los regalos, prometiendo que estarían en el apartamento de Alex cuando volviera de su luna de miel.

Los fotógrafos se fueron y la familia se dispersó. Su padre y Rose tenían que estar en la primera fila de la iglesia cuando Alex y Dom llegaran al altar, pero primero tenían que ir a recoger a Jimmy porque Ginny era la dama de honor y Rose no quería que el niño se perdiera la boda.

Cuando las campanas dieron las cuatro, Dom y Alex se situaron en el altar. Rose y el rey ocupaban su puesto. El organista empezó a tocar la marcha nupcial y dos amigas de Eva de la universidad, seguidas de Ginny, avanzaron por el pasillo central.

Detrás, apareció Eva, que, al no poder ir acompañada por su padre, había decidido llegar sola al altar.

Originalmente, a Alex no le había gustado la idea, pero tras la conversación en la casa de campo, al descubrir lo fuerte e inteligente que era, había cambiado de opinión.

Con su largo vestido blanco, el cabello negro recogido en un alto moño por una sarta de perlas de la que salía un velo que caía hasta la larga cola del vestido, Eva era la misma imagen de la elegancia y la perfección. Y al mismo tiempo, conseguía resultar dulce e inocente.

Alex sintió que se le alteraba la respiración al tiempo que se sentía invadido por múltiples anhelos.

Cuando Eva llegó al altar, el sacerdote preguntó:

—¿Quién entrega a esta mujer en matrimonio?

Eva miró a Alex a la vez que decía:

—Me entrego yo misma.

Alex se emocionó al comprender finalmente con claridad que, por muy desplazado que él se hubiera sentido en su familia, Eva se había sentido mucho peor. Ella no tenía hermanos, y todo lo que su país parecía esperar de ella era que produjera a su heredero.

Pero Eva era una reina.

Alex le tomó la mano, se la besó y ambos se volvieron hacia el sacerdote.

Tras una larga ceremonia y miles de fotografías, pasaron al salón de baile, donde formaron la fila de recepción hasta que llegó el momento de inaugurar el baile.

—¡Ha sido un día muy largo! —comentó él, al ver que Eva parecía cansada.

Ella forzó una sonrisa.

—Desde luego.

—¿Qué fue de la mujer que quería hacer tortitas con sirope de manzana?

Eva se rio.

—Se quedó en la casa de campo.

—¿Deberíamos ir a por ella?

Eva volvió a reírse y Alex sintió la satisfacción de haberla animado.

—Es difícil relajarse cuando te están mirando ochocientas personas.

Alex le hizo dar una vuelta bajo su brazo alejándola de sí y atrayéndola de nuevo. Eva se rio.

—¡Eso no es un vals!

—¿Y a quién le importa?

Eva se rio de nuevo.

—No lo sé. Ya no sé nada.

—Claro que sí. Tienes que enfrentarte a un montón de cosas cuando vuelvas a casa. Pero para eso faltan días, quizá semanas —Alex la miró fijamente—. ¿Por qué no lo pasamos bien entretanto?

Eva podía pensar en mil razones, pero todas ellas se relacionaban con la necesidad de conservar su corazón intacto

cuando en realidad habría querido entregárselo a él.

Aun así, cuando Alex le hizo girar de nuevo, volvió a reírse. Al acabar el baile, él hizo una exagerada reverencia y ella soltó una carcajada. Los invitados lo adoraban.

Ella lo adoraba.

Ese era el problema que había estado acechándola todo el día sin que pudiera ponerle una etiqueta porque la aterrorizaba. ¿Cómo iba a amar a un hombre que no la amaba?

Al ver su gesto serio, Alex dijo:

—Estás pensando demasiado y hoy no es bueno pensar.

Eva sabía que tenía razón, que no debía olvidar que los observaban continuamente. Pero lo que Alex no sabía era que su pesadumbre se debía a que lo amaba, y no a la agotadora obligación de mantener la pantomima.

Alex la estrechó entre sus brazos y ella se dio cuenta de que sonaba una música lenta.

Ni siquiera cuando se habían besado se había permitido disfrutar de su proximidad. Con el primer beso, Alex había pretendido convencerla de que no se casara con él. La había estrechado contra sí hasta que sus cuerpos habían entrado en contacto y ella había percibido fuerza y poder en su tenso cuerpo.

Luego le había dado el beso de verdad de la fiesta de compromiso. Y el abrazo no había tenido nada de fuerza o poder, y sí mucho de una emoción sincera que ella había percibido en cada milímetro de su cuerpo.

Pero en ese momento estaban bailando y su mente estaba lo bastante despejada como para apreciar la solidez de su pecho, la anchura de sus hombros, la firmeza de su torso. Eva dejó resbalar la mano desde su hombro y volvió a subirla. Él inclinó la cabeza y la miró a los ojos, y ella se preguntó qué diría si supiera que prácticamente se moría de amor por él, o qué pensaría si supiera hasta qué punto sentía curiosidad por ver el cuerpo que había bajo aquella ropa.

¿Cómo reaccionaría si le dijera que quería hacer el amor con él, aunque solo fuera una vez, por el placer de estar con el primer hombre al que amaba, para poder enfrentarse al resto de su vida como una mujer plena, la mujer que debía llegar a ser?

Si le prometía no intentar derribar su muralla y le pidiera solo una noche... ¿se la negaría?

Capítulo 11

Aunque estaba programado que durmieran en palacio y partieran al día siguiente de viaje de boda, Alex cambió los planes por razones de seguridad y decidió marcharse inmediatamente después del baile.

Tras volar en helicóptero al yate, llevó a Eva hasta la suite del rey y, ya en la puerta, la tomó en brazos. Ella se rio.

—Creía que era una costumbre estadounidense.

Alex se encogió de hombros al tiempo que abría la puerta con el pie.

—¿Qué más da?

Eva se rio de nuevo y su risa reverberó en Alex, haciéndole pensar en días soleados y luminosos. Por eso mismo la dejó en el suelo del salón al instante, recordándose que solo actuaba para resultar convincente frente al servicio.

Fue hasta el mueblebar y sonrió al ver que su padre había encargado que pusieran una botella de champán en una cubitera de hielo. Realmente sabía llevar la ficción hasta el extremo.

Levantó la botella, diciendo:

—¿Champán?

—Sí, gracias —dijo Eva. Y se aproximó a él.

Alex descorchó la botella, sirvió dos copas y le tendió una. Eva se sentó, alzó la copa y brindó.

—¿Por nosotros?

—Claro, por qué no —contestó Alex en tono animado. Pero al ver lo bien que Eva encajaba en el ambiente del yate, lo natural que resultaba que estuviera allí, volvió a sentir un inquietante anhelo que prefirió ignorar. Precipitadamente, añadió—: Hay dos dormitorios.

—Lo suponía —contestó Eva, mirándolo a los ojos con la expresión, entre resignada y expectante, que solía pararle el corazón a Alex.

Su estricto sentido del deber, saber que raramente conseguía lo

que quería, no impedía que deseara cosas que le estaban prohibidas.

Bebió dos sorbitos de champán sin apenas tocar con sus voluptuosos labios el borde de la copa. La delicadeza de sus rasgos contrastaba con la fortaleza de su personalidad, que a veces enmascaraba a la mujer femenina y sexy que había en ella. Y en aquel instante, Alex habría dado cualquier cosa por acariciar sus brazos y su espalda al tiempo que la besaba, aunque solo fuera para demostrarle lo hermosa, fuerte y perfecta que era.

Dio un paso atrás. Dom le había contado que en su noche de bodas había caído rendido a los pies de Ginny, y él siempre había pensado que eso le había sucedido porque no había estado con suficientes mujeres. Pero aquella noche, mirando a Eva, se preguntó de cuánta fuerza de voluntad tendría que hacer acopio para no darle lo que ella necesitaba tan desesperadamente.

Eva terminó su copa, se puso en pie y, señalando a la derecha, dijo:

—Supongo que mi dormitorio está a ese lado.

—Sí

Eva vaciló una fracción de segundo mientras Alex se debatía consigo mismo. No solo porque la deseaba, sino porque ella lo deseaba a él. Lo veía en sus ojos. Y era más fácil ignorar sus propios deseos que los de ella. El instante estaba cargado de posibilidades, todas ellas maravillosas.

Eva caminó hacia él, insinuante. Alex contuvo el aliento. Pero en lugar de ponerse de puntillas y besarlo, tal y como él pensó que iba a hacer, se volvió y, dándole la espalda, dijo:

—¿Puedes ayudarme con la cremallera?

Alex tragó saliva y llevó los dedos al broche que había en el extremo de la cremallera.

—¿Recuerdas el día que dejamos tu vestido en el suelo de mi apartamento?

—Sí.

—Pensé que podría quitártelo en cuestión de segundos.

Alex soltó el broche. Eva se volvió.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿no?

–No se trata de seguridad, sino de experiencia.

Se miraron unos instantes en silencio.

–Tener experiencia es bueno –dijo entonces Eva.

–Cuando me conociste no pensabas lo mismo.

–Estaba equivocada.

Alex le sostuvo la mirada.

–No.

Eva se giró de nuevo para darle acceso a la espalda.

–Me he equivocado en muchas cosas. Pensaba que no quería ser reina y que me daría por satisfecha siendo una especie de sustituta temporal. Pero resulta que no es así.

Alex se quedó mirando la cremallera. Si se la bajaba, vería su espalda y la perfecta curva que bajaba hasta su trasero. Vaciló.

–Por eso vas a tener que pelear cuando vuelvas a casa.

–Estoy preparada.

Pero Alex no lo estaba. Nunca se había imaginado que una mujer le pudiera resultar irresistible, pero con solo imaginarse bajando aquella cremallera su libido se disparó hasta el punto de hacerle creer que perdería el control.

Su cabeza le ordenaba que mandara a Eva a su dormitorio y enviara a una doncella a ayudarla. Su libido le decía que no había ningún mal en volver a ver su espalda. Tomó el tirador de la cremallera con dedos temblorosos. Eva giró la cabeza por encima del hombro y preguntó:

–¿Quieres que llame a una doncella?

«Sí».

–No –estaba comportándose como un idiota. Una espalda solo era una espalda.

Tiró hacia abajo y al ver que Eva llevaba un sujetador amarillo, se rio.

–¿Ropa interior amarilla el día de tu boda?

–Con tanto blanco por todas partes, he querido llevar un poco de color. Me encanta el amarillo.

También se estaba convirtiendo en el color favorito de Alex.

Bajó la cremallera hasta la cintura creyendo que acabaría allí, pero descubrió que continuaba hasta su trasero, lo bastante abajo como para permitirle ver unas braguitas de satén con borde de encaje tan sexys que de pronto sintió un calor sofocante.

Eva se recogió la parte alta contra el pecho y se volvió. El deseo que había cargado el ambiente durante las semanas anteriores, aplastó a Alex. Solo quería rozar aquella piel de terciopelo.

Posó las manos en los hombros de Eva. Agachó la cabeza sin apartar sus ojos de los de ella. Sabía que estaba cometiendo un error, pero se dijo que solo sería un beso.

Cuando sus labios tocaron los de Eva, ella se abrazó a su cuello y el vestido cayó a sus pies. El encaje de su sujetador se aplastó contra la seda de la camisa de Alex, pero él habría jurado que entre ellos no había una barrera y que la tela le acariciaba directamente la piel.

Retrocedió un paso y tomó aire. Por más que quisiera, no podía seguir. Se agachó, levantó el vestido del suelo y lo sujetó hasta que Eva lo recogió contra el pecho.

—Esto no está bien.

Eva se alzó de puntillas y lo besó.

—¿Por qué?

—Olvidas una cosa muy importante, que quieres ser reina.

Eva lo miró fijamente.

—Y tú no quieres ser el marido de una reina, lo sé. Pero quiero esto. Solo una vez.

Alex se rio y sacudió la cabeza.

—Esa es la cuestión. La nulidad del matrimonio se basará en que no lo hayamos consumado. Si lo hacemos, aunque solo sea una vez, tendremos que divorciarnos. Y eso te impediría ser reina.

Eva lo miró como si lo hubiera olvidado. Luego dio un paso atrás con una exclamación ahogada.

Alex sintió crecer en él la desilusión. Aunque fuera un error, habría querido oírla decir: «¿Y qué?».

—¿No te lo habías planteado?

Eva negó con la cabeza.

–Estoy haciendo el ridículo, ¿verdad?

Alex la tomó por los codos y la atrajo hacia sí.

–Soy yo quien se está comportando mal. Te deseo tanto que he estado a punto de dejarme llevar.

No podía soportar que Eva creyera que su rechazo se debía a que no era lo bastante hermosa o seductora. Y porque la deseaba tanto que todo su cuerpo clamaba por estar con ella. Pero reunió el valor y el sentido del honor suficiente como para continuar:

–Pero también me importas demasiado como para arrebatarte tu destino. No sé qué harás como reina, pero estoy seguro de que será algo maravilloso. Tu país te necesita.

Los ojos de Eva adquirieron una expresión de tristeza que le encogió el corazón a Alex, pero resistió la tentación de consolarla y contuvo el aliento.

Eva miró a Alex fijamente, mientras en su mente se sucedían un millón de pensamientos confusos. Aquella era la cruda realidad de quien tenía un destino marcado: raramente conseguían lo que querían porque el deber y la responsabilidad ocupaban siempre el primer lugar.

Maldijo su destino, pero entonces recordó la conversación con su padre y cómo le había enfurecido haber sido dejada al margen; el intenso deseo que había sentido de formar parte del grupo que estaba salvando a su país.

¿Estaría dispuesta a tirarlo todo por la borda por pasar una noche con un hombre al que deseaba intensamente?

Tragó saliva. Había pensado que la respuesta era sencilla, pero se quedó paralizada. ¿Cómo podía decidirlo si no lo besaba, si no lo tocaba?

Algo debió de cambiar en su expresión, porque Alex dio un paso atrás.

–Eres la tentación personificada, pero no seré yo quien te impida cumplir con tu destino.

–Hay una solución –dijo Eva. Alex enarcó las cejas y ella continuó:– Podríamos permanecer casados.

Alex cerró los ojos con fuerza.

—Me conoces desde hace cuatro semanas. No puedo pedirte que asumas un compromiso de por vida después de tan poco tiempo.

—Pero estabas dispuesto a casarte con una princesa a la que no conocías.

—Y ahora que la conozco, sé que se merece mucho más de lo que yo puedo ofrecer: amor verdadero, un hombre en el que confiar que no haya erigido murallas a su alrededor —hizo girar a Eva hacia su dormitorio—: Vete antes de que flaquee mi sentido del honor.

A la mañana siguiente, Eva decidió ir a desayunar y portarse como si no hubiera pasado nada. Alex le había dicho que la deseaba, y la intensidad de su mirada le había dicho que no mentía.

En cierta medida, eso la hacía feliz, aunque por otro lado la llenara de tristeza. Que no quisiera consumir su matrimonio, aunque le gustara o le atrajera, indicaba que no quería tenerla a su lado para siempre. Por otro lado, era verdad que pretender que le jurara amor eterno después de cuatro semanas, era una ingenuidad. Y ella había aprendido en ese tiempo que no tenía nada de tonta.

Así que se puso unos pantalones cortos y una camiseta, se recogió el cabello en una coleta, y fue al encuentro de Alex. Aunque no se tratara de una luna de miel de verdad, sí estaban de vacaciones.

Sin alzar la mirada del periódico que estaba leyendo, Alex dijo:

—Como no sabía qué querías, he pedido un poco de todo.

Eva se rio y Alex bajó el periódico. Era evidente que estaba esperando una señal de que no lo odiaba.

¿Cómo podía odiarlo por cumplir el acuerdo al que habían llegado?

Eva sonrió y él le devolvió la sonrisa.

—¿Qué quieres que hagamos hoy? —preguntó Alex.

—Sé desde hace dos días que he recuperado mi asignación económica. Necesito transferir dinero a mis refugios, y quiero llamar

a los encargados.

—¿Eso es lo que quieres hacer cuando tienes todo un yate a tu disposición?

—Llevo semanas sin hablar con ellos y necesito ponerme al día.

—¿Vas a trabajar durante la luna de miel?

—Lo siento.

Alex dobló el periódico.

—No, no. No te disculpes. El personal que nos atiende ha sido seleccionado entre los más leales. No contarán que no estamos durmiendo juntos, ni que has pasado el primer día trabajando.

—¿Seguro que no te importa?

—Claro que no. Pero mañana deberíamos hacer algo juntos.

—Yo no hago esquí acuático ni ninguno de esos deportes peligrosos que tanto te gustan.

Alex se rio.

—Mejor, así estarás a salvo, que es el objetivo de todo esto.

Eva sonrió.

—Vale. Pues podemos sentarnos en cubierta y leer.

—Muy bien.

A Eva no le parecía tan bien, pero era el precio que tenía que pagar por ser reina; y Alex, por protegerla.

Y por enésima vez deseó que volviera el antiguo Alex, el que no quería saber nada de la realeza ni de responsabilidades, el que la habría seducido y le habría convencido de que renunciara a la corona.

Pero eso era una estupidez... ¿o no?

Capítulo 12

En cuanto Alex y Eva llegaron al palacio dos semanas más tarde, acudieron a los aposentos del rey, donde se había reunido la familia en un ambiente festivo.

Karen abrazó a Eva efusivamente y luego tomó una copa de vino de manos del rey Ronaldo, que actuaba de barman.

–Tu padre está de un excelente humor –susurró Eva a Alex.

Este lo observó preparar un Martini para Rose.

–Tengo el vago recuerdo de que en las fiestas le gustaba hacer de barman –frunció el ceño antes de continuar–, antes de que...

Se calló bruscamente. Eva entrelazó el brazo con el de él y esperó a que la mirara antes de concluir por él:

–Muriera tu madre.

Alex la miró como si de pronto se diera cuenta de algo.

–Es increíble ver cómo poco a poco vuelve a ser el mismo de antes.

Lo mismo debía de pensar el rey al comprobar que Alex se había convertido finalmente en el príncipe que debía ser. Eva se sintió orgullosa de él al tiempo que se le encogía el corazón al darse cuenta de que tanto aquella familia de la que ya se sentía parte, como el hombre al que tanto amaba, pronto desaparecerían de su vida.

Suspiró.

–Estoy un poco cansada. ¿Te importa que vaya a mi apartamento?

Alex susurró:

–No puedes ir a tu dormitorio. Estamos casados y el servicio habrá llevado tus cosas al mío.

–Claro –dijo ella, abatida.

–No te preocupes. Encontraremos la manera de resolverlo –declaró él, interpretando erróneamente su estado de ánimo.

–Estoy segura de ello –dijo Eva, cuadrándose de hombros.

—¿Quieres que te acompañe?

—No te molestes, sé perfectamente cómo llegar. No olvides que he ido numerosas veces a comidas y cenas supuestamente románticas —consciente de que había hablado con amargura, Eva añadió—: Perdona. Tengo un poco de dolor de cabeza. Tú quédate y disfruta con tu familia.

Alex la acompañó hasta la puerta.

—Deberías echarte la siesta —sugirió.

—Eso había pensado —contestó Eva, que de pronto se sintió exhausta.

Al entrar en el apartamento de Alex fue a su dormitorio. Puesto que el servicio los creía casados, habrían guardado su ropa en el armario del de Alex, pero no pensaba entrar mientras él no estuviera. Iría al suyo y se echaría la siesta en ropa interior. No quería ver el dormitorio de Alex ni saber si era ordenado o desordenado; o encontrar su cepillo y su pasta de dientes en el cuarto de baño. Ya habían vivido suficientes momentos de intimidad que tendría que esforzarse en olvidar cuando se separaran; no necesitaba acumular más momentos que le recordaran todo lo que había perdido. Solo quería que aquella situación acabara.

De camino a su dormitorio, se quitó las sandalias. Luego se quitó el jersey de un tirón, que se le cayó de los entumecidos dedos. Se detuvo un instante y se quitó los vaqueros. Su vocecita interior le susurró que recogiera el rastro de ropa que estaba dejando, pero se sentía invadida por una profunda pesadez. Apenas le dio tiempo a llegar a la cama y caer sobre el colchón de bruces.

Alex pensó que su padre, Rose, Dom y Ginny, se comportaban como si Eva y él estuvieran verdaderamente casados. Y aunque sabía que lo hacían fundamentalmente por mantener la farsa, había momentos en los que llegaban a confundirlo.

Veinte minutos más tarde, mientras Rose contaba anécdotas de sus tiempos como profesora en Texas, Alex miró el reloj. Se había dado cuenta de que Eva necesitaba espacio y lo comprendía. Aunque habían pasado los días del yate descansando, era agotador fingir que estaban de luna de miel cuando la verdad era que dormían en habitaciones separadas.

Pero aquella tarde había percibido algo distinto en sus ojos; algo más que puro cansancio. Así que dio a Rose diez minutos más antes de excusarse e ir a su apartamento.

Al ver la ropa por el suelo soltó una carcajada.

—¡Muy graciosa, Eva!

Levantó las sandalias, luego el jersey y los vaqueros. Fue a abrir la puerta del dormitorio de Eva, pero descubrió que estaba abierta, y, cuando miró, la vio echada boca abajo sobre la colcha de seda de la cama.

—¡Qué manera tan extraña de echar la siesta! —dijo, riéndose.

Pero al adentrarse en la habitación, que unas densas cortinas mantenían en penumbra, observó que estaba en ropa interior.

Se detuvo y carraspeó. Era evidente que Eva dormía, así que Alex dejó su ropa sobre una silla; pero, cuando ya se iba, percibió que respiraba trabajosamente.

—¿Eva? —la llamó, aproximándose.

Ella permaneció inmóvil.

Alex se inclinó y la sacudió por el hombro.

—¿Eva?

No obtuvo respuesta. Alex, alarmado, levantó el teléfono del palacio que había en la mesilla.

—Soy Alex. Envíen a un médico a mis aposentos inmediatamente.

El médico llegó con una enfermera tras lo que pareció una eternidad. Para entonces, Alex había metido a Eva en la cama y descansaba boca arriba.

Cuando el médico entró en el dormitorio vio al instante que tenía marcas rojas en las mejillas. Eva sacudió la cabeza de un lado a otro y emitió un gemido quejoso.

El doctor Martin se puso el estetoscopio diciendo:

—Es evidente que tiene fiebre —estudió su rostro y añadió—: Sarah medirá sus constantes vitales.

Acompañó a Alex fuera del dormitorio y continuó:

—Una vez Sarah termine, le extraeré sangre para una analítica. ¿Quiere que avise a Dom para que venga a acompañarlo?

—No hace falta, gracias.

—Muy bien —dijo el médico. Cuando ya regresaba hacia el dormitorio se volvió y dijo—: Como sabe, tendré que informar al rey de esta visita.

Alex asintió. ¿Acaso sucedía algo en palacio de lo que no tuvieran que informar?

—Los análisis tardarán un par de horas. ¿Está seguro de que no quiere que avise a nadie?

Alex asintió de nuevo, y se dio cuenta de que la única persona que le habría gustado ver era Eva y era precisamente ella quien estaba enferma.

Cuando el médico y la enfermera salieron del dormitorio preguntó:

—¿Puedo sentarme a su lado?

El doctor Martin hizo una mueca.

—Se arriesga a que le contagie la gripe, que es lo que creo que tiene.

—Para ahora ya me habría contagiado —contestó Alex.

El médico se encogió de hombros.

—Preferiría que se mantuviera alejado de ella. Puedo organizar un turno de enfermeras.

Alex recordó súbitamente a su madre enferma y a su padre atendiéndola las veinticuatro horas del día, y de pronto comprendió lo que debía de haber sentido.

—Asumiré el riesgo.

—Como quiera.

El médico suspiró y salió con la enfermera.

Alex entró en el dormitorio de Eva. Se acercó y vio que le habían puesto un pijama. Su respiración seguía siendo entrecortada, pero le tranquilizó saber que la atendía el mejor médico posible. Se agachó y le retiró el cabello de la frente, lamentando no haberla conocido en otras circunstancias.

Pero consciente de que esos pensamientos no conducirían a nada, se puso en pie, tomó una butaca y la colocó al lado de la cama. Cuando vio que no conseguía dormir más que algunos

minutos por vez, se levantó sigilosamente, se echó al lado de Eva y durmió varias horas seguidas.

Cuando se despertó, Eva se revolvía, agitada, pero se calmó en cuanto él le tomó la mano. Alex ya no se la soltó, y se quedó inmóvil hasta que ella se acurrucó contra él. Entonces él la rodeó con sus brazos y, aunque no por mucho tiempo, volvió a conciliar el sueño.

Por la mañana el médico le ordenó que se fuera a descansar, pero él permaneció al lado de Eva mientras las enfermeras la atendían.

Cuando el médico volvió al anochecer, anunció que la fiebre había remitido.

—Ya no es necesario que la vele. Puede ir a dormir.

Alex lo acompañó a la puerta y luego dudó si ir a su dormitorio o volver al de Eva. Finalmente, se dio una ducha y se puso el pijama, pero cuando ya iba a meterse en su cama se dio cuenta de que, aunque el peligro hubiera pasado, no podía dejarla sola.

Pero lo cierto era que estaba cansado. Así que fue al lado que estaba vacío y se metió entre las sábanas. Eva se arrebujó contra él y la abrazó. En cuanto cerró los ojos se quedó profundamente dormido.

Cuando Eva se despertó no tenía ni idea de qué hora o qué día era. Por su mente pasaron vagas imágenes, pero ninguna lo bastante definida. Además, se sentía cómodamente acurrucada en brazos de alguien, y aunque inicialmente no supo de quién se trataba, sí tuvo la certeza de que no eran los brazos de un padre o una madre.

«Alex».

Algunas imágenes se concretaron. Alex dando órdenes a un hombre con traje gris, a unas enfermeras... Sonrió.

—Sigue durmiendo. Puede que tú hayas dormido las últimas treinta y seis horas, pero yo no he pegado ojo.

¡Alex en su cama! ¡Con ella! Por su mente pasaron como ráfagas imágenes de Alex echado a su lado, acariciándole el cabello. Por eso no la había despertado al abrazarla: porque no era la primera vez que lo hacía.

Eva bajó las manos por sus costados y palpó una tela sedosa.

—Las enfermeras te pusieron el pijama. También te han aseado. No me aceptaron como voluntario —dijo Alex. Y al oír la risa de Eva, añadió—: Ahora sé que no solo estás despierta, sino que te encuentras mejor.

—Así es.

—Pues vuelve a dormirte. Todavía es de noche y yo estoy cansado.

¿Iba a quedarse? ¿La iba a tener en sus brazos toda la noche?

Eva se sintió invadida por una felicidad desmedida. El brazo de Alex le servía de almohada; su mejilla reposaba en su pecho. Era la sensación más íntima y maravillosa que había tenido en su vida.

—No vuelvas a hacerlo nunca más.

La voz de Alex le llegó con una dulzura que se propagó por cada rincón de su cuerpo.

—¿Que no haga el qué?

—Ponerte tan enferma que todo el palacio llegue a creer que vas a morir.

—Solo recuerdo que me dolía la cabeza.

—Tenías un virus.

Allí estaban, en mitad de la noche, manteniendo una conversación en brazos uno del otro. Eva abrió la palma de la mano sobre su pecho y sintió, fascinada, el movimiento que provocaba el pausado ritmo de su respiración. Y tuvo la seguridad de que eso era lo que se sentía al estar casado: aquella apacible conexión con el otro.

—Si solo ha durado treinta y seis horas no debía de ser muy virulento.

—Lo bastante como para que tu madre estuviera a punto de hacer venir al capellán.

Eva se rio y se acurrucó aún más contra él. Alex estrechó su abrazo.

—Me suena haberte oído dar órdenes a las enfermeras.

—El certificado de boda me da ese derecho.

Eva reprimió una carcajada.

—Así que eres uno de esos hombres a los que les gusta mandar.

—No me he pasado seis semanas protegiéndote para que te mate un virus.

Aunque bromeara, Eva percibió que se le tensaban los músculos y deseó poder ver su rostro y la emoción que reflejaban en ese momento sus ojos oscuros. Pero de hacerlo, sabía que Alex se encerraría en sí mismo al instante.

—Te gusto —afirmó.

—Claro que me gustas —dijo Alex, riéndose.

—Pero te gusto de verdad.

Alex se tensó. Tras una pausa, dijo:

—Eso no significa nada.

Para Eva lo significaba todo. Necesitaba que Alex admitiera que había brotado algo entre ellos, porque no podía pasar un día más sintiéndose tan próxima a él y, sin embargo, tan distante emocionalmente.

—Para mí es importante.

—Está bien; despiertas en mí sentimientos que no puedo permitirme sentir.

—Yo también siento algo por ti.

Era una pobre descripción de los sentimientos que la embargaban y que le hacían ansiar que no existiese ninguna distancia entre ellos, y que le permitían comprender que el vínculo que había entre sus padres era lo bastante fuerte como para que su padre pudiera fingir que había huido con una amante con la convicción de que su madre no titubearía en volver a su lado cuando se revelara la verdad.

—Lo sé —dijo Alex en un susurro.

Eva sintió que se le aceleraba el corazón. No era la primera vez que hablaban de este tema, pero sí la primera que creyó poder sincerarse.

—Yo...

—Duérmete, princesa.

Eva percibió el cansancio en la voz de Alex y cómo sus músculos se relajaban a la vez que se adormecía, y quiso gritar:

«No, necesito hablarlo», pero no lo hizo. Y en cuestión de segundos supo que Alex se había quedado dormido.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, estaba sola. Tocó con la mano el espacio vacío a su lado y lo encontró frío. La desesperanza la invadió. Había dejado pasar la ocasión de abrirle su corazón a Alex.

Se duchó y se vistió. Aunque no sabía qué planes tenía su madre, quería pasar el día con ella.

Como pensaba que Alex se había ido, se quedó paralizada al entrar en el comedor y encontrárselo desayunando. Él se puso en pie y le separó la silla de la mesa, pero antes de que se sentara la tomó por los hombros y dijo:

—Prométeme que no volverás a asustarme tanto nunca más.

Eva sintió revivir la intimidad que había experimentado la noche anterior y con voz temblorosa dijo:

—Te lo prometo.

Alex le dio un beso en la mejilla y sonrió a la vez que volvía a sentarse.

—¿Acabas de prometer que no volverás a tener gripe?

Alex hablaba como si fueran a permanecer juntos, y la esperanza que había conseguido acallar volvió a reavivarse. Eva tragó saliva.

—Debería haberme vacunado.

—Desde luego —al ver que ella alargaba la mano hacia una fuente con huevos, Alex comentó—: No comas demasiado; puede que no te sienta bien.

—Estoy hambrienta. Además, se me ha pasado la gripe. Ya me encontraba mucho mejor ayer cuando...

Como si de pronto la invadiera un temor supersticioso y temiera que les diera mala suerte, Eva no fue capaz de decir «dormimos juntos», aunque eso fuera todo lo que hicieron.

Alex la miró y concluyó por ella.

—¿Cuando charlamos?

—Sí.

Alex se levantó y, tras besarla en la mejilla, dijo:

—Tengo cosas que hacer por la mañana, pero, si te apetece, podemos ir a comer al restaurante de Angelo.

Eva sintió que se derretía al comprobar que, al contrario de lo que se había imaginado, la proximidad que había sentido la noche anterior no había desaparecido.

De camino a la puerta, Alex habló con una sirvienta.

—Mi mujer se encuentra mejor, pero no quiero correr ningún riesgo. Limpíen su dormitorio como si fuera a pasar una inspección —al oír que Eva se reía, se giró y dijo—: Ríete, pero no sabes el susto que me has dado.

—¿Por la gripe?

—Por algo —dijo Alex antes de salir.

Eva se quedó inmóvil. Ese «algo» solo podía referirse a la posibilidad de perderla.

Una llama de esperanza prendió en su corazón. ¿Se daría cuenta Alex en algún momento de que la vuelta de su padre significaría perderla? ¿Intentaría evitarlo?

Tras pasar la mañana poniéndose al día con su hermano y su padre, Alex se alegró de haber quedado a comer con Eva. En las dos semanas que habían estado de vacaciones apenas se habían producido novedades en el país, y el rey Mason había hecho progresos en Grennady. Dom había podido recortar el tiempo que dedicaba a ayudar al padre de Eva, que pronto volvería a su país.

Todo el mundo estaba contento, especialmente Alex. Eva lo había aterrorizado con una simple gripe, y aunque sabía que era una reacción exagerada, lo cierto era que ver que había recuperado el color y el brillo de los ojos le había causado una felicidad desbordante.

Confiaba en neutralizar ese sentimiento al comer con ella, pero supo que no lo conseguiría al verla aparecer con una camiseta azul que resaltaba sus ojos azules.

Angelo, además de preparar la comida, se sentó con ellos y le contó a Eva varias anécdotas de cuando Alex estaba en la universidad, incluyendo la de que era capaz de fletar el avión privado para ir a cenar a su restaurante.

—Estaba embriagado de poder —dijo Angelo, riéndose.

Eva se rio a su vez, pero Alex se irguió y explicó:

—Estaba experimentando con el poder, que es muy distinto.

—Ah, era eso —bromeó Eva.

Y Alex volvió a sentir aquella burbujeante alegría que lo poseía desde que Eva se había recuperado, y que era como si una luz se encendiera en una habitación a oscuras.

Se puso en pie.

—Angelo, la próxima vez pienso censurar las historias que cuentas, ¿o es que intentas asustar a mi esposa?

—No, solo le cuento estas cosas para que no las oiga de desconocidos —dijo Angelo, poniéndose en pie a la vez que Alex ayudaba a Eva—. Al menos le doy la oportunidad de defenderse.

—Eso es verdad.

Alex y Eva caminaron de la mano hasta el coche. Al acercarse, Alex tuvo la impresión de que los guardaespaldas parecían más alerta que hacía unas horas, pero pensó que eran imaginaciones suyas.

—¿Puedo conducir? —preguntó Eva.

Alex fue a sacar las llaves del bolsillo, pero Jeffrey, el jefe de la escolta, se acercó y, haciendo una reverencia, dijo:

—Príncipe, concédame el honor de conducir.

Alex le dio las llaves sin discutir. Había pasado algo.

Pero, cuando dejó a Eva en su apartamento y fue a ver a su padre, se enteró de que tanto este como Dom habían salido, y nadie del personal pudo informarle de dónde habían ido.

Cuando le preguntó a Jeffrey, este contestó:

—Su padre ha activado un protocolo secundario de prueba.

Alex pensó al instante en la posibilidad de que esperaran la llegada inminente del rey Mason, y, cuando se le formó un nudo en el estómago, se dijo que era por temor a la seguridad de Eva, y no porque fuera a echarla de menos.

Cuando finalmente volvió a sus aposentos vio que Eva se había puesto un vestido rojo.

—¿Vas a alguna parte?

—Vamos a cenar todos juntos. Una cena semiformal, según Rose.

—¿Tengo que cambiarme? —preguntó Alex, mirándose los vaqueros.

—Yo diría que sí. Nos vamos en diez minutos.

Alex se duchó y se puso un traje. Supuso que Dom pensaría que iba demasiado informal, pero no le resultaba fácil volver a la rutina de trabajo después de dos semanas de vacaciones.

Cuando volvió al salón, Eva se acercó y le estiró el cuello de la camisa.

—Ahora estás perfecto.

La extraña sensación que Alex sentía cuando la tenía cerca se intensificó. Sacudió la cabeza para librarse de ella e indicó la puerta.

—Tenemos un minuto para no llegar tarde. Ya sabes que Rose lo odia.

—Mi madre también.

Antes de salir al pasillo, donde alguien podía oírles, Alex preguntó:

—¿Qué tal está?

—Ahora que sabe la verdad, como una niña con zapatos nuevos. Se siente orgullosa de haber cumplido con su papel y está ansiosa por ver a su marido.

—Me alegro —dijo Alex.

Pero aquella noche, cuando volvía con Eva después de una cena que había parecido una celebración, Alex, que no dejaba de pensar en el protocolo de seguridad establecido por su padre, no lograba librarse de la sospecha de que había sido una cena de despedida de Eva y de su madre.

Si estaba en lo cierto, se irían al día siguiente, y prefería no pensar en ello.

Abrió la puerta y dejó pasar a Eva, que entró en el salón y, quitándose los pendientes, comentó:

—Ha sido una cena muy agradable.

–Sí.

–Tu padre ha encontrado en Rose una verdadera joya.

–Técnicamente, no la encontró. Dom la trajo para que ayudara a Ginny a adaptarse a su nueva vida.

Eva caminó hacia él con una sonrisa pícara.

–Debe de ser una historia fascinante.

–Por lo que yo sé, Dom encontró a Ginny irresistible desde el primer momento.

–Ese es el poder del amor.

Mirando a Eva a los ojos, Alex estuvo a punto de creerlo. Pero no tenía sentido planteárselo. Eva tenía un destino que él no pensaba arruinar. Al menos ella podía decidir quién quería ser y el papel que quería asumir en su país.

Y, aun así, habría dado cualquier cosa por pasar una noche con ella.

Eva hizo rebotar los pendientes en la mano y dijo:

–Supongo que debería irme a la cama.

Alex retrocedió.

–Yo también.

Pero Eva no se movió y Alex estuvo a punto de caer en la tentación de seducirla. Era hermosa, elegante, dulce y lista. Y de acuerdo con la ley, era suya.

Pero no era un avión privado que pudiera utilizar a su antojo. Y él ya no era un crío que actuaba sin tener en cuenta las consecuencias de sus actos.

Y aunque le causó un dolor tan intenso que casi lo notó en los huesos, obligó a sus piernas a alejarse de Eva.

Capítulo 13

Al día siguiente, mientras Alex estaba en el Parlamento, uno de sus secretarios se acercó y le pasó una nota:

Se ha hecho pública la noticia de que el príncipe Gerard ha sido arrestado. El rey Mason está en el despacho de su padre, en el que se requiere su presencia.

Alex salió con calma, pero en cuanto estuvo en el pasillo, echó a correr. Por su mente pasó la imagen de rey Mason llevándose a su esposa y a su hija sin darle la oportunidad de despedirse. Aceleró.

Al llegar a la puerta del despacho, respiró profundamente para calmar su agitada respiración. Luego abrió la puerta sin molestarse en llamar.

—Aquí está nuestro héroe —exclamó su padre. Este, el rey Mason, Rose, Karen y Eva formaban un círculo alrededor del escritorio. Cuando llegó a su lado, su padre le dio una palmada en la espalda, añadiendo—: Su comportamiento ha sido intachable. La boda salió tan bien, que nadie habría dicho que Eva y él no estaban enamorados.

Alex lanzó una mirada a Eva, cuyos ojos estaban rojos, como si hubiera llorado. Alex le sostuvo la mirada. Sabía que las últimas seis semanas habían sido muy difíciles para ella, pero también había habido momentos maravillosos: la boda, los besos, las confidencias...

—Es Eva quien se merece todo el crédito —dijo.

Él no era ya el hombre superficial y egoísta anterior a su llegada. Había cumplido con su deber y se había transformado en el príncipe que su padre siempre había querido que fuera. Conocerla lo había cambiado.

Y en aquel instante su vida pendía de lo que ella hiciera. Él no podía pedirle que se quedara. Eva no podría reinar desde Xaviera.

El rey Mason pasó el brazo por los hombros de su hija.

—He seguido las noticias a diario. Ha estado magnífica, tal y como esperaba de ella —se volvió a Alex—. Y tú habrías sido un gran marido.

Alex miró a Eva. Nadie parecía haberse dado cuenta de que había sucedido algo entre ellos. Esperó una fracción de segundo a que Eva hablara, que le pidiera que fuera con ella.

Pero el rey Mason dijo:

—Debemos partir. La noticia ha llegado a la prensa hace dos horas y debo presentarme ante el Parlamento.

El padre de Alex estrechó la mano de Mason a la vez que Karen y Rose se fundían en un abrazo.

—Un día de estos deberíamos ir de compras a París —dijo Rose, guiñándole el ojo.

—¡Qué gran idea! —contestó Karen, riéndose.

Alex esperó. Eva había dejado pasar la oportunidad de decirle a su familia que lo que sentía por él no era una farsa. También él, porque no le correspondía decirlo. La decisión estaba en manos de Eva.

Esta abrazó al rey Ronaldo.

—Gracias.

—Princesa, eres encantadora. Ven a vernos siempre que quieras.

—Lo haré.

Entonces se volvió hacia Alex con ojos brillantes, en los que él no vio asomo de ansiedad o anhelo. Eva estaba feliz.

—Gracias, príncipe Alex.

Él se rio.

—Es la primera vez que usas el título.

Eva lo miró fijamente.

—Porque te lo has ganado.

Y él no podía suplicarle que se quedara, no podía arrebatársela al país del que sería reina. Tampoco decirle: «Te amo», porque ni siquiera estaba seguro, y pedirle un poco más de tiempo para conocerse mejor era imposible.

Pero ella sí podía.

Bastaba con que hiciera la pregunta.

Una palabra. La que fuera.

Eva dio un paso hacia él y le dio un abrazo envarado. Alex aspiró profundamente el aroma de su cabello. En ese momento supo que Eva no iba a decir nada, y el corazón le dolió como no le había dolido ni siquiera al morir Nina.

Eva dio un paso atrás.

—Adiós, Alex.

—Adiós, Eva —Alex intentó sonar tranquilo, pero la voz le salió quebrada.

Eva y sus padres salieron. En la puerta los esperaba una escolta de la guardia real.

—Tiene cinco pisos hasta la azotea y una buena distancia hasta el helicóptero —dijo Dom. Alex se volvió a mirarlo y su hermano continuó—: Puedes darle alcance.

Alex parpadeó. Dom tenía razón. Pero ¿qué podía decirle? ¿Qué podía ofrecerle?

Su padre chasqueó la lengua.

—Es mejor no estropear las despedidas. Seguro que cuando volváis a encontraros os reiréis de todo esto. Ahora te mereces unas buenas vacaciones.

Eva se alegró de que el viaje en helicóptero fuera demasiado ruidoso como para poder hablar. Todo le resultaba extraño, como si estuviera fuera de su cuerpo y se observara a sí misma.

Y sabía que la causa era haber dejado a Alex. Haberle suplicado con la mirada que reconociera ante su familia que sentían algo el uno por el otro, y ver que se limitaba a dar un paso atrás.

Obviamente, se había equivocado al creer que Alex también pensaba que hacían una buena pareja.

El helicóptero aterrizó y corrieron al avión. En cuanto subieron, su madre le tomó la cara entre las manos y dijo:

—Has demostrado lo que vales. Serás una digna reina de Grennady.

Eva forzó una sonrisa.

–Tu madre tiene razón. Estos días me he dado cuenta de que no vas a ser solo madre de reyes –dijo su padre, abrazándola–. Naciste para reinar.

Eva contuvo la risa.

–Yo también me he dado cuenta. De hecho, fue Alex quien me lo hizo ver.

Bastaba con mencionar su nombre para que le doliera el pecho. La relación entre ellos no había tenido nada de farsa. Habían terminado convirtiéndose en amigos. Y Alex había llegado a sentir algo por ella.

¿Cómo podía algo así desaparecer de un plumazo?

Eva estuvo a punto de decir algo al respecto, pero para entonces su madre hablaba de su futuro reinado, y su padre enumeraba las responsabilidades de estado que tendría que asumir a partir de ese momento.

Ella se limitó a asentir y a sonreír. Y aunque por un lado estaba feliz, por otro no podía dejar de pensar en Alex.

Habría dado cualquier cosa por estar un rato sola. Pero sus padres continuaron haciendo planes y su padre mencionó que quería que acudiera a la conferencia de prensa que se celebraría al día siguiente, aunque prefería esperar un tiempo para presentarla al Parlamento porque en aquel momento debía presentarse como un rey fuerte, tal y como le sucedería a ella a lo largo de su reinado.

Cuando llegaron al palacio, su padre fue directamente al Parlamento, y su madre y ella se retiraron a descansar. Pero Eva no durmió. Estaba tan abatida, tan triste y confusa, que no pudo pegar ojo.

A la hora de la cena, su padre seguía ocupado con asuntos de estado, así que en el comedor solo se reunieron su madre y ella. Eva no tenía apetito. Miraba la comida como si fuera algo extraño.

–Cariño, ¿qué te pasa? –preguntó su madre.

–Creo que necesito un periodo de adaptación. Ayer a esta hora estaba casada... o fingiendo estarlo. De pronto, papá aparece en el despacho del rey Ronaldo y nos subimos al helicóptero.

Su madre la observó inquisitivamente.

—Es cierto que todo ha ido muy deprisa. Pero conocías el plan y que tu padre podía aparecer en cualquier momento para traernos a casa.

Eva carraspeó.

—Lo sé. Pero ha pasado más tiempo del que calculábamos —Eva cerró los ojos—. Mamá, hasta he llegado a casarme.

—Como parte de la farsa —le recordó su madre. De pronto cambió la expresión de su rostro—. No querrás decir que...

—No, mamá. No ha pasado nada.

—Gracias a Dios, porque esa es la base de la nulidad.

—Lo sé.

Su madre la observó detenidamente.

—¿Estás segura de que estás bien?

Eva asintió y su madre suspiró profundamente.

—Mañana participarás en la rueda de prensa y tendrás que responder a las preguntas de los periodistas. Tu padre ha visto lo fuerte que eres, sabe que puedes gobernar y lo anunciará oficialmente. No puedes estar tan... abatida.

—Mañana estaré perfectamente.

Su madre no dejaba de escrutar su rostro.

—¿Y no hay nada que quieras contarme?

A Eva le habría encantado hablar, pero también era verdad que algún día sería reina. Si tenía dudas, si se mostraba vulnerable, la percibirían como débil. Y acababa de comprobar cómo se aprovechaban de la debilidad aquellos que querían competir por el trono.

Así que no podía hablar a no ser que tuviera un confidente... como un marido que la comprendiera. Como Alex.

Se humedeció los labios. Alex no le había pedido que se quedara ni le había dicho que la amara. Y también su vida había cambiado con aquella aventura. Tenía obligaciones, había asumido su responsabilidad como príncipe.

Eva se debatía entre dos sentimientos. La mujer que amaba, quería llorar; la reina, cuadrarse de hombros y asumir su deber.

Pero aquella noche, en la cama, el llanto brotó incontenible y

Eva supo que tenía el corazón destrozado. Y al sentir aquella tristeza y aquel dolor, comprendió por qué Alex no había querido volver a amar tras perder a su primer amor.

Al día siguiente, su padre y ella explicaron a la prensa todo lo ocurrido. Al final de la conferencia, un periodista impertinente le preguntó si no había querido, aunque fuera pasajera, que su boda con el atractivo príncipe fuera real. Ella sacudió la cabeza, se rio y dijo:

—En ningún momento. Me limitaba a cumplir con mi deber.

Alex miraba la pantalla de televisión instalada en el despacho de su padre, siguiendo el circuito cerrado de televisión de la emisora de Grennady que se había instalado para asesorar al rey.

Eva llevaba un traje rojo, el color que se recomendaba usar a los líderes cuando querían hacer una exhibición de poder. Su mirada era clara, decidida. Mantenía la barbilla alta y la espalda erguida. Sus respuestas eran breves y frías. Era la perfecta imagen de una reina.

Cuando dijo: «En ningún momento. Me limitaba a cumplir con mi deber», Alex sintió tensarse todos los músculos de su cuerpo.

Y aunque se dijo que debía haberlo esperado, su mente invocó imágenes de Eva cenando en el yate, a la luz de la luna; la vio con su vestido de boda; recordó haberla sostenido en sus brazos la noche que enfermó, cuando había tenido que admitir que sentía algo por ella.

Y por debajo de la reina futura, vio a la mujer, y supo que esta lloraba. Pero también sabía que no era a él a quien necesitaba.

Le dolió el pecho y se lo frotó, tal y como solía hacer cuando pensaba en Nina, y en ese momento se dio cuenta de que no había pensado en ella en varias semanas.

Rose lo miró desde el sillón que ocupaba.

—¿Estás bien, cariño?

—Perfectamente —dijo él en el tono más calmado que fue capaz de impostar.

Su padre se puso en pie y dijo:

—Claro que está bien. Debería estar orgulloso de sí mismo.

Puede que los cambios que ha realizado en el dispositivo de seguridad y una especial habilidad para identificar posibles omisiones le hayan salvado la vida a Eva –miró el reloj–. ¿No sale tu avión en pocos minutos?

–Sí.

Aquella mañana había reservado el avión de la familia real para que lo llevara a Estados Unidos. Había decidido ir a conocer los refugios de Eva. Por más que le costara admitirlo, no podía soportar la brusquedad con la que se habían separado, pero tampoco podía ir a su país y pedir verla. Necesitaba unos días más para aceptar que Eva ya no formaba parte de su vida, e ir a ver a sus gatos era la única forma que tenía de sentirse cerca de ella.

Después podría volver a la normalidad. Se obligaría a hacerlo.

Intentó sonreír y recuperar la personalidad frívola que tanto servicio le había hecho durante los últimos años.

–Hace tiempo que no voy a Estados Unidos. Las Vegas debe de haberme echado de menos.

El rey resopló.

–Si no fuera porque te lo mereces, me habría enfadado que te tomaras cuatro semanas. Pensaba que estarías fuera solo una semana. Recuerda que ahora tienes responsabilidades.

Alex se rio.

–Lo sé, pero me lo he ganado. Nos vemos en un mes.

Se acercó a la puerta. Rose prácticamente saltó de su sillón.

–Te acompaño a tu apartamento.

Alex frunció el ceño, pero no protestó.

–Muy bien.

En cuanto entraron en el ascensor, Rose lo miró fijamente y dijo:

–La echas de menos.

–Claro, es una gran persona y hemos pasado tanto tiempo juntos que nos hemos hecho amigos.

–¿Te ha molestado que ni siquiera vacilara cuando le han preguntado si sentía algo por ti?

Alex se quitó una imaginaria pelusa de la manga de la chaqueta.

—No.

Rose posó la mano en la de él.

—Cariño, es peor de lo que pensaba. Estás enamorado de ella.

—He amado a dos mujeres en mi vida y ambas están muertas.

Alex forzó una sonrisa; pensar en ellas ya no le causaba dolor. Su madre y Nina formaban parte del pasado, solo ocuparían lugar en el futuro como recuerdos de tiempos felices. Pero Eva había estado durante semanas en su presente. Le había proporcionado más alegría, le había hecho sentirse más útil de lo que nunca se había sentido, pero siempre había sabido que se marcharía. De hecho, había querido que se marchara. Quería que cumpliera con su destino. Era verdad que estaba triste, pero lo superaría. Iría a visitar sus refugios y seguiría adelante con su vida, porque eso era lo que sabía hacer.

—Habría sido una estupidez enamorarme de ella sabiendo que tenía que irse.

Rose lo desconcertó al soltar una carcajada.

—¿Tú te crees que soy tonta? Puedes engañar a tu padre y a Dom, pero a mí no. Si todo hubiera sido una farsa, estarías pavoneándote del éxito de tu misión, y en cambio, estás completamente abatido.

—Eso no significa que ame a Eva —Alex impostó una de sus pícaras sonrisas—. Recuerda que no tengo el menor interés en sentar la cabeza.

Rose sonrió, burlona.

—No intentes engañarme. Ya no eres el mismo. Asumiste la responsabilidad de su seguridad cuando no tenías por qué hacerlo; la has apoyado todo este tiempo. Tú amas a Eva —al ver que Alex no contestaba, Rose suspiró y dijo—: No puedes negarlo.

Entonces, Alex se enfureció.

—¡Vale, tienes razón! Pero he perdido a todas las mujeres a las que he amado. ¿Por qué iba a querer vincularme a alguien cuyo título la convierte en una diana?

Rose lo miró con ternura.

—Tienes miedo.

—Eso no importa.

—Claro que importa, porque es un miedo infundado. Tu padre me ha dicho que sugeriste las mejores estrategias para evitar cualquier vacío en el dispositivo de seguridad de Eva —Rose le asió el brazo—. ¿Te has planteado que eso te convierte en ideal para ella? Es una mujer indefensa con un gran futuro, que buscó tu ayuda y la tuvo. Ahora es una mujer indefensa con un gran futuro y está sola.

Alex suspiró.

—Todo eso da lo mismo. Mientras estuvo aquí creía amarme. Pero ahora ya soy solo una anécdota en una rueda de prensa.

Rose se rio.

—Es una futura reina; no puede mostrarse débil en público. No olvides que la has dejado marchar.

Alex se sintió invadido por un torbellino de pensamientos. Eva no mostraba sus sentimientos; iba a ser una gran reina. Y lo amaba.

—Sí me ama.

—Así es —Rose sonrió—. Y te necesita.

Alex se pasó la mano por el cabello.

—Debía haberle dicho lo que sentía.

—Eso no importa ahora —dijo Rose, haciendo un gesto con la mano—. Necesitabas reflexionar. Y no querías hacer una declaración en público. Ya no sois dos miembros de la realeza cumpliendo con un tratado. Eva es una mujer y tú el hombre que la ama. Esa conversación debe tener lugar solo entre vosotros dos.

Capítulo 14

Tuvieron que pasar dos semanas antes de que el revuelo provocado por el frustrado intento de asesinato se calmara. Otra semana, para que la familia real de Grennady se mostrara en público para demostrar que la amenaza había sido controlada. La cuarta semana, el rey envió a Eva a Estados Unidos para que siguiera con sus «proyectos», como él los llamaba. Aunque ella fuera la heredera al trono, él era el rey, y quería que el pueblo viera que volvían a la normalidad.

Y Eva se marchó, aunque sería informada cada mañana por videoconferencia de los asuntos de estado. Aparte de eso, su vida seguiría como antes del complot... y de Alex.

Había conseguido pensar en él sin que los ojos se le llenaran de lágrimas. No les había contado ni a su madre ni a sus amigos que había terminado enamorándose de él porque las reinas no se enamoraban de un espejismo. Las futuras reinas eran fuertes.

Pero en Estados Unidos podía ser ella misma. Tomar unas copas con sus amigos, salir de noche, quedarse en casa. Hasta podía ir a llorar a Central Park.

Fue a visitar el refugio que había abierto en uno de los barrios de Nueva York. Como Alex, había decidido conducir su propio coche y que su escolta la siguiera.

Pensar en Alex le hizo cerrar los ojos y suspirar. Las semanas que había pasado con él habían sido las más angustiosas y al mismo tiempo las más apasionantes de su vida. Iba a ser imposible olvidarlo. Pero estaba convencida de que los recuerdos serían menos vívidos con el tiempo. O eso necesitaba creer.

Cuando entró en el viejo edificio que antiguamente había ocupado una floristería, un gato corrió hacia ella. Eva lo tomó en brazos.

—Hola, Sophie, ¿todavía estás aquí?

Angela, la encargada del refugio, entró por una puerta trasera.

—¡Eres tú! Me había parecido oír tu voz —la abrazó con fuerza y luego, mirándola fijamente, añadió—. ¿Han intentado asesinarte?

Eva se rio. Había pasado suficiente tiempo como para poder reírse de la peligrosa situación que había vivido.

—Hubo un complot que paramos a tiempo.

—Con la ayuda de otra familia real y una boda falsa en la que estabas preciosa, por cierto —Angela suspiró—. ¡Como un sueño!

Eva sabía que la historia había llegado a Estados Unidos. A todo el mundo le gustaban los cotilleos sobre la realeza.

—Más que como un sueño, como una pesadilla —contestó, sonriendo.

—¿Cómo es el príncipe? Parecía tan entregado...

—Solo estaba cumpliendo con su deber —Eva todavía no estaba preparada para hablar de él—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

Angela fue detrás del mostrador y sacó unos papeles.

—Está bien, si prefieres hablar de trabajo... Conseguimos mantener a raya a los acreedores hasta que nos mandaste el dinero, que llegó justo antes de tu boda —Angela se rio—. Todavía no me puedo creer que te casaras.

—Fue una boda ficticia —le recordó Eva—. ¿Qué más?

—Lo de siempre —Angela entonces se animó y dijo—: Bueno, tenemos un nuevo voluntario —se inclinó sobre el mostrador y susurró—: Es guapísimo.

—Eso es lo de menos. Lo que importa es que se le den bien los gatos. ¿Y por qué susurras?

—Porque está trabajando en la parte de atrás. ¿Quieres conocerlo?

—Claro —dijo Eva. Cuanto antes volviera a la normalidad, mejor. Y gran parte de su trabajo consistía en asegurarse de que contaban con buenos trabajadores.

Dejó a Sophie en el suelo y siguió a Angela.

—Sí que hay algo que quiero que sepas. A partir de ahora voy a participar más en política en mi país, así que pasaré menos tiempo en Estados Unidos —comentó.

Angela se paró en seco.

—¿De verdad?

—Sí, pero no te preocupes, hasta que sea coronada reina,

seguiré viniendo.

Angela se rio.

—¡Menos mal!

—Pero vendré más como supervisora que a ocuparme del día a día. Lo que significa que tú tendrás que asumir más responsabilidad. Quizá incluso convertirte en coordinadora de los refugios.

Angela se rio de nuevo.

—¿La promoción va acompañada de una subida de sueldo?

—Claro. Valoro mucho tu trabajo.

Angela abrió la cortina que daba acceso al espacio en el que estaban las camas de los gatos. Al menos treinta de ellos dormitaban, jugaban o paseaban en él.

En el centro estaba el nuevo empleado, barriendo de espaldas a la entrada.

Eva no pudo apreciar si era guapo o no, pero era alto, de hombros anchos... Se le aceleró el corazón, sintió que le faltaba el aire.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Alex se giró con la escoba en la mano.

—Barrer.

Eva habría querido estrangularlo y achucharlo al mismo tiempo. Por el aspecto que presentaba, en vaqueros y camiseta, nadie hubiera dicho que era un príncipe, pero lo era. Un príncipe frívolo que cumplía con su deber y luego desaparecía.

—¿No hay ningún casino en el que jugar al blackjack? —preguntó, sarcástica.

Alex apoyó la escoba en la pared.

—Por tu culpa, ya no me divierte.

Eva lo miró, perpleja, al tiempo que él se acercaba.

—¿Por mi culpa?

—Sí. Sin tus absurdos comentarios, me resulta aburrido.

Eva se rio. Aquel era su Alex. Pero, si estaba allí pensando que podían ser amigos, se equivocaba.

—En serio, ¿qué haces aquí?

—Ayudar —Eva frunció el ceño a la vez que Alex daba los dos últimos pasos que lo separaban de ella—. Y esperar a que acabaras con tus compromisos oficiales para tener un romance como Dios manda.

Angie susurró a Eva:

—¿Os conocéis?

—Es el príncipe con el que supuestamente me he casado.

Angela abrió los ojos como platos.

—En realidad «supuestamente», no —dijo Alex—. La boda fue vista por millones de personas.

—Yo salí antes del trabajo para verla, pero sin el uniforme y las medallas no pareces el mismo —dijo Angie sin salir de su estupor.

Alex la ignoró y continuó hablando con Eva:

—No podemos divorciarnos porque perderías la corona. Y no has solicitado la nulidad.

—Pensaba que la pedirías tú —dijo Eva, confusa.

—No soy yo quien la necesita.

¿Qué quería decir con eso? A Eva se le aceleró el corazón.

—¿Así que seguimos casados?

—Exactamente —contestó Alex. Y volviéndose a Angela, preguntó—: ¿Te importa dejarnos a solas?

Angela se fue sin apartar la mirada, como si temiera que fueran a desaparecer ante sus ojos.

Eva retrocedió para alejarse de Alex.

—¿Has venido a decirme que solicite la nulidad?

—Como te he dicho, he venido a ayudar.

Eva desvió la mirada. Alex le había hecho daño porque ella no había sido capaz de proteger su corazón. No volvería a ser tan estúpida.

—Muy bien: barre hasta que te canses. Toda ayuda es bienvenida.

Dio media vuelta, pero Alex la tomó por la muñeca, tiró de ella

para que se girara y le plantó un beso en los labios.

El beso que le dio fue dulce y cálido, con solo un ápice de ansiedad; y por un instante, Eva albergó la esperanza no ya de que la amara, sino de que estuviera dispuesto a admitirlo.

Se echó hacia atrás y escrutó sus maravillosos ojos oscuros.

—¿Qué estás haciendo?

—Demostrarte que estoy dispuesto a hacer lo que haga falta.

—¿Por qué?

—Porque te amo.

A Eva le dio un vuelco el corazón.

—¿Y?

Alex frunció el ceño.

—No quiero la nulidad. Te quiero a ti.

Eva creyó que el corazón se le iba a derretir, pero necesitaba asegurarse.

—Recuerda que mi vida está en constante peligro, que no quieres correr el riesgo de perder a nadie más, y que habías jurado no volver a enamorarte.

—Como Rose me ha hecho ver, durante este tiempo he dicho muchas tonterías.

Alex tomó a Eva por la cintura y le dio un beso que la dejó temblorosa. Pero no podía claudicar tan fácilmente.

—Necesito asegurarme de que esto no es un capricho, de que me amas.

—Quiero vivir más días como el que pasamos en la casa de campo, hacer cosas normales contigo. Si a eso añadimos varios niños, mi felicidad sería completa.

Eva miró a Alex fijamente.

—La mía también.

—Podríamos formar una familia entera antes de que tu padre se retire.

Eva se rio.

—Tienes razón.

—Criaremos al futuro rey de tu país, y tú lo prepararás para acceder al trono porque serás la mejor reina que tu país haya conocido.

Eva sintió que el corazón se le henchía.

—Dios sabe que lo intentaré.

Alex le tendió la mano.

—¿Tienes un apartamento en la ciudad?

—Sí.

—Es una pena, porque mi padre ha reservado una planta completa en un hotel de lujo de la Quinta Avenida. O, si prefieres volar, mi familia es dueña de un casino en Las Vegas.

Eva necesitaba todavía más pruebas antes de tomar la mano de Alex. Necesitaba creer que iba en serio. Le resultaba demasiado maravilloso, demasiado perfecto. Soltó una carcajada.

—Podríamos jugar al blackjack —bromeó.

—Sí, pero hay cosas más urgentes que hacer, en mi opinión, como hacer lo que convierte nuestro matrimonio en permanente.

Alex quería hacer el amor con ella. Eva sintió que la recorría un cosquilleo; estaba a punto de estallarle el corazón. Pero era un paso demasiado grande. Su destino estaba en juego. No podía arriesgarse a que Alex decidiera que había cometido un error o que no pudiera soportar la presión que representaba estar casado con una heredera al trono.

Entonces, Alex sonrió y dijo:

—Toma mi mano. Todo saldrá bien, te lo juro.

Eva miró la mano y luego a él. Hablaba en serio.

En su interior, todo se detuvo. Llevaba esperando desde los cuatro años a su príncipe, y de pronto lo tenía ante sí, prometiéndole todo aquello que deseaba: amor, amor sincero, amor pleno.

Puso su mano en la de Alex. Él cerró los dedos en torno a ella y dijo:

—Vamos a pasarlo en grande.

—Lo sé.

Eva sintió que se producía en ella un cambio, una

transformación. Los años de princesa protegida habían pasado y comenzaba su vida real, una vida en la que contaba con alguien en quien podía confiar plenamente, y que a su vez podía confiar en ella.

Alex la llevó hasta un perchero del que descolgó un abrigo y un sombrero. Tras ponerse el abrigo, la besó y dijo:

–Sugiero que vayamos al hotel para consumir nuestro matrimonio, y luego, de luna de miel a Las Vegas.

Eva asintió.

–A partir de ahí, pasaremos seis meses en la casa de campo en Xaviera y seis en tu frío y acogedor país –añadió él.

–¿Y los gatos? –preguntó Eva.

–Angela puede quedarse al cargo.

–Eso es lo que acabo de decirle –dijo Eva, asombrada de que Alex hubiera pensado en todo.

–Podremos visitarlos varias veces al año. Entremedias, podemos recaudar fondos para los refugios.

Eva se rio y salió con él hacia la recepción. Caminando hacia la puerta, se despidió con un gesto de la mano de Angela, que se quedó mirándolos embobada, mientras Alex la guiaba hacia el mundo exterior, hacia una vida real que podían convertir en lo que quisieran.

Porque Alex tenía una corona y ella también. Pero en aquel instante se tenían el uno al otro, y eso era todo lo que necesitaban.

Fin